



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A. Irujo, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Cazorro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Guesta, Gueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, (D. Gonzalo), Dacarrote, Díaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espín y Guillen, Estrada, Echegaray, Eguilaz, Ecosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figueroa, Figueroa (Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gayangos, Galvete de Molina (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y René, Güelvenzu, Guerrero, Incenga, Hartzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Marín, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Masé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Oryza, Ortiz de Pinedo, Ojeda, Palacio, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poet, Reinosa, Retes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Ross y Gonzalez, Ros de Olano, Russell, Ruiz Aguilera, Sagarninaga, Saiz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanroma, Selgas, Segovia, Serrano Alcázar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Mayo de 1880.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Carrera de San Jerónimo, 31.

SUMARIO.

Revista Europea, por D. Emilio Castelar.—Ejércitos permanentes, por D. Manuel Prieto y Prieto.—Rousseau, por D. Eusebio Asquerino.—El trabajo en Cuba, por D. Bernardo Portuondo.—El cuerpo humano como máquina, por D. Jose Echegaray.—Estudios sobre biología social, por D. Tomás Rodríguez Pinilla.—Las justicias del Rey Santo, (traducción teledada) por D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—Las armas en Madrid, por D. Manuel Regidor.—Discurso leído ante la Academia Española, por D. Emilio Castelar.—Adhesiones al Manifiesto democrático-progresista.—Dolores, novela, por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—Crónica, por D. Miguel Moya.—Anuncios.

REVISTA EUROPEA.

La Cámara baja ha discutido en Francia los decretos del Gobierno respecto á la cuestion religiosa, y los ha aprobado en todas sus partes. No podia menos de suceder esto, siendo como son tales medidas obra de la opinion republicana francesa, herida y sobreescitada por las palabras inconvenientes del periodismo neo-católico. Los laicos, que han usurpado el ministerio de los sacerdotes, y traído desde el púlpito moderno, desde la prensa tantas pasiones al estadio de la política; esos escritores ultramontanos, que carecen por completo de calma y de mesura, con sus intemperancias y excesos de palabra y de pluma, por fin lograron sacar al partido liberal del reposo que conviene á la victoria, y llevarlo, mal de su grado, á impremeditadas medidas de represalia y de venganza. Convencidos nosotros de que un largo período de estabilidad era preciso para fortalecer las bases del Gobierno republicano, hemos advertido los peligros de una inútil agitacion religiosa y aconsejado el más exquisito tacto: que si debemos considerar el valor como la primera virtud del soldado, debemos considerar la prudencia como la primera virtud del estadista. Nuestros consejos se han desoido quizás por la fatalidad que sobre todo pesa, y la lucha se ha empeñado con excesiva pasión de una y otra parte. No habiendo conseguido que el art. 7.º de la ley de enseñanza prevaleciera por la natural resistencia del Senado, han ido los gobernantes republicanos al viejo armario de las leyes dadas por los Estados omnipotentes de otros tiempos y han sacado las enmohecidas armas de la expulsion y de las persecuciones. Lo deploramos con toda sinceridad, y tememos resultados contrarios á los propósitos del Gobierno; tememos una recrudescencia reaccionaria, dañosísima por todo extremo al desarrollo y robustez de nuestra joven República. Yo creo firmemente que hay en este empeño de parte de nuestros amigos un poco de desconocimiento, así del tiempo en que

viven, como de la fuerza que tienen. Uno de los más ilustres escritores alemanes decia quizás con razon á principios del siglo, que toda la civilizacion moderna se dividia entre dos órdenes ó dos sociedades, entre la sociedad de los masones que trabaja por el progreso, y la sociedad de los jesuitas que trabaja por la reaccion. Pues la sociedad de los masones, gracias á sus muchas victorias, y á la libertad en que hoy vive, se ha modificado muchísimo, cual se modifican los organismos á virtud de los medios ambientes, y se ha modificado muchísimo tambien la sociedad de los jesuitas. Y á consecuencia de esta modificacion, sostengo que, conviniendo combatirla siempre por profesar ideas reaccionarias, conviene tambien sustituir á los medios directos de otros tiempos, medios indirectos, ménos enérgicos en apariencia si se quiere, y en realidad mucho más eficaces.
 Las dos órdenes, por excelencia políticas, que ha contado la historia en sus anales, son la orden de los templarios, desde el siglo undécimo al siglo décimo-cuarto, y la orden de los jesuitas desde el siglo décimo-sexto á nuestros días. La primera, como nacida en tiempos esencialmente feudales, tomó el carácter caballeresco que todos le reconocemos; y la segunda, como nacida en tiempos esencialmente monárquicos, el carácter cortesano. Propúsose, la primera, mantener las Cruzadas religiosas por el sepulcro de Cristo; y la segunda, la cruzada política contra la libertad. Apeló para la consecucion de su fin, la primera á la guerra, y la segunda á la intriga. Negacion de todos los progresos, sitio puesto á la razon humana, protesta contra el espíritu progresivo de los tres siglos últimos, la orden de los jesuitas ha representado la oscuridad y las tinieblas en el cuadro de la historia, en iguales términos que los templarios, despues de las Cruzadas, representaron la reaccion feudal en Europa. Al fin, los templarios tuvieron una época de verdadero brillo; pero los jesuitas han sido siempre un fruto amargo de verdadera decadencia. Y como fruto de decadencia, sus doctrinas metafísicas y sus doctrinas políticas han padecido de errores irremediables. Conviene, conviene mucho combatir su ideal en las conciencias y su accion en el mundo. Mas para combatir este ideal y esta accion, conviene, indudablemente, no abandonar los medios de la libertad, nuestros medios, los del partido y de la escuela á que nos gloriamos de pertenecer y que no hemos abandonado, ni por un instante siquiera en toda nuestra vida. Cuando la Internacional se presentaba tan amenazadora con sus legiones de trabajadores y sus ideas de comunismo, yo me opuse á

que violentamente se la aboliera, y declaré necesario para concluirlo, entregarla por completo al aire y á la luz de la libertad. Para perseguir á los jesuitas en el siglo pasado, se empleó el instrumento de aquel siglo, el absolutismo de los reyes; para perseguir á los jesuitas en este nuestro siglo, hay que emplear el instrumento de nuestro siglo, el derecho de los pueblos. Mucha escuela progresiva, aumento del presupuesto de instruccion pública por el Estado, sistemas científicos de enseñanza, impulso de arriba á las ciencias, proteccion al maestro y á sus institutos, y bien pronto se habrá transformado la conciencia y á la transformación de la conciencia, habrá seguido la transformación de la sociedad, apartada para siempre de los reaccionarios ideales jesuíticos, que se pondrán y se extinguirán en los ocasos de la historia.
 Los tiempos de Carlos III están muy cerca de nosotros, y sin embargo, no hay medio alguno de reproducirlos y de copiarlos. Aquel conde de Aranda, ilustre personificación de su siglo y gloria inpercedera nuestra, pidiendo juramento á los que han de cumplir sus órdenes cerradas bajo sigilosos pliegos, aprisionando á los que han de imprimir la Gaceta de Madrid, moviendo tantas autoridades y tantas patrullas para expulsar á unos cuantos religiosos, más que un gobernante, parece un conspirador; y más que al ejercicio de su autoridad incontestada y legítima, parece que tira alevosamente á dar un golpe de Estado. Hoy no podríais imitar, aunque quisiérais copiarla al pie de la letra, la escena de la expulsion. No mandaríais los alcaldes de casa y corte á despertar á las comunidades para lanzarlas desde sus conventos á Cartagena y de Cartagena al mar, en cuyas ondas estuvieron algun tiempo á causa de no quererlos recibir, ni el Papa mismo en sus Estados, á merced de los elementos. Pues así como no podeis imitar el procedimiento, no podeis imitar la medida de expulsion sin exponeros á desconocer la naturaleza de la sociedad en que vivís y la naturaleza del poder que ejercéis. Los medios de gobierno eran más expeditivos y más fuertes que hoy hace un siglo; pero el Estado, mucho más débil, y como mucho más débil, más necesitado de una enérgica y vigorosa defensa. Los templarios y los jesuitas eran un Estado dentro del Estado, y ahora apenas serian una asociacion.
 Sin embargo, el gobierno francés ha creído propio de su situacion, digno de su energía, conveniente á sus intereses, extraer de los Museos del siglo pasado las leyes relativas á las asociaciones religiosas y aplicarlas á nuestro siglo. La orden de los jesuitas ha sido abolida, y como tal asociacion

cion, negada su existencia en Francia. Por lo que respecta á las otras órdenes religiosas, el Gobierno les exige que presenten sus Estatutos, y se reserva el derecho de aprobarlos ó de negarlos, según su leal saber y entender. Todo esto será muy legal; pero todo esto es muy poco político. Las disposiciones contra el clero claudican por su impopularidad. Cuando no hay agresiones, el instinto de conservación aconseja no atraerlas, no provocarlas. Y por su impopularidad, las leyes contra el clero han dividido al republicanismo en dos fracciones irreconciliables, y han separado en una competencia, á todas luces funesta, la Cámara alta y la Cámara baja de la República francesa. Seguirá, indudablemente, á estos hechos una agitación de todo punto innecesaria que perturbará la república, y disensiones religiosas que vendrán por nuestro mal á unirse con los graves disencuentros políticos, cuando tanto exige Francia para la conservación de sus instituciones políticas y para arreglo de sus asuntos internacionales una política de conciliación y de prudencia que, en vez de promover, ahuyente los conflictos. Pero todo se ha consumado. Y como todo se ha consumado, y las leyes, de nosotros tan temidas, han venido, solamente nos queda pedir al cielo que nuestros presentimientos no se confirmen, y que la República, la libertad y la democracia salgan libres é incólumes de esta prueba, á la cual las han condenado la impaciencia por innovaciones que luego resultan tristes retrocesos.

No quiero la violación sistemática de la libertad y entre las violaciones sistemáticas de la libertad, me apenan más las que ménos disculpa tienen, las dirigidas contra la conciencia. Lo que digo á mis correligionarios de Francia, lo digo también á los imperialistas de Alemania.

Si yo pudiera comunicar mis convicciones á los demás con el mismo ardor que las siento en mi pecho, persuadiría á la nación alemana á que para desempeñar este ministerio histórico, se elevase al carácter de potencia verdaderamente liberal. Y para ser una potencia verdaderamente liberal, necesita destruir dos clases de leyes que hoy en su camino la detienen, á saber: las leyes contra el socialismo y las leyes contra la Iglesia. Las primeras atacan el pensamiento libre y las segundas la libre conciencia. Por las primeras tribuna y prensa caen á los pies del Estado; y por las segundas caen escuela y templo. Unas y otras son atentatorias á lo más sagrado, á la libertad espiritual. Unas y otra prescinden de lo más necesario, del espíritu moderno. Y á pesar de esto, declaro que creo posible antes la abrogación de las leyes contra los socialistas, que la abrogación de las leyes contra los clérigos. Y nada más injusto que esas disposiciones relativas á la santidad del altar, encaminadas á oprimir la conciencia de los fieles, colindantes con el derecho canónico, inspiradas en disencuentros teológicos, impropias del poder que ha alcanzado la conciencia individual en estos nuestros tiempos. Facílísimo abrogarlas en nación menos erudita que Alemania y menos pagada de sus recuerdos históricos. Pero en Alemania todo combate político toma un carácter verdaderamente erudito. La índole escolástica de la Asamblea de Francfort se repite en todas sus instituciones. Y hay alemanes que creen imposible un imperio germánico sin lucha con la Roma católica. Los personajes más prosaicos de nuestro tiempo se le figuran personajes de otros tiempos poetas. Creen que Leon XIII es un Inocencio IV, y el emperador Guillermo un Federico II, y el príncipe de Bismarck un Pedro de las Viñas, y el príncipe heredero un Coradino amenazado de muerte por los franceses, á servicio de la Santa Sede, y los dos únicos partidos posibles; los güelfos y los gibelinos. ¡Dios mío! ¿Qué diferencia entre aquellos tiempos y nuestros tiempos; entre aquellos partidos y nuestros partidos; entre aquella Europa y nuestra Europa!

¿Logrará el general Loris Melikoff aplacar las conspiraciones rusas con los últimos indultos, cuya eficacia ha sido tal, que ha devuelto seis mil desterrados á su familia y á su hogar? La curiosidad europea no se cansa de seguir esas aventuras misteriosas y llenas de incidentes, esas apariciones súbitas de conjurados innumerables, esas máquinas infernales que ora estallan bajo una vía férrea, ora bajo un imperial palacio, esa especie de caza establecida contra un soberano, al cual llamaron los pueblos padre en otro tiempo, y bendijeron los siervos redimidos sobre el terruño donde habían dejado las ligaduras de su servidumbre y recogido los derechos á la libertad. La gente pensadora sigue con mayor cuidado todavía el curso de esa revolución política, que entra en el seno de un viejo imperio y conmueve con terrible conmoción sus instituciones fundamentales, ofreciéndonos fenómenos como aquellos que ofreciera el siglo décimo-sexto en sus convulsiones religiosas, y el siglo décimo-octavo en sus convulsiones sociales. No puede, no debe confundirse el nihilismo ruso con ningún partido político ni con ninguna secta socialista del continente europeo. Como es ruso el sínodo presidido por un general de caballería; rusa la divi ion del clero en blanco y en negro; rusa la policía burocrática que está en todas partes, y no averigua nada; ruso el panslavismo; rusos los estancos de aguardiente; rusas las deportaciones á Siberia; rusa la autocracia; ruso también, exclusivamente ruso el nihilismo aterrador que se revela por la extravagancia de sus ideas y el fragor de sus catástrofes. Muchas escuelas comunistas ha producido Europa, ya inspiradas en la Re-

pública platónica ó ya en el misticismo católico, materialistas unas é idealistas otras; fundadas éstas en un neo-cristianismo que traducía los axiomas evangélicos á sentencias políticas y fundadas aquellas en las series hegelianas que aplicaban el principio dialéctico de la contradicción á la economía política; pero con su Pontificado industrial, reemplazando al Pontificado religioso; con sus tradiciones, reduciendo todas las ideas y todas las cosas á una especie de trilogía; con sus palacios fansterianos, renovadores de la Naturaleza entera, rehecha y hermosea; con sus talleres burocráticos, mantenidos por la omnipotencia del Estado, con todas sus utopías y todos sus absurdos, no pueden asemejarse absolutamente á esa doctrina nihilista, especie de demencia, con inclinaciones al suicidio, como la demencia del condenado á prisión perpétua, que se rompe en pedazos los huesos de su cráneo contra las paredes de su calabozo.

Cuando estudiamos los asuntos de Rusia creemos encontrarnos en edades distintas de las nuestras. El progreso de las costumbres, la perfección de las instituciones, los principios de seguridad universales á todos los partidos, los sentimientos arraigadísimos de derecho, dan á nuestra sociedad un aspecto mucho más humano que el aspecto de las sociedades antiguas. Un sitio como el de Jerusalem, referido por Josefo, en que las madres se comieron á sus hijos; un trágico incendio como el de Roma por Neron; una guerra como aquella de la Edad Media, en que un pueblo extirpaba á otro pueblo y lo cubría de sal; una lucha como la lucha de los papas con los emperadores que extirpaba por el hierro, por el fuego, por el veneno, por el cadalso, á una dinastía tan ilustre como la dinastía de Suabia; un Pedro el Cruel que extermina como la peste y que es perseguido y acosado como una alimaña salvaje; todos estos horrores pueden aparecer en otros tiempos más bárbaros, pero apenas se comprenden ahora en este tiempo, cuyas características son la libertad y la paz. Cuando se han cometido crueldades como las de Pelissier con los árabes, y venganzas como las del croata con los húngaros, y crímenes como el crimen de la comunidad de París, un grito de indignación, escapado á la conciencia pública, los ha maldecido y reprobado con maldiciones y reprobación tales, que nos aseguran la imposibilidad, y si no la imposibilidad, la dificultad de ver nuevamente esas crueldades manchando nuestra historia. Pero en este siglo tan humano, apenas se abren los anales de Rusia, se halla algo, que en barbarie y crueldad los acerca y asemeja á los anales de la antigua Asia.

Continúan las dificultades en Oriente: el Erario turco cada día más seco, y el gobierno búlgaro cada día más dificultoso; Servia en litigio con Austria por el ferro-carril que partiendo de Pesth, ha de acercar Viena á Constantinopla; Prusia en litigio con Rumania por el otro ferro-carril que ha de acercar el comercio germánico á la desembocadura del Danubio; los rusos sin saber si dirigirse ó no á Merw, en la tierra de los turcomanos, y los ingleses sin saber si dirigirse ó no al Herat, en la tierra de los afganes; los montenegrinos y los albaneses todavía en lucha por haber dispuesto de estos últimos el tratado de Berlin, como si en vez de pertenecer á montañas donde se respira en la pureza del aire el amor á la independencia, pertenecieran á esos hatos que se llaman pueblos dóciles y siervos; las agitaciones más amenazadoras, estendiéndose en Siria, donde Midhat-Bajá ha corrido el peligro de ser asesinado, y el disgusto, estendiéndose en Chipre, donde obedecen, pero no aceptan la ocupación británica; Grecia, cada día más animosa y ménos satisfecha, mientras el imperio de los osmanlíes se descompone en descomposición más irremediable cada día, y envenena el aire de Europa con los letales miasmas de la guerra, demostrando todo esto que si no tenemos ánimo para intentar con decisión y resolver con acierto el problema oriental, caeremos en la ruina que trae á los continentes el hallarse cara á cara con dificultades de todo punto insuperables y con problemas de todo punto insolubles.

La reina Victoria es una reina perfectamente constitucional; y siempre que la opinión pública la obliga con sus acuerdos á tomar un ministerio de cualquiera de los dos partidos militantes, lo toma, y deja á la opinión la iniciativa de la política y con la iniciativa de la política la responsabilidad. Sin embargo, para nadie puede ser un misterio que la reina prefiere gobiernos conservadores á gobiernos radicales. Y entre los radicales gustan ménos los de más color, y Gladstone lo va teniendo tan subido que debe herir un poco la cansada vista de su graciosa soberana. Además, allá por los años de 1875, encontrábase el jefe de la escuela liberal británica tan fatigado después de haber sostenido sobre sus hombros por largo tiempo el gobierno, que escribió una carta diciendo cómo á los sesenta y cinco años de vida y cuarenta de servicios se habían agotado sus fuerzas y había creído necesario á su reposo y á su nombre procurarse algún descanso, renunciando al mando y dirección de las oposiciones liberales, que debían con tal motivo elegir más joven y ménos cansado jefe. Eligióronle, en efecto, designando oficialmente en reunión presidida por Brigh, al marqués de Hartingthorn, que apenas tenía cuarenta y dos años y que llevaba un nombre ilustre, unido indisolublemente á la causa de los progresos modernos. Pero como estas elecciones oficiales no bastan á dar jefaturas que radican verdaderamente en otros títulos, el dimisionario continuó ejerciendo el pontifi-

cado efectivo mientras ejercía su sustituto el pontificado nominal y honorario. Nunca se ha visto una demostración semejante de la inutilidad del nombramiento oficial, no confirmado por el voto de la conciencia pública, que forja las sólidas nombradías y decreta los merecidos lauros. Hartingthorn pertenece á la aristocrática familia de los Cavendishs, tan gloriosa en la historia de las libertades británicas; ocupa puesto eminente por sus largos y valiosos servicios á la patria en el Parlamento y en el gobierno; tiene una palabra bien amaestrada en el ejercicio de los debates políticos; pero no es Gladstone, y ante Europa, ante el mundo, ante Inglaterra misma, á pesar de haberle nombrado unánimes sus colegas, no puede pretender la autoridad verdadera correspondiente á la autoridad oficial, por faltarle la grandeza intrínseca propia de su ilustre y renombrado jefe. Así á Gladstone le ha tocado soportar el peso de la discusión parlamentaria; á Gladstone dirigir los combates de la guerra electoral; á Gladstone recoger el lauro de la disputada victoria; á Gladstone llevar la jefatura del nuevo Gobierno; y á Gladstone impulsar la política, recogiendo gloria si acierta, y si yerra el vejámen propio de su desmedida altura y de su tremenda responsabilidad.

Sin embargo, la Reina Victoria no ha llamado al jefe propio de los wighs hasta que no le ha cedido solemnemente su puesto el jefe oficial en el histórico palacio de Winsord. Inmediatamente Gladstone se ha presentado ante la Reina y ha recogido el poder, lamentando, sin duda, que á la verdadera grandeza no le esté permitido la humilde oscuridad. Mirado dirigir desde su modesto y casi pobre albergue de Harley-street, acompañado por el menor de sus hijos, al soberbio palacio de los reyes, impuesto por la voz y el voto de los pueblos. Al verle, no creeríais ver el gran orador de Inglaterra en esa especie de Robinson, acostumbrado á derribar las encinas seculares con su hacha de leñador, como los exploradores del Norte de América, ó como sus padres los sajones cuando se lanzaban sobre los leños recién caídos bajo sus golpes al mar para que la tempestad los condujese á la guerra. En sus facciones, esencialmente británicas, en su frente surcada, en sus ojos un poco inexpresivos cuando calla, en su figura severa, hay algo del predicador anglicano y del magistrado que se sienta en los sacos de lana para presidir las Cámaras inglesas.

Pero si tiene temperamento, fisiología, compleción, carácter, figura de inglés, tiene inteligencia y corazón de filántropo y de humanitario. Generaliza como un filósofo nacido en Atenas, en Florencia, en París, en Córdoba; cultiva las lenguas y las literaturas clásicas, como el más orgulloso de los heleno-latinos y más prendado de su raza; lanza efusivos votos por la emancipación del género humano y por la libertad de los pueblos oprimidos cual los oradores más republicanos en los primeros arranques de sus palabras, en los primeros latidos de su corazón, en los primeros albores de su fantasía; ama la igualdad política y la igualdad social á guisa del latino más democrata; y en sus arengas resultan siempre proporciones y armonías tales que las creeríais recogidas en el aire cargado de azahar, y en la luz esplendente de colores que animan las regiones meridionales y que dan á todas sus obras los clásicos relieves y la nativa poesía.

Gladstone se presenta en el palacio, habla con la reina, admite la comisión de presidir el Gobierno y besa la régia mano tres veces en señal de haberla admitido. Luego se dirige desde el palacio de los reyes á la humilde casa de Londres á formar el Gobierno que por algún tiempo debe presidir á los brillantes destinos del más colosal imperio que hoy sustenta la tierra. El día en que el pueblo parisien tomaba la Bastilla, preguntó Luis XVI á uno de sus cortesanos, si todo aquel ruido era un motin, y el cortesano le contestó solemnemente y proféticamente que no; que todo aquel ruido era una revolución. Pues lo mismo ha debido sentir la reina Victoria al entregar los sellos de su gobierno á manos del gran tribuno; ha debido sentir que se los entregaba, no á las revoluciones, imposibles en la sólida y libre Inglaterra, pero sí á la personificación más brillante de todas las reformas.

No hay que dudarle; la palabra de este anciano, de setenta y un años, ha encendido á Inglaterra como pudiera encenderla el discurso de un joven que destellara de sus ideas el calor de la más viva elocuencia y del más exaltado sentimiento. Pero ha traído una mayoría, en que, si hay pocos capaces de soñar con la República, hay muchos deseosos de que la aglomeración de la propiedad se disminuya, y la primogenitura cese, y el mayorazgo caiga, y la vinculación desaparezca, y la aristocracia ceda su puesto á la igualdad democrática, y los condados se identifiquen con las ciudades en derechos electorales, y el pueblo inglés entre en las condiciones económicas de los pueblos latinos, y la Iglesia anglicana deje de ser una sustitución del Estado: que á tal punto llegan los ideales, acariciados por tantos profesores y maestros en ciencias económicas y sociales, como han venido á derribar el gobierno de los conservadores para traer el gobierno de las reformas. Un episodio, que es una revelación. En el momento de subir Gladstone al poder, los griegos, residentes en Londres, han regalado á su esposa un ramo de preciosas flores, y la ilustre señora ha contestado que lo admitía con gusto y con deseo de que su marido en el poder hiciera algo por tan heroica raza. Entre el perfume de esas flores, la oportunidad de esos helenos, y las palabras de la señora luce una

política extranjera, tan grande que no podrán menos de aplaudirla, si á verdadero éxito llega, cuantos amen la libertad en el mundo.

EMILIO CASTELAR.

EJÉRCITOS PERMANENTES.

HOLANDA.

Personal y material.

Ejército activo, hombres.	30.000
Además 100.000 guardias nacionales.	
Ejército de mar.	6.000
TOTAL.	36.000

Seis navíos; 12 fragatas; 25 corbetas y bricks; 16 schooners; 1 aviso; 14 vapores; 10 lanchas cañoneras; 8 plazas fuertes; 7 puertos militares.

Presupuesto de ingresos 152, 953 981 francos.

Gastos de ejército de tierra y de mar.	33.973.169
Intereses, á razon de 4 por 100, de 400 millones de francos, por mobiliario y servicios afectos al ramo de guerra.	16.000.000
Interés de la Deuda pública, procedente de la guerra, de 2.631.169.761 francos á razon de 5 por 100.	131.558.488
Pérdida de jornales de 36.000 hombres, suponiendo que cada uno ha dejado de ganar 300 francos al año.	10.800.000
TOTAL.	192.331.657

BÉLGICA.

Personal y material.

Infantería, hombres.	50.000
Caballería.	10.000
Artillería.	8.000
Ingenieros.	1.000
Gendarmería.	1.000
TOTAL.	70.000

Guardia cívica, pronta á movilizarse, 100.000 hombres.

Marina unos 1.000 hombres, cuya cifra unida á la del ejército de tierra, da 71.000 combatientes.

Unos veinte buques de varias clases: (bergantines, goletas y chalupas.)

Trece plazas fuertes; 4 escuelas militares; 1 puerto militar.

Presupuesto de ingresos: 122.848.650 francos.

Presupuesto de gastos del ejército en general.	27.787.000
Valor de las propiedades anejas al servicio militar, 300.000.000 de francos, cuyo interés á 4 por 100 da.	12.000.000
Interés de 690.686.122 francos, de Deuda procedente de guerra, da la cifra de.	36.353.299
Suma correspondiente á la pérdida de trabajo de 71.000 hombres, á 300 francos anuales por individuo.	21.300.000
SUMA.	97.440.299

CONFEDERACION GERMÁNICA.

Componíase esta Babel de pueblos de 1 imperio (Austria); 7 reinos (Prusia, Holanda, Dinamarca, Babiera, Wurtemberg, Hannover y Sajonia), de 15 ducados, 12 principados, 4 ciudades libres y 1 señoría.

Hacemos caso omiso de la organizacion de la confederacion que la voluntad de Bismarck ha roto y el ejército prusiano ha destrozado, primero con la bofetada de Sadowa, y luego con el latigazo á Dinamarca, cuyos resultados han sido la humillacion de Austria y formacion del imperio alemán, cima del momento, de la soberbia del obcecado canciller prusiano y dejando á un lado la insignificante deuda de numerosos microscópicos Estados, nos ocuparemos en globo de Baviera, Sajonia, Hannover, Wurtemberg, y los 32 Estados de la ex-confederacion, que sumaban en junto una poblacion de 20.000.000 de habitantes, con un ejército efectivo de 200.000 soldados y una reserva de 100.000 en tiempos de guerra, que daban en los de paz sólo 100.000, siendo el presupuesto de ingresos próximamente de 300.000.000 de francos.

El presupuesto de guerra ascendía á.	80.000.000
Valor de las propiedades totales afectas á Guerra 800.000.000, cuyo interés á 4 por 100 era de.	32.000.000
Deuda pública procedente de varias guerras, 692.016.163 francos, cuyo interés á 5 por 100 exigía.	34.600.808
Suma correspondiente á la pérdida de trabajo de 100.000 hombres en tiempo de paz, á razon de 300 francos por individuo.	30.000.000
TOTAL.	176.600.808

Veinte plazas fuertes.

ESPAÑA.

Personal y material.

Infantería.	83.000
Caballería.	12.000
Ingenieros y Artillería.	10.000
TOTAL.	105.000

Además, 50.000 hombres de milicias provinciales.

Marina 10.000 hombres, que agregados al ejército de tierra, daban un efectivo de 115.000.

Tres navíos; 5 fragatas; 6 corbetas; 13 bricks; 26 goletas; 22 paquebotes; 16 plazas fuertes; 3 puertos militares.

Presupuesto de ingresos, 309.003.438 francos, de los que absorbía el ramo de guerra:

Para el ejército de tierra y de mar.	99.663.080
Interés de la deuda producida por varias guerras, calculada aquella en francos 3.000.000.000, á 5 por 100.	150.000.000
Valor de los edificios y toda propiedad militar, calculado en 800.000.000 de francos el interés, cuya cifra al 4 por 100 daba.	32.000.000
Suma correspondiente á la pérdida de trabajo de 115.000 hombres, calculando á 200 francos por hombre.	23.000.000
TOTAL.	304.663.080

PORTUGAL.

Personal y material.

Suma total de todo el ejército de tierra lusitano, hombres.	30.000
Marina.	5.000
TOTAL.	35.000

Un navío; 6 fragatas; 8 corbetas; 11 bricks; 13 embarcaciones ligeras; 10 plazas fuertes; 2 puertos militares.

Presupuesto de ingresos, 76.309.386 francos.

Idem del ejército de mar y tierra.	26.054.037
Valor de las propiedades afectas á guerra, calculado en 300.000.000 de francos; su interés á 4 por 100.	12.000.000
Deuda pública 522.880.033, cuyo interés á 5 por 100 daba una suma de.	26.144.000
Suma correspondiente á la pérdida de trabajo de 35.000 hombres, á razon de 200 francos anuales por individuo.	7.000.000
TOTAL.	71.198.038

DOS SICILIAS. (1)

Personal y Material.

Infantería de la guardia y de línea; hombres.	29.000
Caballería id. id.	4.500
Artillería y zapadores.	2.500
Carabineros.	8.000
Suizos.	10.000
Diversos cuerpos (resguardo, policia, etc.).	8.000
TOTAL.	62.000

Existía además una reserva formada por los licenciados de ménos de cinco años.

Constaba la marina de 4.000 hombres, que unidos á los 62.000 hombres del ejército de tierra, daban un total de 65.000.

1 navío; 11 fragatas; 1 corbeta; 8 bricks y goletas; 8 paquebotes de vapor; total 29.

12 plazas fuertes; 2 puertos militares.

Presupuesto de ingresos 150.000.000 de francos, de los que consumía el ejército.

Por interés á 4 por 100 de cerca de quinientos millones de francos, que importaban las propiedades mobiliarias é inmobiliarias afectas á guerra.	20.000.000
No se conocía la deuda pública.	"
Suma correspondiente á la pérdida de trabajo de 66.000 hombres, á razon de 200 francos anuales por hombre.	13.200.000
TOTAL.	83.200.000

ESTADOS PONTIFICIOS, GRAN DUCADO DE TOSCANA, DUCADOS DE PARMA, DE MÓDENA Y DE LUCA.

Personal y material.

Total ejército, hombres.	24.000
----------------------------------	--------

Ocho plazas fuertes.

Presupuesto de ingresos, 100.000.000 de francos, de los que correspondían á los Estados Pontificios y Toscana, las nueve décimas partes.

Presupuesto de gastos del ejército.	20.000.000
Estimando el valor de las propiedades de todo género, afectas al servicio de guerra, próximamente en 300.000.000 de francos, el interés de aquella suma, asiende al tipo de 4 por 100 á.	12.000.000
Siendo la deuda pública originada por la guerra 23.048.000 francos, el interés de aquella, calculado á 5 por 100 es de.	1.152.400
Suma correspondiente á la pérdida de trabajo de 24.000 hombres, á 200 francos anuales por individuo.	4.800.000
TOTAL.	37.952.400

(1) Datos aproximados recojidos de referencia, por no existir oficialmente consignados en documento alguno.

CERDEÑA.

Personal y material.

Ejército de tierra, hombres.	58.000
Id. de mar.	2.000
TOTAL.	60.000

Cinco fragatas; 6 corbetas; 4 bricks; 15 barcos inferiores.—Total, 30.—Diez plazas fortificadas y muchos fuertes; 2 puertos militares.

Presupuesto de ingresos, 101.564.236 francos, de los que consumía el de guerra.

Valor de las propiedades mobiliarias é inmobiliarias adscritas á guerra, estimado aproximadamente en 400.000.000 de francos; interés de esta suma á 4 por 100.	16.000.000
Deuda pública ocasionada por la guerra, 518.410.460; interés de esta cantidad.	25.357.243
Suma correspondiente á la pérdida de trabajo de 60.000 hombres, á 200 francos por individuo, al año.	12.000.000
TOTAL.	94.410.792

SUIZA.

No existe ejército permanente.

En caso necesario, los cantones aprontan un contingente de 50 000 hombres; el servicio militar es obligatorio desde los 20 años.

No existe deuda pública.

Presupuesto de ingresos 12.565.000 francos.

Valor de cuatro plazas fuertes y material de guerra existente en los parques, etc., 25 millones de francos; interés de esta suma á 4 por 100.

Entretimiento y conservacion de material de guerra, administracion y otros gastos.	500.000
TOTAL.	1.500.000

De los anteriores datos, algunos imperfectos, y omision hecha de la Deuda de Turquía, antes de 1855, resulta que la paz armada costaba hace años á Europa 5.168.694.201 francos anuales, que, transformados en pesetas por falta de datos y cálculos deficientes, daban un total de 20.674.776.804 reales.

Comente quien quiera las anteriores cifras y sus iniciales causas.

Desde 1854 á 1869 y 70, los ejércitos permanentes han dado las siguientes cifras en números redondos, de fuerza armada y gastos en algunas naciones de Europa.

AUSTRIA-HUNGRÍA.

Presupuesto de ingresos en 1870:

florines (1).	325.251.333
Obligaciones militares.	77.691.373

Poblacion, 37.000.000 de habitantes; ejército activo, 246.000 hombres, que en tiempo de guerra pueden aumentarse hasta 822.000: en 1862 excedía el presupuesto en 135.000.000 de florines para fuerza mayor que la que consta en 1870. El presupuesto de guerra austro-húngaro absorbía en dicha fecha la cuarta parte de los recursos del país.

BÉLGICA.

Presupuesto de ingresos en 1869:

francos.	176.163.062
Obligaciones militares.	36.885.000

Poblacion, 4.897.794 almas; ejército, 42.367 hombres, cuyo número puede llegar á 100.000; el presupuesto de guerra absorbe el 20'93 por 100 de las rentas públicas.

FRANCIA.

Presupuesto de ingresos en 1869:

francos.	1.627.784.160
Obligaciones militares.	381.694.552

Poblacion, 38.067.064 hombres en el territorio, mas 125.000 de tropas existentes fuera del país. Ejército 400.000 hombres en servicio activo, mas 400.000 en reserva, mas 550.000 de guardia móvil; total, en caso necesario, 1.350.000 combatientes. El presupuesto formado para 1870 era de 2.054.588.469 francos, siendo mayor que la total expuesta, la cifra de hombres armados; los gastos de guerra absorben el 23 1/2 por 100 de los ingresos.

INGLATERRA.

Presupuesto de ingresos en 1869:

libras esterlinas (2).	70.715.374
Oligaciones militares.	14.075.400

Poblacion, 30.600.000 habitantes; tropas activas, milicia, cuerpo militar de policia en Irlanda, tropas de la India indígena, 461.873 hombres; las fuerzas auxiliares gastan, además, 1.500.000 libras: en dicho año de 69, se invirtieron 3.300.000 en la expedicion á Abisinia. El ejército inglés consume algo más del 20 por 100 del presupuesto de ingresos.

ITALIA.

Presupuesto de ingresos en 1869:

liras (3).	985.408.804
Obligaciones militares.	142.683.010

(1) Cada florin equivale á pesetas 2'38 (poco más de nueve reales).

(2) La par monetaria de la libra esterlina ó soberano de oro, es próximamente de pesetas 24'92.

(3) Lo mismo que franco.

Poblacion, 25.572.915 almas; fuerzas en armas, 573.535 hombres; absorbe el presupuesto de guerra el 14 por 100 de los ingresos.

PORTUGAL.

Presupuesto de ingresos: reis (1)... 15.616.096.000
Obligaciones militares... 3.676.900.000

Habitantes, 4.286.995; ejército, 33.342 hombres, cuya cifra puede elevarse en tiempo de guerra á 73.025; además 9.453 de la primera línea y 21.411 de la segunda, que sirven en las posesiones ultramarinas de Africa y Asia. El presupuesto de guerra absorbe próximamente la cuarta parte del de ingresos.

PRUSIA Y CONFEDERACION ALEMANA DEL NORTE.

Presupuesto de la Confederacion para el año de 1870: thalers (2)... 74.707.419
Presupuesto de guerra... 67.950.841

Poblacion, 30.000.000 de habitantes; ejército en pié de paz, 300.000 hombres; el presupuesto de guerra consume más del 90 por 100 del de Prusia y la Confederacion germánica.

RUSIA.

Presupuesto de ingresos en 1879, rublos (3)... 477.905.332
Idem de guerra... 136.744.108

Poblacion, 78.400.000 habitantes; ejército, 780.000 hombres.

Absorbe el presupuesto de guerra la cuarta parte de las rentas moscovitas.

ESPAÑA.

1877 á 1878.—Fuerza armada dependiente del Ministerio de la Guerra, abstracion hecha de la Guardia civil, carabineros y personal de marina, hombres... 103.504

Presupuesto de ingresos calculado... 734.485.580 pesetas.

Intereses de la deuda...	249.724.445
Presupuesto de guerra; personal y material...	122.336.298
Guardia civil idem id...	17.644.954
Carabineros idem id...	14.209.830
Ministerio de Marina idem id...	94.973.313
	428.888.840

Parécenos ocioso añadir, que la máxima parte de los intereses, de la enorme deuda pública que nos abruma, por no decir la casi totalidad, reconoce su origen en la serie de guerras que en el presente siglo se distinguen con los nombres de la Independencia; la de los apostólicos en pleno absolutismo fernandino; la civil carlista de 1833 á 1839; la idem de 1848 en Cataluña; la de Africa de 1859 á 1860; la tercera carlista de 1869 á 1872, y la cuarta del mismo nombre, de 1873 á 1876.

Basta por hoy; pronto descompondremos muchas de las cifras expuestas en este artículo, por el prisma del patriotismo iluminado por el sentido comun.

MANUEL PRIETO Y PRIETO.

ROUSSEAU.

Después de la escuela de Montesquieu, después de la escuela de Voltaire, apareció en el siglo XVIII la escuela de Rousseau.

Este hombre extraordinario nació en una república muy pequeña sin duda, una villa solamente, pero que había conservado la idea de una ciudad, que se encarnó en el *ciudadano de Ginebra*.

Su familia, educada en el protestantismo, inculcó en su espíritu el germen de la libertad religiosa, que en los siglos XVI y XVII era fundamentalmente republicana.

Luthero, al proclamar el libre exámen, tuvo el mérito de extraer de la teología el dogma de la libertad. Descartes siguió las huellas de Luthero, deduciendo de la filosofía el imperio de la razon, y Rousseau, aplicando la doctrina de Luthero y Descartes á la política, preconizó el principio de *libertad* y le grabó en el espíritu humano por su *Discurso sobre las ciencias y las artes*, por su *Discurso sobre la desigualdad*, por su *Contrato social*, y en general, por todas sus obras inmortales.

Su gloria consiste en haber destruido todas las formas tiránicas del pasado, todas las supersticiones consagradas por la ignorancia, proclamando la emancipacion del pensamiento esclavo de la idolatría, enalteciendo la dignidad del hombre, porque su grande alma odiaba profundamente el despotismo, por su entusiasmo ardiente por la libertad, y aborrecía á los tiranos, por su amor á los hombres.

No aspiró tan solo á destruir el soberbio edificio construido por el orgullo, la ambicion y la codicia de los privilegiados de la fortuna, fortificado por el poder omnimodo de los reyes de derecho divino, sancionado por seculares tradiciones, sino que quiso fundar el sacrosanto templo de la liber-

(1) Cada 1.000 reis equivalen á pesetas 5'33.

(2) Cada talher equivale á pesetas 3'75.

(3) Cada rublo equivale á pesetas, 3'90.

tad, porque nunca un corazon más generoso ha latido de amor por la humanidad.

El pensamiento filosófico del siglo XVIII puede resumirse bajo un cierto aspecto en una idea, segun el juicio de un profundo pensador. Los filósofos habian dicho á los reyes absolutos, á las castas privilegiadas, vosotros no sois más dignos de gobernar á los hombres, porque no sois ni los más amantes, ni los más inteligentes, ni los más laboriosos. Diderot, Voltaire, y Rousseau desarrollaron esta idea bajo mil formas, y apenas descendieron á la tumba, el pueblo, instruido por ellos, destruyó el poder de estas categorías sociales, que se les habia representado como tiranos é impostores.

¿Cuál fué la obra de Juan Jacobo Rousseau? Después de destruir las falsas bases, dadas hasta allí á la soberanía, la monarquía, la aristocracia y la teocracia, quiso demostrar dónde reside realmente la soberanía que fundó en el hombre, en cada uno de los hombres, y dedujo de este principio, que la sociedad humana supone realmente un contrato, que de cada uno trasporta la soberanía á todos.

Rousseau abandonó el sistema analítico y se elevó á la concepcion sintética, y este fué uno de los rasgos más gloriosos de su génio creador.

Rousseau fué el apóstol elocuente de la soberanía del pueblo, y esta doctrina contiene tanta verdad y grandeza que es inmortal; y fué tan repetida, proclamada y demostrada por su génio, que la hizo pasar por ley que reina en nuestras almas.

El ha enseñado que la soberanía del pueblo debia ser precedida de un legislador, y que reclamaba una iniciacion que la haria vivir.

Pero el legislador, que Rousseau invoca, no es un Licurgo, un Moisés ó un Mahomet.

Los hebreos, encorvados bajo el yugo de los Faraones, construian las pirámides, cuando Moisés les hizo salir de Egipto y les dió un código.

Los lacedemonios vivian en la discordia, en la anarquía, y Licurgo logró persuadirles de la necesidad de someterse á sus leyes.

Los árabes estaban divididos en el desierto; Mahomet los reunió, combate su idolatría, les enseña la unidad de Dios, y en nombre de esta unidad constituye un pueblo y funda el imperio del Corán.

Cuando Licurgo dió leyes á su patria, comenzó por abdicar la monarquía. Fué costumbre en las antiguas repúblicas griegas y en las italianas de la Edad Media, el confiar á extranjeros el establecimiento de sus leyes, y Roma vió nacer en su seno todos los crímenes de la tiranía, por haber reunido en las mismas cabezas la autoridad legislativa y el poder soberano.

Los Decenviros, á pesar de los abusos de su influencia y de sus actos crueles, jamás se arrogaron el derecho de hacer pasar ninguna de sus leyes de su sola autoridad. *Nada de lo que nosotros os proponemos*,—decian ellos al pueblo,—*puede pasar á ser ley sin vuestro consentimiento. Romanos, sed vosotros mismos los autores de las leyes que deben hacer vuestra felicidad.*

Se concibe perfectamente que la inteligencia superior de Moisés, alimentada de toda la sabiduría egipcia, de la ciencia de esta nacion, haya podido dar una organizacion completa á un pequeño pueblo, embrutecido por la miseria y por la ignorancia. Brama y Budda siguieron el mismo ejemplo, así como la Grecia creó los tipos de los semi-dioses, y la tradicion y la política han engrandecido á Rómulo y Numa en la imaginacion de los pueblos.

Los judíos esperaban tambien un legislador, un Mesías; el vulgo creyó que un rey temporal saldria de la raza de los Reyes, de la raza de David; pero Jesús, al aparecer delante de Pilatos, dijo:—Mi reinado no ha llegado aún.—Jesús no fué el rey temporal que se aguardaba, sino el inspirador de la verdad, el revelador del dogma de la fraternidad, el redentor y emancipador de la opresion del género humano.

Reinaban de hecho, la antigua gerarquía pagana, el privilegio, y fueron destronados por la equidad y por el derecho, por Jesús, sus discípulos, San Pablo, los padres de la Iglesia, por todos los primeros cristianos. Y lo que más sirvió á la propagacion del cristianismo fué la unidad del imperio romano, que habia roto todas las barreras que separaban antes á las naciones y que las amalgamó bajo su dominacion universal. En el tercer siglo, cuando se abrió el Concilio de Nicea, Constantino, el rey de hecho, se vió obligado á reconocer la palabra del rey de inteligencia y de justicia. ¿Y qué fué este Concilio sino la representacion del pueblo?

El legislador, como la antigüedad le entendia, un Manou, un Orfeo, Solon ó Dracon, es reemplazado por lo que se llama hoy la opinion pública, por los esfuerzos y los trabajos de todos los que cultivan su razon, y el amor del progreso fecunda la inteligencia. El Gobierno representativo no es un instrumento de transicion, como han pretendido algunos escritores, si no que es la forma perfectible, pero permanente é indestructible del porvenir. Esta forma ha existido á diversos grados en los tiempos pasados, no solo en la Constitucion griega y romana, sino en la Constitucion del cristianismo. Esta religion ha sido fundada y gobernada por los concilios, y éstos fueron la representacion del pueblo cristiano.

Hoy no tenemos del Gobierno representativo más que un vano simulacro.

La libertad es antigua, decia Madame Stael; solo el despotismo es nuevo.

Añade Rousseau: «El pueblo sometido á las leyes, debe ser el autor: no pertenece sino á los que se asocian el derecho de reglar las condiciones de la sociedad.» Su profundo talento comprendió que si el pueblo quiere siempre el bien, no le ve siempre; que si la voluntad general es siempre recta, el juicio que la guía no es siempre esclarecido. De estas observaciones se deduce claramente que el pueblo será efectivamente el verdadero soberano, el soberano legítimo, cuando la ciencia humana habrá afirmado su existencia; cuando la educacion teórica y práctica del pueblo y su conciencia ilustrada hará real y efectiva su soberanía. Así, la obra que Rousseau llama legislacion, tiene por fin preparar y hacer posible la soberanía popular. La distincion entre el legislador y el soberano es tan grande á los ojos de Rousseau, que exclama: *Era preciso ser Dioses para dar leyes á los hombres.*

Y en otra parte establece la misma diferencia entre el legislador y el pueblo, que la que existe entre el inventor que construye la máquina y el obrero que se sirve de ella, la misma diferencia que entre una causa y el efecto que produce.

Para que un pueblo naciente pueda gustar las sábias máximas de la política y seguir las reglas fundamentales de la razon de Estado, era preciso que el espíritu social, que debe ser la obra de la institucion, presidiera á la institucion misma, y que los hombres fueran antes de las leyes, lo que ellos deben ser por ellas.

En el nacimiento de las sociedades, dice Montesquieu, son los jefes de las repúblicas quienes hacen la institucion, y después la institucion forma los jefes de las repúblicas; y es natural que así suceda. El ejercicio práctico de los derechos educa á los pueblos; pero los sofistas, enemigos del desarrollo de las facultades humanas, niegan á las muchedumbres la intervencion en los negocios públicos, por medio del sufragio, afirmando, en su necio orgullo, que no están preparadas para ejercer sus derechos, y como no se preocupan de ilustrarlas, el desideratum de estos egoistas doctrinarios es el de eternizarse en las regiones del poder, adquirir riquezas, títulos y honores, convirtiendo en pária á la inmensa mayoría del país, condenada á la abyeccion y á la miseria por los sibaritas que participan de todos los gozes de la fortuna, mientras la desgracia, el duelo y la desesperacion son el patrimonio de las clases desheredadas de los beneficios sociales. Y es imposible que esta desigualdad, que engendra tantas inmundicias, tantos desastres y tantas iniquidades, pueda resistir mucho tiempo á los embates del progreso que al fin ha de conquistar el triunfo, asentándose sobre firmes y justas bases el imperio de la equidad y de la conciencia pública, sobre la ruina de bastardos intereses, de egoismos profundos y de ridículas vanidades.

Rousseau creía que el hombre que acomete la empresa de constituir un pueblo, debe sentirse en estado de cambiar la naturaleza humana, de transformar cada individuo aislado en parte de un gran todo, del que este individuo reciba en alguna suerte su vida y su sér, y que quite al hombre las fuerzas naturales para darle otras más grandes y durables, sin duda las sociales, porque queria sustituir á la existencia física é independiente la existencia moral, de manera que si cada ciudadano no es nada, y no puede hacer nada sin el auxilio de los demás ciudadanos, y que la fuerza adquirida por el todo sea igual ó superior á la suma de las fuerzas naturales de todos los individuos, se puede decir que la legislacion está en el más alto punto de perfeccion que puede alcanzar. Así caracterizó la obra del legislador, del inventor de lo que él llama la máquina, es decir, la constitucion de la sociedad.

Creó un empleo esencialmente distinto de la soberanía, una funcion particular y superior que no tiene nada de comun con el imperio humano; porque dice, que aquel que manda á los hombres no debe mandar á las leyes, y vice versa, porque las leyes, ministros de sus pasiones, no harian con frecuencia sino perpetuar sus injusticias, y nunca podria evitar que miras particulares no alterasen la santidad de su obra. Rousseau aludia al legislador que hace las leyes, y que no ejerce ningun poder, porque deja al soberano, es decir, al pueblo, toda la autoridad; y así juzga que se encuentran á la vez en la obra de la legislacion dos cosas que parecen incompatibles: una empresa superior á la fuerza humana, y para ejecutarla, una autoridad que no es nada.

El cuadro uniforme que ofrecia á sus ojos el pasado, le hizo concebir un legislador como investido del poder divino, pero en su pensamiento era inseparable el dogma de la soberanía del pueblo y la idea de un legislador que hiciera posible esta soberanía. El declaró al pueblo soberano, y como soberano le hizo árbitro de las leyes, pero reconoció que la iniciacion no correspondia al pueblo.

No se trata ya del legislador de la antigüedad, sino del legislador transformado, de la prensa, por ejemplo, que ejerce la sublime mision de difundir las ideas que pueden hacer viva y real la soberanía del pueblo.

Los doctores del doctrinarismo que lanzan tantas invectivas contra la soberanía del pueblo, proclaman la *soberanía de la razon*, es decir, la soberanía de la razon individual, y, como siempre, solo defienden el egoismo.

Críticos impotentes que se imaginan luchar con

EL TRABAJO EN CUBA.

V

En nuestro artículo anterior, después de haber examinado, en algunas de sus partes esenciales, la ley últimamente aprobada por las Cortes de España para reformar el estado social de Cuba, y después de demostrar que la esclavitud ha quedado subsistente, bajo la denominación de *patronato*, con todas sus tristes y naturales consecuencias, con todas las dificultades, ó mejor dicho, la imposibilidad que crea para el desarrollo del trabajo y de la producción en aquel país, dejamos pendientes de estudio y exámen otros puntos no menos importantes que vamos á tratar ahora, procurando descubrir el espíritu de esa ley y penetrar en la mente del legislador, al concebirla y al dictarla. No será para ello preciso grande esfuerzo: bastará recoger las ideas expuestas en la discusión, así por el Gobierno como por las comisiones de ambas Cámaras, y apreciarlas con imparcial criterio, en sus relaciones con la tranquilidad pública, con el orden económico y con la vida agrícola é industrial, bases fundamentales de la producción antillana.

¿Cuáles son las ideas que han inspirado ese procedimiento que consideramos tan funesto? ¿Y cuáles los fines mediatos é inmediatos que han creído alcanzar sus autores? Descúbrase primeramente un propósito cuya realización es de todo punto imposible: se ha querido, tal vez, ó al menos se ha dado á entender, que la fórmula adoptada es la única, por cuya virtud podrán ser los actuales poseedores de esclavos los que, en definitiva, resuelvan por sí la gran cuestión, y realicen el acto de justicia por desprendimiento y noble sacrificio de sus intereses propios; se ha pensado que así, al sentirse los negros en posesión de la *libertad verdadera*, nacerá en su alma, con la alegría que les ha de producir su nuevo estado, el sentimiento de profunda gratitud, no á la ley que mistifica ese derecho al proclamarlo y reconocerlo, sino hácia el amo generoso que lo hace efectivo por espontánea concesión. Se cuenta tal vez con que ese desenlace feliz vendrá como consecuencia natural de la situación creada por la difícil y arriesgada tutela que se impone á los patronos, los cuales apresurarán, por inspiración de su propia conveniencia, el término de lo que se puede considerar hoy prolongación de la esclavitud. Se ha estimado quizá que el planteamiento de esa ley promoverá acuerdos mutuos, mediante los cuales el patrocinado y su amo conserven, por agradecimiento el primero y por interés bien entendido el segundo, esas relaciones de carácter suave y de avenencia fácil, que son, sin duda, las garantías más firmes, más prácticas y positivas para el trabajo y la producción. En una palabra: la ley no ha debido, según sus autores y defensores, dictar la libertad de los esclavos, sino estimular é inducir á los amos á otorgarla por imposibilidad de sostener la servidumbre. Examinemos este orden de ideas, en el cual los espíritus superficiales pueden creer que hay algo de atinado y plausible, y tal vez aún de prudente y previsor.

Se debe, ante todo, observar que la idea no es nueva, y que la experiencia ha demostrado hasta dónde han sido ilusorias y funestas esas presunciones. El acta del Parlamento británico de 14 de Mayo de 1833, que creó el *aprendizaje ó patronato* por seis ó cuatro años, autorizaba en su art. 7.º al patrono «para renunciar su derecho y otorgar la inmediata y completa libertad.» Y entre todas las colonias inglesas, solo Antigua respondió á la ley declarando la abolición inmediata por decreto de la legislatura colonial de 4 de Junio de 1834.

Pero las otras colonias, como Barbada y Jamaica, no siguieron ese ejemplo: la primera tardó poco, sin embargo, en aceptar con cordura la ley, guardándola y observándola fiel y lealmente; la segunda no omitió medio alguno, entre los que le franqueaba su constitución colonial y los que sugirieron á los *plantadores* la malicia y el espíritu de resistencia, para mistificar las declaraciones del acta de Mayo, y para hacer la condición del *aprendiz* aún más dura y cruel que la del esclavo en épocas anteriores. Antigua realizó, pues, inmediatamente la abolición, y completó así, en virtud de una *disposición de carácter legislativo*, la obra imperfecta y tímida de los legisladores ingleses. Barbada cumplió la ley, aunque sin iniciativa por su parte en abreviar los plazos en ella establecidos para el aprendizaje. Jamaica, en fin, al aplicarla, armada con sus mismos preceptos, falseó su espíritu, y en vez de secundar las miras ó intenciones del legislador, las contrarió con tenaz empeño y con insensata soberbia. No es este lugar oportuno para investigar las causas de tan diversos modos de proceder; no nos detendremos á examinar si fué el temor fundado ó el noble sentimiento de justicia, quien inspiró el grande ejemplo de prudencia y sabiduría de la primera, ni si fueron otros recelos infundados, ó el interés mal entendido, los que determinaron la actitud pasiva de la segunda, y la obstinada resistencia de la tercera. Pero lo que sí interesa á nuestro propósito consignar, como resultado obtenido en el orden económico para el trabajo y la producción de las tres colonias, es el hecho demostrado plenamente de que para Antigua comenzó una nueva era de prosperidad material y de tranquilidad y bienestar moral; en Barbada se produjo algun decaimiento en las exportaciones; en Jamaica el descenso fué realmente asombroso, y se puede afirmar que, á partir de

1833, la perturbación en el orden económico, en el trabajo y en las producciones fué profundísima. Lo que interesa también consignar es el hecho general (salvo el único caso de Antigua) de que los propietarios, aún después de haber sido indemnizados, ó nada hicieron por su parte para abreviar los plazos, ó desplegaron todos los recursos y se valieron de todos los artificios imaginables para resistir, para contrariar la recta aplicación de la ley. Así quedó justificada aquella frase de Stanley:

En la convicción de que nada hay que esperar de la espontaneidad de las colonias... (1)

Preciso es reconocer que si en la isla de Cuba hay muchos propietarios que, más atentos al porvenir y al interés general del país que á los suyos particulares del momento, seguirán los consejos de una bien entendida conveniencia, á pesar de pasajeros quebrantos, habrá en cambio otros que, amparados por la ley, y aún mal contentos con los plazos dilatados que señala, tratarán de apurar sus límites, y se atrincherarán en su derecho para sostener con empeño, por cima de todo, una riqueza falsa é instable, de que se les ha despojado sin indemnización.

Los primeros tal vez imitarían el noble ejemplo de Antigua, no obstante las dos diferencias esenciales que nacen de la diversa constitución política, por una parte, que en Cuba no hace posible más que *soluciones individuales aisladas*, y de la falta absoluta de compensación del sacrificio; decimos que tal vez imitarían ese ejemplo, porque allí en donde la primera de todas las condiciones para el trabajo falta porque no hay paz, no hay tranquilidad y reina la inseguridad en los campos, es posible que todo sacrificio, por grande que sea, y por estéril que parezca, se presente á los ojos de los propietarios como necesario para conjurar los más graves peligros que amenazan al país con una guerra de razas, ya sin duda y por desgracia abocada en las provincias del Oriente. Pero los demás que viven y trabajan en otras regiones de la isla de Cuba, no viendo el peligro tan cerca, confiando en la fuerza como medio de evitarlo, y no dispuestos á renunciar al derecho ó ventaja del patronato, ya que no se les ha indemnizado, ni de otra suerte se ha querido compensar la pérdida del capital que se les ha impuesto... ¿qué harán? ¿qué es natural que hagan? Lo que hizo Barbada ó lo que hizo Jamaica: cumplir bien y fielmente la ley estricta, es decir, dejar en toda su fuerza los males originados por el trabajo esclavo, y defraudar las candidas esperanzas de los legisladores; ó bien extremar la explotación aprovechando las grandes facilidades que el régimen actual de Cuba da para cometer toda suerte de trasgresiones, de inmoralidades y hasta de violencias ignoradas ó consentidas. Estas conclusiones no dejan lugar á la más leve sombra de duda en cualquiera persona medianamente conocedora de las circunstancias especiales de la isla.

Situación por todo extremo grave, tanto como inevitable, es en verdad la que ese procedimiento prepara al país; con su aplicación se aspira á favorecer los acuerdos mutuos entre patronos y patrocinados, sabiendo que los ha habido ya entre amos y esclavos; y á la vez no se puede rehusar el auxilio de la fuerza para sostener el derecho de que se inviste al actual dueño. ¿Y no es natural pensar que será ocasionado á conflictos y perturbaciones un procedimiento que establece y autoriza desigualdades irritantes y odiosas entre unos y otros trabajadores? ¿Qué orden, ni qué productos, ni qué trabajo serán posibles en medio de condiciones tan contradictorias? Ante esta consideración ha debido detenerse el legislador, y medir y apreciar el alcance de las reglas y preceptos que formulaba con olvido manifiesto de la historia y con desconocimiento de las especiales circunstancias del caso sometido á su exámen. Deducimos, pues, que el primero de los propósitos que, según se ha dicho, envuelve la ley de reforma social es pura ilusión, que jamás se debió acariciar por hombre alguno de Estado ó de Gobierno.

Veamos ahora el segundo propósito, que se muestra por modo más explícito y terminante. No es posible, se ha dicho, indemnizar al propietario; por consiguiente, ya que es preciso declarar ante el mundo civilizado que *cesó la esclavitud* en Cuba, para que la medida no tenga el carácter de violento despojo, sólo hay un medio, que es el de garantizar el uso del trabajo de los patrocinados, casi sin retribución. En esta solución se reúnen y condensan dos gravísimos males: la injusticia y la perturbación económica, que conspiran contra la subsistencia de ese mismo trabajo que se ha querido asegurar por una verdadera contradicción envuelta en el más trasparente juego de palabras, poco propio é indigno de la majestad de la ley; porque jamás la *esclavitud* ha sido otra cosa, en el orden legal, que el derecho de utilizar el trabajo del hombre sin la intervención de su voluntad é interés, de tal suerte, que si en Cuba ha podido tener de hecho otro carácter, no se debe atribuir á las leyes, sino á los abusos y á las trasgresiones, consentidos y hasta autorizados por el régimen arbitrario que allí ha imperado y que aún impera por desgracia.

Injusta hemos dicho que es la solución, y sorprende que en el Parlamento no se alzara una so-

(1) Se puede consultar este exámen detallado en la obra del Sr. Labra. «La abolición en el orden económico.»—Madrid 1874.

el Profeta del pueblo, que ha profetizado una sociedad, donde la soberanía existe en todos y en cada uno. El estableció la síntesis, y los eclécticos en filosofía y doctrinarios en política vuelven á rehacer el análisis, la disolución: han venido al mundo un siglo después que Rousseau, tienen la pretensión vana de profesar un principio más en armonía con el espíritu moderno, y retroceden un siglo más atrás, y desdeñan al grande hombre por ser incapaces de comprenderle.

Cada uno es libre, luego no hay Gobierno legítimo que no resulte de la voluntad de cada uno; pero la soberanía de cada uno pasa á todos; entonces todos son miembros del soberano, y así queda establecida la soberanía del pueblo. Esta es la teoría de Rousseau.

El ciudadano de Ginebra fué al mismo tiempo el doctor de la igualdad, y aunque pueden aparecer inasociables estos dos términos, *libertad de cada uno y libertad de todos, ó igualdad*, no son opuestos, porque Rousseau, en su *Contrato social*, apelaba á una ciencia superior capaz de asociar á los hombres, de armonizarlos, conciliando el derecho del uno y el derecho del otro, y esta ciencia la refería á la religión, porque él, solo de todos los filósofos del siglo XVIII, se atrevió á celebrar el Evangelio, abrazó la cuestión entera de las relaciones de los hombres entre ellos, y se elevó por la sublimidad de su pensamiento hasta las relaciones de la Humanidad con Dios.

Es cierto que rindiendo tributo á las ideas de su tiempo, él tenía miedo á la superstición, y á pesar de haber consignado en el *Contrato social* el pensamiento de que un principio religioso era necesario para constituir la sociedad y realizar la soberanía del pueblo, dijo: «No es preciso de todo esto deducir con Warhinton, que la política y la religión entre los modernos, tengan un objeto común, sino que en el origen de las naciones, la una sirve de instrumento á la otra. Parece que contradice la afirmación anterior, y que como su siglo no supo distinguir la verdad esencial bajo las formas idólicas del pasado, pero al proclamar la fraternidad humana, reconoce la religión que es su base fundamental.»

Rousseau fué el inspirador de la divina fórmula, *Libertad, Igualdad y Fraternidad*, que invocó más tarde la revolución francesa. Robespierre se propuso poner en práctica la obra de Rousseau. Así en la sociedad de los jacobinos, pronunció las célebres frases: «El ateísmo es aristocrático. La idea de un gran ser que vela sobre la inocencia oprimida, y que castiga el crimen triunfante, es toda popular. Yo hablo desde una tribuna en que el imprudente Guadet osó atribuirme un crimen por haber pronunciado la palabra *Providencia*... Este sentimiento está grabado en todos los corazones... el último mártir de la libertad exhalaría su alma con un sentimiento más dulce, reposando sobre esta idea consoladora.»

Este sentimiento es de la Europa, del universo y del pueblo francés. Y Saint Just dijo: «La aristocracia está en duelo... ella se indigna de que hayais reconocido la divinidad.»

Los jacobinos fueron los representantes de las teorías políticas y religiosas de Rousseau y quisieron establecerlas por la violencia en la esfera de los hechos. Titanes prodigiosos escalaron las gigantescas y escarpadas cumbres en pos de su ideal combatido por rudas tempestades humanas, y el choque terrible los lanzó en el sangriento abismo.

El verdadero carácter de la revolución, abstracción hecha de las formas que revistieron los sucesos, no fué sino el combate de las doctrinas divergentes bajo cierto aspecto, aunque tendieron todas á un fin común, profesadas por los filósofos del siglo XVIII, y que sufrieron diferentes transformaciones y ostentaron diversos matices, cuando los actores del trágico drama revolucionario, después de 1789, pretendieron encarnárselas en la vida social. El ateísmo de Holbach y de Lamettrie fué representado por Hébert y Chaumette y la Común; Danton y los cordeleros eran dominados unos por el deísmo epicúreo de Voltaire; otros, por cierto matiz de materialismo no sistemático, pero impotente, mientras Robespierre, Saint-Just y los jacobinos, eran deístas cristianos, creyentes en la inmortalidad del alma, discípulos de Rousseau.

Así, después de haber inmolado á Hébert y á Danton, Robespierre desarrolló en la tribuna de la Convención su famosa tesis *sobre la necesidad de las ideas religiosas y morales en armonía con los principios republicanos*.

Estos principios, ahogados en un mar de sangre, y luego por despotismos imperiales y monarquías restauradas, han surgido del borrascoso mar de la política, después de tremendas tempestades y de catástrofes sangrientas, han vuelto á renacer á la luz en la vecina república, purificada en el crisol de la experiencia y de los desastres de la guerra civil y de la guerra extranjera y aleccionada por las enseñanzas de la historia, fortalecida por la conciencia pública, perfeccionada por los progresos de la ciencia, no debe olvidar, sin embargo, á pesar de los adelantos del espíritu humano en el siglo XIX, al autor del *Contrato social*, al filósofo inmortal del siglo XVIII que se inspiró en la triple fórmula *libertad, igualdad y fraternidad*, y fué el apóstol elocuente de la *soberanía del pueblo*.

EUSEBIO ASQUERINO.

la voz (1) para señalar y denunciar la verdadera enfermedad que la ley encierra, y que ya el que escribe estas líneas había previsto y condenado con energía en la junta informadora de Agosto. La esclavitud en América, cuyo origen fué un afrentoso contubernio entre el interés sordido de la explotación y la violación de las leyes naturales, y cuyas consecuencias son el desorden, la guerra y todo género de amenazas y peligros, ha sido la más grave de todas nuestras faltas, y pesa con inmensa pesadumbre sobre todos nosotros, y sobre las generaciones que nos precedieron; en vano querrá nuestra piedad filial exculpar á nuestros padres y á nuestros ilustres progenitores; en vano intentaremos eludir la responsabilidad que por ella nos alcanza: ahí está el hecho, con toda la elocuente expresión de su existencia, para mostrarse imponente y aterrador ante nuestras conciencias acusadoras é inexorables. Y cuando no hay uno solo de los pasados y presentes que esté exento de culpa, cuando se ha debido venir como á descargar la conciencia ante Dios y ante los hombres del peso formidante que la agobiaba, rompiendo la cadena forjada por nuestros mayores en hora infausta, cuando se ha querido poner término á tan dolorosa y prolongada lucha, en esa ocasión solemne, no se debió admitir por concepto alguno que los únicos seres inculpables, los esclavos, fueran los condenados á pagar la indemnización con su trabajo bajo la forma de patronato. Esa clase infeliz é inocente, que ha servido de basamento á la gran pirámide de oro, en cuya cúspide aún se ostentan el lujo y la opulencia de sus opresores, no puede ser víctima de tan grande injusticia.

Hemos afirmado que esa solución perturba el orden económico, y mejor hubiéramos dicho que hiere de muerte á la producción, no ya sólo porque nos parece indudable que el descontento de los patrocinados ha de ser obstáculo casi invencible para el trabajo, sino además porque no podemos comprender cómo los hacendados, sobre los impuestos directos, los derechos de exportación, el altísimo precio de las subsistencias, las cargas eventuales de la guerra, la gran baja del rendimiento de la cosecha última (que ya se puede asegurar ha sido de 40 por 100), la pérdida enorme del capital efectivo representado por el valor de los negros, y finalmente, sobre la falta de crédito, van á poder hacer frente al pago de los salarios que la ley señala. Porque, no hay que dudar, si el salario puede considerarse como nulo por su mezquindad para el trabajador, cuya condición no mejora en realidad, en cambio constituye un gravamen fuerte para el productor á quien ninguna compensación se ofrece. Y como de todo eso se ha prescindido en la ley, es natural presagiar días muy tristes para la agricultura cubana, que perecerá sin remedio, si á tiempo no se acude con un esfuerzo poderoso á sostenerla por medio de procedimientos eficaces y previsoros. Nosotros, conocedores de las necesidades del cultivo y de la industria agrícola de Cuba, no vacilamos en afirmar que esos procedimientos deben tender directamente á dos objetos principales, que son: primero, íntima satisfacción del trabajador; segundo, posibilidad de que el productor pague jornales proporcionados al trabajo inteligente.

Lo primero no se alcanzará, como dejamos demostrado en este y en los anteriores artículos, sino partiendo del reconocimiento franco, resuelto y decidido de la libertad del obrero con la facultad de libre contratación de su trabajo: así sentirá el hoy esclavo ó patrocinado con la aplicación de la justicia el gozo que produce la seguridad de un anhelo bien, real y positivo; su gratitud será inmensa, porque á sus ojos tendrá el carácter de concesión y gracia; no se debilitará su aprecio á los antiguos amos, si en ellos no vé (como no verá), oposición torpe, obstinada resistencia; si vé, al contrario, respeto, amparo y defensa noble y generosa de sus derechos, sentirá en esas nuevas relaciones con los anteriores dueños, la dignidad de hombre unida á su condición de obrero libre; se contemplará señor de sí mismo, verá asegurada su familia, y podrá vivir más para ella y por ella. Esa gran transformación, calmando de hecho su justa impaciencia y sus recelos actuales, ennobleciéndolo y moralizándolo, le convalidará á las ventajas, que sabrá apreciar, de un orden tranquilo; no serán para otro sus sudores y el fruto de su trabajo, sino para él y para sus hijos, lo cual multiplicará sus medios de acción y estimulará su voluntad; dará cabida en su pecho á la esperanza, nacerá en su alma la aspiración al bienestar, hará cálculos de ahorros; y dirigiendo la mirada á un porvenir, que se le presente en los horizontes de lo posible, descubrirá en él una posición desahogada, y tal vez independiente, que llena por completo el cuadro de su ambición... Ya entonces ese hombre está en la senda de la moral, de la honradez; de las virtudes; y con la justicia, el orden está salvado, y la tranquilidad de aquella hermosa tierra enteramente asegurada. Aún es tiempo; los que conocemos y representamos á Cuba, nos esforzaremos por aprovechar los momentos de realizar esa aspiración; pero si la intransigencia nos vence, si dominada por influencias funestas nos desoye, entonces advertiremos que esos momentos pasan y no volverán.

Para examinar el segundo de los indicados objetos, es decir, para demostrar la posibilidad de

que el productor pague jornales proporcionados al trabajo inteligente y espontáneo del obrero libre, nos vemos precisados á señalar el vacío que deja la ley, tal como ha sido aprobada y sancionada, y que procede del olvido completo, de la abstracción que se ha hecho, de un concepto esencial. Se ha impuesto al hacendado de Cuba un gran sacrificio, y no se le compensa en manera alguna, y no se le dan los medios, se le cierra el camino para sobre llevarlo... ¿Cómo corregir tan gran error? ¿Cómo salvar la producción, condenada á segura muerte por dicha ley? A este punto importantísimo dedicaremos nuestro próximo artículo.

B. PORTUONDO.

DEL CUERPO HUMANO COMO MÁQUINA

DE LA TRANSFORMACION DEL PENSAMIENTO EN FUERZA MATERIAL.

Si prescindimos en el ser humano, del pensamiento, de la conciencia y de la voluntad, reducido queda á un mecanismo más ó menos ingenioso, más ó menos complejo, pero que en nada difiere de otro cualquiera de los que fundiendo metales, amartillando barras y ajustando piezas, crea la industria de este incansable siglo XIX en esos templos del trabajo que se llaman fábricas, donde vestales de nueva especie, de tildado rostro y atléticos miembros, conservan el fuego sagrado de la vida moderna.

En nada se diferencia, repetimos, el cuerpo humano como máquina, de otra máquina industrial; y es que las leyes de la naturaleza jamás se contradicen, antes bien, se ayudan unas á otras y se completan; y si en el ser que siente y piensa y quiere hay nuevas leyes de orden superior, vendrán éstas á superponerse, por decirlo así, á las que rigen la actividad del aparato dinámico.

Dar una idea tan clara como nos sea posible del hombre-máquina, es el objeto que nos proponemos en el presente artículo.

Tres grandes fuerzas, entre otras secundarias, utiliza la industria, á saber: la presión del viento, el empuje del agua, la expansión irresistible del calórico.

Fácil nos fuera probar, á tener tiempo y espacio, que, distintas en la apariencia, son idénticas en el fondo estas tres acciones, porque única es la fuerza en el mundo material aun cuando se manifieste á los sentidos bajo múltiples formas. Mas prescindamos por hoy de este problema, y encerrándonos en más estrechos límites, digamos algo del calor como fuerza, antes de examinarle como causa inmediata de la vida de relación en la escala animal.

Creíase á principios de este siglo, y creíase con cierto fundamento, que era el calor ó el calórico un fluido especial y una singularísima sustancia; fluido que, por su flujo y reflujo, por su continuo cambio de posición y de densidad, daba origen á los infinitos fenómenos físicos que se conocen bajo la denominación genérica de fenómenos calóricos. Allí donde se acumulaba, crecía la temperatura, se enfriaba todo cuerpo al perder cierta cantidad de este fluido; y era fuerza motriz cayendo como cascada de los cuerpos calientes sobre los cuerpos fríos, á la manera que es fuerza motriz una masa de agua al caer de un nivel superior á otro inferior, en todos los mecanismos hidráulicos.

Esta hipótesis, antes universalmente aceptada, ha cedido el puesto á otra más alta concepción, que es el fundamento de toda la física moderna. No es el calor, en efecto, una sustancia, sino, como dirían los antiguos escolásticos, un accidente de la materia, es decir, un movimiento; movimiento vibratorio de las moléculas, agitación interna de los cuerpos que la vista no percibe, pero que percibe el sentido del tacto bajo una forma especial á que se da este nombre de calor. Al observar un objeto en reposo, creemos en la inmovilidad de todas sus partes, y sin embargo, todas sus moléculas están animadas de extraordinarias velocidades vibratorias; pero como las trayectorias que describen son infinitamente pequeñas, como los contornos del cuerpo no varían, ó varían con suma lentitud, la ilusión es completa y el efecto el mismo, y aun mayor que el que produciría entre nosotros una masa de gente vista de larga distancia, y cuyo perímetro no variase, aun cuando cada persona agitará convulsivamente sus miembros sin cambiar de sitio en aquella muchedumbre. Ahora bien; si el calor es un movimiento vibratorio, natural es, y la práctica diaria lo comprueba, que se convierta, dadas ciertas condiciones, en otros movimientos perceptibles; y como al fin todo trabajo industrial á movimientos se reduce, de aquí el empleo del calor en las máquinas como verdadera y potente fuerza motriz. Fácil es ya, comprendido esto, comprender el mecanismo y la acción de una máquina de vapor, tipo perfecto de todo cuerpo vivo al funcionar como mero aparato dinámico.

En el hogar, por ejemplo, de una locomotora halláanse en presencia dos cuerpos: de una parte, el carbono, ó mejor dicho, el carbón; de otro, el oxígeno del aire; precipítanse las moléculas de éste sobre las de aquél: millones y millones de choques archi-microscópicos se realizan, y de aquí una inmensa vibración en la masa del combustible, ó dicho de otro modo, un gran desarrollo de calor: las rojas áscuas que sobre la rejilla percibimos no son otra cosa que moléculas dotadas de

rapidísima vibración, la cual, transmitiéndose en parte al éter, llega á nosotros en forma de luz. Pero esta vibración del combustible, como todo movimiento, no queda encerrado en la masa en que tuvo origen, sino que presto se comunica á los cuerpos próximos, y de aquí que el calor del hogar pase en gran parte al agua de la caldera: crece, pues, la temperatura del líquido hasta el punto de perder su forma primitiva y de convertirse en vapor, que vale tanto como decir, que vibran las moléculas del agua, que ensanchan sus trayectorias, que aumentan sus intervalos, y que perdiendo, por lo tanto, la sustancia su apariencia líquida, toma forma gaseosa.

Pasa el nuevo gas, que gases especiales son los vapores, al cilindro principal de la máquina, y aquella vibración ó aquel movimiento que nació en el hogar al choque del aire con el carbono, que se trasladó después al agua de la caldera y que el vapor llevaba en sus moléculas; traspórtase, por último, al émbolo, á su varilla, á las ruedas de la locomotora y á todo el tren que la locomotora arrastra.

Generalizando, pues, el ejemplo precedente, podemos preguntar: ¿qué es en toda máquina de fuego el martillo que sube y baja, el perforador que gira y penetra, el acerado cepillo que corre sobre el metal, la hélice que barrena las aguas del Atlántico, el tren que corre sobre la vía férrea? Y podemos contestar con la inapelable autoridad de la ciencia moderna, que cada uno de esos trabajos industriales es un movimiento y no más que un movimiento.

¿Y de dónde vino ese movimiento visible; visible por que vemos subir y bajar el martillo, girar la barrena, correr el tren, dar vuelta á la hélice entre espuma, deslizarse el cepillo entre virutas de metal? Vinó de otro movimiento, que no percibíamos como tal movimiento, sino como luz y calor; es decir, de la vibración del combustible engendrada por el choque químico del oxígeno y del carbono.

Y hémos de lleno en el objeto de éste artículo. El ser humano como máquina es una máquina de fuego, ni más ni menos que la locomotora. Compónese esta, primero: de órganos en que se engendra la fuerza, como son el hogar en que arde el combustible, la caldera en que el agua recoge la vibración del fuego, el cilindro principal á cuyo émbolo trasmite el vapor la vibración recibida. Segundo: de otros órganos de trasmisión como varillas, manivelas, ejes, ruedas, cadenas. Tercero: de nuevos órganos esenciales que determinan y regularizan la acción de la fuerza motriz, como llaves, válvulas, compuertas, etc.

Pues estos tres grupos aparecen asimismo en el hombre-máquina.

Los músculos corresponden al primer grupo. Los tendones y los huesos al segundo.

El sistema nervioso, al tercero. En los músculos halláanse en presencia, como en el hogar de la locomotora, carbono y oxígeno: carbono, que bajo diversas formas químicas trae la sangre al tejido muscular; oxígeno, que penetrando por los pulmones y mezclándose á la sangre, viene con este líquido á toda la masa de los músculos. En rigor, no solo el carbono trae la sangre, sino otras muchas sustancias químicas susceptibles de oxidación: mas prescindiendo de estos detalles puramente técnicos que en nada modifican la ley general, podemos decir de nuevo que en el interior de todo músculo y circulando por sus fibras existen en cualquier instante de la vida: un combustible dispuesto para quemarse, y oxígeno dispuesto á su vez para quemarlo, ó sean los dos elementos que han de engendrar el calor fuerza motriz por su choque, á la par gigantesco y microscópico. Microscópico, ó más bien archi-microscópico, porque es choque de molécula á molécula, de uno á otro átomo; gigantesco, porque son millones y billones de choques.

Todos los tejidos de los músculos son, pues, estensísimos y caprichosos hogares de esta máquina de fuego que ha de ser al fin triste y fría ceniza: en dichos tejidos se engendra la fuerza; pero sin intermedio de caldera ni agua, la misma masa muscular la recoge, la utiliza y la aplica. ¿Cómo? Por un sencillo cambio de forma. Todo músculo, al ponerse en movimiento por el calor que en él se desarrolla, aumenta en dimensiones transversales, disminuye de longitud, ó como vulgarmente se dice, se contrae, y al contraerse ejerce cierta tracción sobre los tendones, los que á su vez ponen en movimiento los huesos, últimas palancas de la transformación, que operan el trabajo mecánico. Por distinto que en la apariencia sea este modo de obrar, del que vemos, por ejemplo, en una locomotora cuando avanza sobre las barras carriles de una vía férrea, en el fondo la identidad es completa.

¿Qué es, en efecto, el cilindro motor con su émbolo oscilante? Una celdilla muscular de enormes dimensiones que alternativamente se dilata y se contrae.

¿Qué es la varilla de este émbolo motor? Un tendón rígido que trasmite la palpación del cilindro.

¿Qué son la viela, el manubrio, las ruedas, y en general, las partes erigidas de la máquina mecánica? El esqueleto huesoso de la máquina humana.

Pero lo que el hombre ejecuta en forma grosera y finita, la naturaleza, maravilloso artífice, realiza con perfecta continuidad y aplicando la ley de

(1) Los partidos liberales y la representación cubana liberal no asistieron á estos debates.

los infinitos. Ni es el músculo una sola celdilla de hierro fundido y de capacidad enorme que á impulso del vapor se dilata ó se contrae; sus millones y millones de celdillas forman primero fibras musculares, y por el conjunto de éstas, el músculo propiamente dicho. No se presentan á la vista distintos y opuestos el hogar, la caldera y el cilindro, sino todo al parecer en confusión y en realidad prodigiosamente ordenado. No há menester la máquina humana de un cuerpo intermedio como el agua que recoja la vibración del combustible y convertida en vapor la trasporte al cilindro. Todo está esparcido por manera perfecta y continúa en la red muscular: la sangre que es el combustible; el oxígeno que trae la misma sangre y que ha de chocar químicamente con ella para engendrar calor; las celdillas que por su especial forma constituyen fibras análogas á las del *caoutchouc*, que al aumentar la temperatura se dilatan transversalmente y disminuyen en sentido longitudinal: los residuos de la combustión que son, en cierto modo, las cenizas y el humo de aquel fuego; y hasta los elementos necesarios para la reparación de la máquina, ó sea, para la reconstitución de la parte gastada del músculo.

Hemos dividido todas las partes de una máquina de fuego en tres grupos, y hemos examinado en el hombre-máquina los dos primeros; pero resta por examinar el tercer grupo y quizá el más importante, porque se roza ya con altas cuestiones metafísicas.

Dada una máquina industrial, reunidos y preparados sus elementos, ajustadas sus piezas, lleno de carbon el hogar y de agua la caldera, necesaria es aún, para que el mecanismo funcione, una causa determinante que comunique el impulso inicial; un *áscau*, por pequeña que sea, sobre el combustible; una *mano* que abra compuertas, llaves y válvulas, una *fuerza*, en suma, tan mínima como se quiera pero que haga entrar en acción las fuerzas acumuladas y latentes.

¿Y dónde está en la máquina humana esa causa determinante? ¿Qué es lo que obliga al oxígeno á precipitarse en la masa muscular sobre el carbono y sobre las demás sustancias oxidables? ¿Cuáles son las misteriosas compuertas, las extrañas llaves, las válvulas maravillosas del aparato-hombre? La ciencia moderna no resuelve todavía estas varias cuestiones con gran claridad y con gran precisión.

La causa determinante de la combustión en los músculos, es el sistema nervioso; ó mejor dicho, el movimiento vibratorio, que desde los centros nerviosos corre por los nervios hasta el músculo.

Cuál sea este movimiento vibratorio es punto que la ciencia ignora; una corriente eléctrica puede provocarlo, pero distinto es de la corriente eléctrica porque la velocidad de esta última es enorme, y la velocidad de la vibración nerviosa, según las admirables experiencias del Volkmann, Ludwig y Helmholtz, perfeccionadas por otros fisiólogos y completadas por el método de Duamel, es próximamente de 30 metros por segundo, es decir, que á razón de 30 metros por segundo, si se nos permite expresarnos de este modo, corre la sensación, ó corre la voluntad por el sistema nervioso.

Pero sea cual fuere la naturaleza de este movimiento, él es el que trasmite la acción cerebral, ó la de otros centros, por decirlo así, autónomos, aunque secundarios, de la red nerviosa á los músculos, y el que, por lo tanto, determina el choque químico del oxígeno y de la sangre.

Resumamos, aún para fijar ideas, la parte anatómica ó descriptiva, y la parte fisiológica ó dinámica del cuerpo humano considerado como pura máquina capaz de ejecutar movimientos y de realizar trabajos industriales.

El mecanismo, como hemos visto, es en extremo sencillo.

1.° Nervios que vienen de los centros nerviosos y principalmente del cerebro á los músculos.

2.° Tejido muscular, dotado de elasticidad necesaria para cambiar de forma bajo la acción del calor, y en este tejido sangre y oxígeno en presencia.

3.° Tendones que transmiten el esfuerzo del músculo.

Y 4.° Palancas huesosas que ejecutan el movimiento final.

La acción de la máquina es por lo ménos tan sencilla como el mecanismo.

1.° El centro nervioso manda por los nervios en forma de vibración, la órden, por decirlo así, de ejecutar determinado movimiento; es un *telegrama* que va de la voluntad consciente ó inconsciente al músculo.

2.° La vibración nerviosa llega y determina la acción química entre el combustible-sangre y el oxígeno; caen las moléculas de éste sobre las de aquél, y del choque nace un nuevo movimiento vibratorio que es *calor*, y bajo la acción de este calor desarrollado, cambia de forma el músculo y se contrae.

3.° Trasmítese, por último, la contracción del músculo por los tendones á los huesos, y de este modo conviértese en movimiento exterior el acto interno de la voluntad, ó quizá la acción inconsciente de algún centro nervioso. Y es evidente, por otra parte, que los mil movimientos interiores del organismo se ejecutan en igual forma y por los mismos medios que hasta aquí venimos explicando.

JOSÉ DE ECHEGARAY.

ESTUDIOS SOBRE BIOLOGIA SOCIAL.

EMBRIOLOGÍA DE LA HUMANIDAD.—ORGANOS PRINCIPALES.

I

La Humanidad no es un mero concepto: es un organismo: y ¡qué grandioso organismo!... Centros, vísceras, miembros, funciones, movimientos evolutivos, desarrollo, progreso, espíritu que le vivifica y le dá unidad, fin que le alienta y determina, medios apropiados á su fin.

Recorred la superficie del planeta con la antorcha de la historia en la mano: abarcad, hasta donde posible sea, con una mirada retrospectiva todo lo que aquella os muestra con relación al desarrollo y crecimiento de la humanidad; y no podreis ménos de reconocer ese gran organismo. Miradla en su estado embrionario; y vedla desenvolverse, acentuarse como unidad, crecer é irse apercibiendo de su autonomía, de su poder y de sus medios. Examinad atentamente sus procesos y no podreis ménos de observar que se acerca la plenitud de los tiempos: puesto que la Humanidad toma posesión de sus fuerzas, tiene ya conciencia de sí misma y presiente su glorioso destino.

Familias, rancherías, tribus, pueblos, naciones... mirad el gran Coloso; vedle irradiando, como de un centro, ved como estiende sus miembros sobre toda la haz de la tierra, abarcando islas, mares, nuevos continentes; ved cómo estrecha á su nodriza para que le descubra su seno, cómo procura ceñirla con sus brazos, removerla con sus manos, escudriñarla con su mirada, explotarla con su trabajo y su industria, robarla sus secretos, apoderarse de sus fuerzas, embellecerla con su inteligencia, enaltecerla con su espíritu, purificarla con su poder, hasta hacerla digna mansion de un semi-Dios caído, el hombre-Humanidad.

Esfera admirable compuesta de innumerables anillos de vária magnitud, que á partir de un centro, irradia, crece y se dilata más y más... dejémos á la etnografía y á la antropología el averiguar, si fueron las fuentes del Nilo, las del Eufrates ó las del Ganges las que presenciaron los primeros momentos de su evolución órgano-genésica: y limitémonos aquí á determinar y describir esos órganos, su importancia vital y sus respectivas funciones.

II

Del mismo modo que el hombre, es la Humanidad un conjunto armonioso de facultades y aptitudes diversas, que desenvolviéndose en el tiempo y el espacio, por medio de las fuerzas individuales, ha llegado á suprimir el tiempo y dominar el espacio: lo cual revela, de una parte, la increíble grandiosidad de los triunfos que ha obtenido, y de otra parte las conquistas que la están reservadas. Unos y otros demuestran que la Humanidad no es simplemente la suma de las fuerzas individuales: es la entidad colectiva á quien dan sér el comun origen, las mútuas necesidades, las propias atracciones, y la influencia recíproca de los hombres: es el dualismo cardinal de aquellas fuerzas, elevado á la última potencia.

«La humanidad, ha dicho P. Lecroux, es cada hombre en su existencia infinita... El hombre no existe independientemente de la humanidad... Lo que de ella hay virtualmente en nosotros, lo encontramos también fuera de nosotros, lo encontramos en los demás hombres... Por eso puede decirse que la humanidad existe en nosotros subjetiva y objetivamente.»

«El hombre como individuo, y la humanidad como conjunto, ha dicho Bluntschli, son los dos polos originales y perpétuos de la creación, descansando en ellos, en último análisis, la distinción entre el derecho público y el privado.»

La idea de Humanidad no fué desconocida del mundo antiguo. Mito ó tradición, el relato geneológico de Moisés es admirable: y sea egipcio ó sea hebraico denota cuando ménos inspiración divina. Se ha hecho tanto más notable y más trascendente el pensamiento cuanto mayor y más profunda ha sido la investigación, y cuanto más crédito se dé á los modernos trabajos filológicos de los orientalistas. Fabre d'Olivet, que es voto tan competente como nada sospechoso de irreligión, declara que, atendido el valor original de las raíces hebraicas, la palabra *Adan* significa el *hombre universal*; es decir, la Humanidad, ó por lo ménos, la especie humana, el reino hominal. Pero sea el que quiera el valor filológico que aquel profundo pensador atribuye á la palabra, el sólo hecho de dar por tronco á la especie humana una sola pareja, hace del relato de Moisés, sea mito ó tradición, un concepto notabilísimo, trascendental y significativo.

A pesar de que la idea de unidad difícilmente podía penetrar entre los gentiles, á quienes la pluralidad de Dioses y las mismas luchas entre estos infundían el espíritu de división y de hostilidad, sus sabios, sin embargo, reconocieron la unidad divina y la confraternidad humana. Lostrágicos griegos, Sóphocles y Eurípides especialmente, nos han legado conceptos bellísimos que respiran filantropía y humanidad. Platon emplea la palabra, y dice que «todos los hombres son hermanos». Estas ideas de cosmopolitismo encontraron en Roma propagadores como Ciceron y Séneca, el primero de los cuales, formulando el pensamiento de los Cynicos y de los Stoicos decía, «que las naciones eran cuarteles ó barrios diversos de una gran Ciudad, la del género humano.»

Pero la idea de Humanidad sólo en la doctrina del Crucificado se determina sublime y esplendorosamente; sólo á la luz del Evangelio se dibuja en la ciencia y va encarnando en el mundo. La doctrina evangélica es terminante: la idea de humanidad se destaca en ella clara y grandiosamente. Hasta allí la Humanidad era estrecha; y mejor dicho, era un vago presentimiento: pero la palabra del Cristo dilata los horizontes, abarca á todo el mundo, á todos los hombres: la idea toma cuerpo, entraña una gran revolución, una completa transformación del mundo, forma la base de una doctrina que se sanciona con el ejemplo y se diviniza con el sacrificio: es ya una religión. «Amaos unos á otros como hijos de un mismo Padre... Sed perfectos como lo es vuestro Padre que está en los Cielos.» La idea ha pasado ya de simple aspiración á claro precepto.

«Aún cuando seamos muchos, todos hacemos un solo cuerpo... y todos somos recíprocamente miembros los unos de los otros...»—dijo ya el apóstol de las gentes. Despues de esto ha sido ya, no sólo posible, sino fácil encarnar la idea en la ciencia, en la teología, en la filosofía, en la economía social: lo que no ha sido tan fácil es encarnarla en la Sociedad, en la vida de los pueblos y de las naciones. Ya veremos mas adelante cómo han definido, comprobado y robustecido aquella idea hombres de primera talla, verdaderos lumináres del mundo, continuando el apostolado de la *buen nueva*, desde el Crisóstomo hasta Condorcet, desde Bossuet hasta Krause.

A beneficio de tantos y tan humanitarios esfuerzos, el sol de la verdad ha rasgado al fin el velo de infinitos errores, y ha disipado la niebla de los tiempos. La Humanidad es ya un cuerpo que palpita y crece, cuyos latidos se sienten, cuyos trabajos asombran, cuyos destinos embargan de inefable gozo el ánimo: es el verdadero Hércules, que ha de redimir al hombre del yugo de la materia, y ha de limpiar la Tierra de venenosas sierpes y de asoladoras pestes.

III

Pero, si el hombre lleva consigo la Humanidad y atesora y disfruta y dispone de sus fuerzas, y es grande por ella, la Humanidad á su vez, lleva al hombre, que es su elemento cardinal; y crece y engrandece con él y por él. El hombre sin el hombre, sería simple animalidad: mero anillo de la cadena fatal que forma la materia. Pero si lejos de eso, el hombre es Prometheo, lo es por ser libre; y solo es libre por ser y para ser sociable: por ser y para ser Humanidad.

La Humanidad, como todo ser, como todo organismo, tiene sus procesos, sus períodos de desenvolvimiento. Al salir de su estado embrionario, desarrolla y acentúa y va dando consistencia á sus miembros, á sus formas, á sus órganos más salientes y más cardinales, aquellos que han de desempeñar funciones perennes, y propiamente vitales. La familia, —el pueblo, —el Estado, —son como los tallos de una planta, los cuales constituyen el núcleo de su sistema apendicular, para formar el asombroso árbol, que se llama *Humanidad*.

Las facultades, los afectos, todas las aptitudes del hombre en su estado embrionario necesitan de una almáciga para desarrollarse y crecer sanos. Si la necesita el animal, si la há menester la planta, ¿cómo no habria de necesitarla el hombre? Pues para el hombre esa almáciga, es la familia. Solamente en su seno vive y se desenvuelve adecuadamente la delicada planta. Solamente en el seno de la madre, toma el niño el alimento adecuado á las necesidades de su organismo y de sus fuerzas. Solamente en el seno de la familia, reciben adecuados jugos el corazón y el espíritu del niño. Allí solo se educa: allí solo se le prepara para otro ejercicio superior, para un campo no ya de ejercicio, sino de ensayos, el municipio. Porque el niño se educa para llegar á ser hombre. Y como la vida del hombre es perenne lucha, su educación es una milicia y tiene sus grados. Bueno es y necesario haberse preparado para ser buen hijo y buen hermano; pero hay además que aprender á ser ciudadano; y para ello se necesita ampliar esas esferas en otras sucesivas y gradualmente más latas, en donde el neófito vaya dando pruebas de que sabe ser hombre; de que, primero en la familia, despues en el pueblo, y últimamente en el Estado, ha sabido cultivar integral y congruentemente sus relaciones de tal hombre, demostrando así que es miembro sano de la Humanidad. Hé ahí sus órganos más importantes y verdaderamente esenciales: familia, municipio, Estado: focos de acción comparables, como ha dicho Tocqueville, á los centros nerviosos que imprimen movimiento al cuerpo humano. Por ellos y en ellos ejercita el hombre sus facultades, desarrolla sus aptitudes, revela el alcance de su inteligencia, el vuelo de su imaginación, lo acendrado de sus sentimientos, el temple de su voluntad. Por ellos y dentro de ellos ejercita sus derechos y llena sus deberes de hombre; y al hacerlo así, demuestra que el juego de unos y otros es tan congruente y tan concertado, y que su ejercicio por su parte, es una voz más, que lejos de turbar el acorde, aumenta la armonía del concierto universal. Desde entonces, y solo así puede exclamar con Terencio:

«Homo sum: nihil humani á me alienum»...

LA FAMILIA.

I

«Natura non facit saltum»—dicen todos los

naturalistas; y en ese aforismo hay un gran fondo de verdad. Las leyes que el ordenador de los mundos dió á la materia, repugnan, por lo que constantemente se observa, las transiciones bruscas.

Pues bien: la grandísima analogía que existe—todo lo acredita—entre las leyes del orden moral y las que rigen al mundo físico, nos permiten asegurar desde luego, que el hombre-humanidad se desarrolla, crece y cumple su misión por procesos graduales, por evoluciones sucesivas.

Si por su naturaleza y por su destino, es el hombre sociable, la primera enseñanza, el aprendizaje, la preparación la recibe en la familia. En la familia tiene su cuna y allí su escuela indispensable é irremplazable.

Sin duda que al niño puede amamantarse por biberón y enseñarse por un pedagogo. Pero está seguro, que ni la una es nutrición sana, ni la otra es verdadera educación. Y todavía no es para aquella tan irremplazable el pecho de la madre como para la verdadera educación la escuela de la familia. Solamente en esta se puede aprender á mandar obedeciendo y á merecer amando. Solamente en la escuela de la familia puede prepararse el niño para ser miembro digno de la Ciudad, del Estado y de la Humanidad.

El colegio, el preceptor, el pedagogo instruyen, enseñan: solamente la familia educa, y la educación es preparación á la vida de hombre: es el bautismo humano. Sin él, la salvación solo puede significar un privilegio. Sin la educación no se entra en la Ciudad, como no sea por asalto.

¿Decís que es viciosa y ocasionada á desviaciones y entuertos la educación en la familia? Es verdad: poco más ó menos que en tiempos de Platon. Pero el mal uso del fuego y del agua nada prueba contra su utilidad y necesidad para la vida. La cuestión no es de, como se educa, sino de que la educación por la familia y en la familia es procedimiento indispensable é irremplazable para la formación del hombre y del ciudadano. Educad al niño para estos fines, y todas las dificultades están vencidas. De lo que ahora sale de vuestras manos disonante é inarmónico, vereis entonces brotar el concierto y la armonía.

Porque educar no es aguzar el entendimiento, ni excitar los apetitos, ni estimular las pasiones: todo menos eso.

Educad es pura y simplemente limpiar de estorbos y malezas la entrada del camino á la vida, á fin de que natural y humanitariamente se vaya despertando la razón y tomando posesión de sí misma la voluntad, nunca violentada, nunca irritada, pero sí convenientemente ilustrada.

Educad es no estorbar que el espíritu se levante y el corazón se muestre: es dejar todas las puertas abiertas á lo bueno, á lo verdadero y á lo bello, y cerrar sin estruendo y sin violencias todos los senderos que conduzcan á lo malo, á lo falso, á lo repugnante.

En una palabra, educar es rodear al niño de una atmósfera de amor y de armonía, de paz y de contento: es prepararle para que sea después buen discípulo ó buen aprendiz, y luego buen ciudadano y mejor soldado: soldado de la patria y miembro sano de la humanidad.

Ya se advertirá que empleamos la palabra *educación* en el genuino y propio sentido de la palabra. Porque no es de hoy el haber atinado con las diferencias que existen entre *educación*, *instrucción* y *enseñanza*. Ya había escrito Varrón y lo había repetido Rousseau.—«*Educit obstetrix, educat nutrix, instituit pedagogus, docet magister.*» Y quizá no se equivocaban los antiguos al dar á la palabra educación—*educat nutrix*—el sentido de *crianza*: en cuyo sentido decimos también nosotros, dar *buen crianza* á un niño, por darle buena educación. Hay también que tener en cuenta que la verdadera nodriza—*nutrix*—en los buenos tiempos de Roma era la madre. Y no debe olvidarse que aún en los tiempos de Augusto, el mismo emperador se complacía en educar á sus nietecitos.

Abundando en ese sentido, para nosotros educar es facilitar el desarrollo del cuerpo y del alma, no para amañarles á nuestros gustos ó caprichos, sino para que sean lo que Dios les ha hecho, para que sean lo que deben ser. En virtud de lo cual la *educación* consiste mucho más en ejemplos que en lecciones; más en alimentos que en enseñanzas. Y al decir alimentos entiéndase que no hablamos del pan del cuerpo tanto como del pan del alma; del libre vuelo del espíritu y de las nobles y generosas expansiones del corazón.

II

Estas ligeras indicaciones bastarán para dejar orillada la que pareció cuestión capital, y problema poco menos que irresoluble, á fines del siglo anterior, sobre si debe ser pública ó privada la educación. *Filangieri*, partidario decidido de la primera, confundía la enseñanza con la educación. Y *Rousseau* fundaba la imposibilidad de la educación pública en una causa que por dicha nuestra no existe ya: hoy ya tenemos patria. Enseñanza primaria, secundaria y superior... oficios, industrias y profesiones, eso es obra de la instrucción; y esta, si no de necesidad, es de grandísima conveniencia social que se reciba en escuelas públicas, colectiva y fraternalmente. Y esto, por muchas consideraciones de bien público: no solamente por estrechar más y más los vínculos sociales, y dar más unidad y más fuerza á las aspiraciones, á las tendencias y á los resortes que constituyen el ideal

de un pueblo, y que revelan su misión especial; sino porque á más de eso, el hombre también se educa, mientras se instruye: el hombre se educa mientras vive. A decir verdad, la educación tiene un segundo periodo: y si el primero tiene por campo de evolución la familia, el segundo se desenvuelve en el conjunto de familias que forman el municipio, y continúa agrandando su esfera de evolución en el Estado.

Por lo que vamos diciendo, se verá que, en nuestro concepto, la primera, la natural, la esencialísima función social de la familia, es la educación, en el sentido que hemos dado á esta palabra. ¿Por qué? Porque esa educación exige calor, desahogo y santidad: el calor del regazo maternal, la libertad y el orden de la casa paterna, la santidad del hogar doméstico.

Porque sólo la familia puede y debe ser foco de amor, y por consiguiente, albergue de libertad, de orden y de armonía.

Porque, los padres son irremplazables para la satisfacción de las necesidades del niño en su más tierna edad.

Porque, de tres á siete años, el niño aprende de suyo más, inmensamente más que en todo el resto de su vida, aun cuando la pase rodeado de maestros y todo aquello lo aprende sin maestros.

Porque, las primeras impresiones, engendran los más fuertes hábitos de la vida.

Porque esas impresiones las producen los ejemplos: al lado de los cuales son y significan algo las lecciones.

Sí, solo en la familia, solamente en una atmósfera de amor, de orden y de armonía puede el corazón mostrar sus galas y el espíritu desplegar sus velos.

Solamente en la escuela de la familia se puede aprender á gozar sin exigir y á causar gozo sin padecer.

Solamente en esa escuela se aprende á vivir vida armónica, vida humana, en atmósfera de paz y de gozo inefables. Solamente en esa escuela se aprende á conocer los derechos por el bien general que proporcionan, y los deberes por el contentamiento propio y el de los demás.

Es, pues, la familia un elemento cardinal de vida humana: un eslabón de la cadena: una esfera concéntrica de la Humanidad.

III

Tengo para mí que muchísima parte del desconcierto social, que deploran y sufren no pocos pueblos de la culta Europa, proceden de la falta de educación, por la falta de familia, ó sea, por lo que se va viciando su buena constitución.

Al abrir los ojos á la luz el niño necesita ver sereno azul de cielo, y solo le muestran colores de purgatorio: necesita oír notas cadenciosas, y solamente escucha gritos y algarabía: necesita respirar halagador ambiente de libertad, y solo coacción y violencia forman la atmósfera que le rodea: necesita saborear dulzura, y le dan á gustar hiel: necesita el calor delicioso y confortante del regazo maternal, y le dan el alda fría de la nodriza: necesita ser arrollado por las Gracias en la cuna del amor, y le duermen, á fuerza de sustos y encuentros, niñeras despiadadas ó hermanas aturdidas, con música inspirada por la impaciencia y acompañada por el enojo.

Al abrir sus válvulas, el corazón del niño necesita el calor que despide el acendrado cariño: necesita la ternura que despierta sentimientos dulces: necesita desprendimiento y bondad en torno de sí, actos y procedimientos que enjendren generosidad y hagan mirar con tedio el egoísmo: necesita ejemplos de abnegación que enciendan el fuego del entusiasmo. Bien entendido que aquel calor no ha de ser llama que despida la encendida hojarasca de un cariño meramente carnal, que es más amor de sí que amor á otro, ni aquella ternura se ha de traducir por afeminado enternecimiento, ni la dulzura de los sentimientos ha de convertirse en almibar empalagosa: ni el regazo maternal ha de ser cuna, ni la cuna ha de trocarse en cárcel, ni el desprendimiento ha de ser imprudencia, ni la abnegación temeridad ó locura.

Al desplegar el espíritu sus alas, es preciso que el aire de la libertad sea su medio ambiente; pero que la luz de la razón sea el faro y el amor á la verdad la palanca; es preciso que el deseo del bien sirva de estímulo, y la tranquilidad de la conciencia de recompensa. ¡Ay de aquellos, cuyo medio ambiente está impregnado de preocupaciones y de trabas; á quienes en todo y para todo alumbrá y guía la luz de la razón ajena, aun cuando sea movida por el cariño é inspirada en los consejos de la más esquisita prudencia! ¡Ay de aquellos, á quienes ni el amor á la verdad los mueve, ni el deseo del bien les estimula, ni el fuego del entusiasmo les calienta! ¡Ay de aquellos que no saben encontrar en sí mismos el mérito y la recompensa de toda buena acción! ¡Ay de aquellos, que en vez de gozo respiran tedio; en vez del fuego del entusiasmo sienten el hielo del egoísmo, el punzón de la envidia ó la hiel del odio, y que entorno de sí observan sólo desconcierto, luchas, encono, hipocresías y engaños! Tales plantas llevan el tósigo en sus flores, porque se nutren de savia venenosa.

¡Cómo extrañar que de tales almácigas salgan plantas de dañosa sombra, nudosas, torcidas, incapaces de llevar bellas flores ni frutos sanos! ¡Cómo extrañar que de semejantes talleres salgan hombres—niños y jóvenes envejecidos: seres inútiles ó perniciosos para la vida social armónica y progresiva!

Esas familias y esa educación no merecen tal nombre, y sólo pueden dar á la sociedad hombres refractarios á toda buena disciplina: sólo pueden enjendrar vanidades, orgullo, soberbia, mucha doblez y poca hipocresía; discípulos díscolos y descorteses, aprendices y soldados de excelente madera para convertirse, unos en huelguistas, otros en genizaros ó pretorianos. ¡Y ya fuesen esos solos los ponzoñosos frutos!

Si lo que debe y puede ser plantel de hombres sanos se convierte en semillero de pasiones y de vicios... en teatro de discordias, en escuela de inmoralidad ó siquiera de egoísmo no culpemos á Dios del desorden social y de las desgracias y catástrofes que produce tal desorden: culpemos á los jefes y directores de la sociedad: culpémoslos á nosotros mismos.

IV

No conozco reformador alguno, incluso Licurgo y el mismo Platon, que haya intentado suprimir la familia, en los tiempos antiguos; y en los modernos, no sé si lo intentan los internacionalistas, enemigos de los nombres propios y partidarios del bautismo por numeración. Lo que sí sé es, que el mismo Thomas Morus hacia de la familia la primera entidad social: *ex familiis constat civitas*, dice en su *Utopia*. Platon mismo estaba bien lejos de suprimir la familia: quería convertir la clase militar en familia. Verdad es que el misticismo unas veces y el epicureísmo otras, que cada cual de su lado conducen á lamentables aberraciones, han inspirado en unas épocas el espíritu fraileesco, negación de la familia, y en otras épocas la anti-social idea del amor libre; pero no es menos cierto que los mismos efectos, siempre desastrosos y funestos de entrambas aberraciones han venido á dar la contraprueba de la imperiosa necesidad de la familia.

Entre los chinos como entre los indios, entre los persas como entre los egipcios, los griegos, y mucho más los romanos, todos los pueblos antiguos, todavía con mayor esmero que los modernos, hicieron de la familia la base de su organización social.

Los egipcios fueron más allá: entre ellos eran las familias, más bien que los individuos, las que verdaderamente desempeñaban las funciones sociales: el individuo desaparecía ante la familia. Pero los modernos,—debido también á la idea cristiana,—han ido más lejos y en esta parte por mejor camino. Verdad es que aquellos hicieron sagrado el hogar; pero nosotros hemos santificado el matrimonio y elevado grandemente la condición de la mujer.

Sí, la familia es anillo de la cadena social: es un centro orgánico de reducida esfera, pero de valor inestimable y de efecto inmenso. Cuanto más sólido y de mejor temple sea ese anillo, tanto más y mejor resistirá los embates de las olas en el proceloso mar de la vida: tanto más inquebrantable será la cadena: tanto más y mejor se desplegarán las fuerzas sociales; tanto más fuerte será el pueblo y mejor constituido el Estado.

La familia, como ha dicho Krause, es la primera personalidad del sugeto humano después del individuo: ó digase más claro; la personificación primera de la Humanidad, dado que el hombre es el elemento cardinal.

Las funciones de esa personalidad, aunque en reducida esfera, son perennes. Almaciga de niños dá hombres, dá vecinos al *municipio* para que este dé ciudadanos al Estado. Y en este sentido funda esas dos superiores esferas, el municipio y el Estado, sobre el concepto del derecho y del deber en cada hombre.

Considérese como anillo, ó como esfera concéntrica, como órgano ó como primera personificación de la Humanidad, la familia tiene movimiento y funciones especiales. Hemos dicho que hace amable el deber y fácilmente realizable el derecho: educa, prospera, es fundamento de la ciudad y del Estado. Pero estos, á su vez, la sostienen, garantizando su libre movimiento y sus funciones en relación con entrambos centros de acción y de vida social.

Para que la familia llene en bien del municipio y del Estado su cardinal función, es indispensable que estos la den y la garanticen sus condiciones de existencia. Espacio y tiempo, aire y luz, como si dijéramos: libertad y seguridad. El hogar doméstico debe ser un templo inviolable y sagrado. Centro educador, debe también ser santuario de la paz, escuela de costumbres, teatro de las más dulces é intimas expansiones, albergue del contento, taller de la comun y general felicidad. Un solo interés, el de todos. Una sola dirección, la del padre y la de la madre en su defecto. Un solo resorte, el amor. Un solo centro á donde converjan los deseos y las obras de todos, el de hacerse mutuamente dichosos. Fuerza es para ello que el matrimonio sea santificado. Pero dicho se está que solo á esas condiciones puede y debe de ser indisoluble.

Estas funciones pertenecen al círculo de las que constituyen lo que podríamos llamar vida interna de la familia; por más que influyan grande y beneficiosamente al exterior, dado que la vida armónica y concertada de una familia, elemento alveolar de un pueblo, no pueda menos de ejercer influencia para el concierto de la agrupación de familias que forman aquél. Pero á más de eso, la familia desempeña funciones propias de lo que también pudiéramos llamar vida externa, vida de relación. ¿Cuál es el carácter distintivo de este orden de funciones? Llevar á la asociación de fami-

lias, que constituye el municipio, el espíritu que informa al elemento constituyente, á cada familia en particular, el espíritu de unidad. Ver en el interés y el bien de todos el interés y el bien de cada uno; y obrar siempre y en todo de conformidad con esa convicción.

T. RODRIGUEZ PINILLA.

LAS JUSTICIAS DEL REY SANTO.

(TRADICION TOLEDANA.)

Pocos reinados registra la historia patria más azarosos en sus principios que el de Don Fernando III de Castilla, á quien más tarde su excesiva piedad, sus brillantes luchas con los enemigos de la cruz, y su celo, algunas veces más que exagerado, en perseguir las herejías, conquistaron el título de santo que el pueblo unánime le dió á poco de su muerte, y que la Iglesia confirmó en el año 1671, siendo Papa Clemente X.

Vivia Don Fernando al lado de su padre Don Alfonso IX de Leon en la capital de aquel reino, mientras su madre regentaba el de Castilla durante la minoría de su hermano Don Enrique I, separada de su esposo por decision del Papa Inocencio III, que habia encontrado graves impedimentos á su matrimonio á los seis años de realizado, y de su hijo por voluntad de Don Alfonso, que de este modo tenia en su poder á Doña Berenguela, y esperaba por este medio llegar á reunir así las dos más fuertes coronas de su tiempo, cuando una desgracia natural y en la que no tuvo parte alguna la voluntad del hombre, vino á dejar sin rey á Castilla: «*Trevellaba el rey D. Enrique con sus mozos é firiólo uno con una piedra en la cabeza, non por su grado, é murió ende VI dias de Junio, en el dia de mártres,*» que dicen viejas crónicas de aquel tiempo con su acostumbrado laconismo. Pasó la corona, como era justo, á Doña Berenguela, que madre antes que todo, ideó desde el primer momento ceñirla á la cabeza de su hijo, y temiendo que la ambición de Alfonso IX pusiera obstáculos á tan noble deseo, mandó venir á Don Fernando á Castilla achacando deseos de verle, y ya en ella, le hizo solemne cesion de sus derechos, cumpliéndose así la profecía, que segun la leyenda popular habia hecho un ángel á Alfonso VIII como castigo de sus liviandades con la hermosa judia de Toledo.

Grandes eran los obstáculos que el jóven rey tenia que vencer para llegar á verse pacífico poseedor de la herencia de su abuelo, el gran rey de las Navas de Tolosa. Por un lado, Alfonso IX de Leon, su padre, furioso por el engaño de que habia sido víctima, amenazaba entrar á sangre y fuego por el reino de su hijo; por otro, los Laras, que fueron los verdaderos señores del reino durante la minoría de Enrique I, deseaban y pedian con las armas en la mano la tutela del nuevo rey, que ya tenia diez y nueve años. Movíanse los partidarios de ambos, ganando voluntades los unos, amenazando los otros con la próxima entrada del Leonés en Castilla,—que siempre ha habido partidos en España que en momentos difíciles han sacrificado el patriotismo al triunfo de sus ideas ambiciosas,—y no faltaba quien se aprovechase de estas turbulencias para esquilmar á los pueblos y á los individuos con exacciones y abusos, amparándose de todas las banderas y sin servir con lealtad á ninguna.

A todos, no obstante, hizo frente Don Fernando, ayudado en el Consejo por Doña Berenguela, su madre, discreta señora á quien ningún cronista ni historiador, escasean elogios. Hizo paz con su padre entregándole una suma de maravedís, mezquina como los pensamientos del monarca de Leon y los móviles que le impulsaban hasta el parricidio; venció á los Laras en varias luchas parciales, y ya sosegados un poco los ánimos, se dedicó á restablecer por completo la tranquilidad de que tanta falta tenia, para dedicarse en cuerpo y alma á la Reconquista. Y para conseguir este fin no fué, en verdad, muy parco en crueldades; impuso á los culpables suplicios horribles, y á unos hacia sacar los ojos ó cortarles las manos ó los pies; á otros ahorcaba ó quemaba; á otros, en fin, cocía vivos en unas inmensas calderas que le acompañaban á todas partes.

En una de las excursiones que hizo á Toledo, ciudad siempre revoltosa y nunca bien avenida con sus señores, fueron tantas las justicias que llevó á cabo, que los *Anales Toledanos* segundos, preciosos documentos antiquísimos que arrojan gran luz sobre muchos acontecimientos de nuestra historia, guardaron profundamente su recuerdo en estas laónicas frases: «*Era MCCLXI (año 1223)—Vino el rey Don Ferrnando á Toledo é enforcó muchos omes é coció muchos en calderas.*»

A esta venida á Toledo del rey Don Fernando se refiere la siguiente tradicion, tenida por cierta por todos los historiadores toledanos.

I

Gobernaba Toledo á la sazón un antiguo partidario de los vencidos regentes, hombre adusto, de rostro repulsivo y mirada insolente que chispeaba con extraño fuego al posarse en el rostro de las mujeres que pasaban á su lado. De ágrico carácter, despótico por temperamento, y alcaide de la ciudad de los godos por obra y gracia de los Laras, que apreciaban en lo que valían sus facultades para el dominio y la tiranía, y el rigor con que siempre oprimía á los pueblos,—rebaño, en su concepto, despreciable digno tan solo de ser regido por el látigo y el capricho de sus gobernantes,—muchos años hacia que su Gobierno pesaba como un castigo del cielo sobre los pobres toledanos, que más de una vez habian querido hacer pedazos el yugo de acero con que oprimía su garganta, sin que nunca pudieran dar fin á su empeño, porque llegado el momento de alzar la bandera de rebelion, siempre habia uno menos ofendido ó más pusilánime que temblaba ante las duras consecuencias de una derrota.

Cuando el poder de los Laras se deshizo ante la férrea voluntad de Don Fernando, como la niebla se deshace por las cumbres de las montañas al ser herida por la luz del sol, todo el mundo creyó en Toledo que el eco de sus ayes llegaría hasta el trono, logrando encontrar simpática acogida en los oídos del rey, cuyas justicias empezaban ya á poner en

cuidado á todos los culpables y á admirar á la sociedad castellana.

Ante la rectitud de carácter de Don Fernando, cedían todos los abusos, desaparecían todas las injusticias, y no habia influencias bastante fuertes á interrumpir el curso de la justicia. Cuanto más alta estaba la cabeza desafiando la cólera real, más pronto y con más fuerza la hería el rayo de su poder. Pero esta vez, tan bien tomadas tenia sus medidas D. Fernando Gonzalo,—que este era el nombre del alcaide,—que todas las quejas se estrellaron ante los muros del palacio cuyos umbrales no pudieron traspasar. De gran alcance práctico, y esperto en las luchas de la política, habia comprendido desde el primer momento, que Castilla, cansada de los Laras, acogeria con gusto y con entusiasmo la idea de tener un rey suyo, un rey propio, que gobernase por sí mismo y no por delegacion y así que supo la renuncia de Doña Berenguela, envió su adhesion al nuevo monarca, olvidando á sus antiguos protectores, precisamente entónces, que hubiera podido, con su lealtad y siguiéndoles en la desgracia, pagarles su primer encubramiento. Pero Gonzalo no entendia así las cosas del mundo; la amistad, el reconocimiento y el deber, eran para él vanas frases que el viento arrastraba en sus confusos remolinos, y la propia conservacion, su conveniencia, eran los únicos dioses á quienes rendia culto en el altar del egoismo. Preocupado Don Fernando con los graves cuidados que le daba la pacificacion del reino y sus luchas exteriores é intestinas, no pudo dedicarse en un principio á oír las quejas de sus pueblos. Agradecido, como bueno, á los que abrazaban su bandera en los críticos momentos de su elevacion al trono, habia acogido con verdadera alegría y guardaba en su corazon cierto reconocimiento á aquel noble magnate, que llegado el instante de la prueba, no vaciló un momento en ir allí donde le llamaba su obligacion de caballero y su deber de castellano, obediente sumiso á las leyes de Castilla y á los fueros de su corona. Hé aquí por qué los toledanos esperaban inútilmente una destitucion que no venia, que no podia venir mientras el rey no despertase de su letargo y comprendiese la sinrazon de la conducta de su alcaide.

Muchos vicios corroian el corazon de éste; puede decirse que todos los que el infierno vomitó sobre la tierra en un dia de desesperacion anidaban en aquella alma corrompida á la vez por todas las impurezas. Abruñaba al pueblo con continua vejaciones, multiplicaba los impuestos, vendia hasta el último pedazo de tierra de sus colonos para el pago de sus tributos, y no habia desgracia que arrancase una mirada de piedad á sus ojos, ni un impulso compasivo á su corazon. Parecia como si fuese un monstruo abortado por el abismo, un hijo de otra raza, de otro pueblo, nacido para oprimir á la raza de los hombres. Su nombre se citaba con espanto en las conversaciones del hogar, y las doncellas le miraban como ancha nube mensajera de desgracias, estendiéndose de pronto por el cielo de su felicidad; los niños que desde pequeños oian las maldiciones que este nombre levantaba, juzgábanlo negra encarnacion de los malvados y gigantes que con sus nuecas espantosas turbaban la dulce calma de sus ensueños infantiles.

Pero habia un vicio que dominaba á todos los demás en el corazon del alcaide, imponiéndose á su inteligencia y á su voluntad; soez y libertino, con bastante poder para satisfacer el menor de sus caprichos, sus triunfos en amor, triunfos fáciles, conseguidos por el pavor ó por la fuerza, eran numerosos, y cada uno de ellos se señalaba con un reguero de lágrimas, y muchas veces con un reguero de sangre, en la historia de su vida. Ninguna consideracion le detenia; cuando le interesaba una mujer hermosa, se interceptaba en su camino como el fantasma de la fatalidad.

Y en vano hubiera querido la infeliz que tenia la poca fortuna de despertar la atencion de aquel hombre librarse de la seducccion que la amenazaba. Nacida para ser inmolada en el ara lasciva de los deseos de Gonzalo, de poco la podia valer su negativa. La presencia de un padre, de un esposo, de un hermano, complicaban la situacion, y sólo servian para avivar los feroces instintos de aquella fiera que vertiendo sangre de sus semejantes parecia encontrarse en su elemento.

Muchas eran ya las victimas; muchos eran ya los crímenes; si la conciencia de Gonzalo no hubiera estado siempre dormida á las excitaciones del deber, dormida á la voz del remordimiento, más de una vez habria despertado en medio de las convulsiones del terror. Pero para Gonzalo no existia. Los gozes de la materia eran su único culto. Sin embargo, las quejas, las maldiciones, los ayes de los pueblos oprimidos se condensan como una nube sobre la cabeza de los tiranos, y más de una vez sale de esa nube el rayo que hierre los poderes más altos de la tierra.

II

Era una noche pura y tranquila; una de esas noches de verano, tachonada de estrellas, que brillan como granos menudos de polvo de oro en medio de las sombras que pueblan la inmensidad. En el fondo de una estancia elegantemente alhajada al gusto de la época, una mujer jóven y hermosa como el deseo, reclinada en un lujoso divan, hundida en sus pequeñas manos de marfil su linda cabeza rubia, ocultando su frente cubierta de arrugas, fiel reflejo de las ideas encontradas que reñian lucha tenaz en su cerebro. En frente de ella, silencioso tambien y meditabundo, con el hastío pintado en el ceñudo rostro y la mirada fija en un extremo del salon en que la luz de la luna, en guerra con la oscuridad, fingia extrañas figuras, disipadas apenas nacidas, D. Fernando, el tan temido alcaide de Toledo, entregábase á extraños pensamientos sin orden y sin hilacion ninguna.

Reinaba en la estancia un silencio profundo, tan solo interrumpido por los suspiros que de cuando en cuando dejaba escapar el pecho acongojado de la dama, suspiros débiles como la respiracion de un niño dormido en el regazo de su madre; como deben exhalarlos los ángeles si alguna vez vá una idea de la tierra á sorprenderlos en medio de las glorias sin fin del Paraíso. Cuando la jóven suspiraba, encojase de hombros D. Fernando, haciendo un gesto de desdén, que no era apercibido por la dama, entregada á sus meditaciones. Despues, todo volvía á quedar en silencio, y aquellos dos seres, sentados uno en frente de otro, no se atrevían á interrumpirlo con una frase cariñosa.

Y sin embargo, la noche convidaba á amar. Por la ventana abierta sobre el jardin, entraban en confuso remolino las quejas del ruiseñor, los perfumes de las flores y el sdn cansado del arroyo que modulaba extrañas melodias al deslizarse junto á ellos. Todo dormía en la enramada que poblaba de sombras el jardin; las aves ocultas en el casto misterio de sus nidos de pajas, yerbas y hojas artísticamente entretejidas; las rosas que enlazaban su tallo, confundiendo en un beso sus capullos; el aura misma que apenas columpiaba las hojas que los árboles la oponían. La luna iluminaba el paisaje elevándose lentamente por cima del horizonte como un inmenso copo de nieve, y riellando con vivo fulgor sobre las ondas del Tajo, fingiendo alcázares de plata y pedrerías en su cristalino fondo, ceñida por las estrellas que semejabán larga cadena de diamantes sembrados á granel en el vacío.

—¿En qué piensas?—dijo por fin Gonzalo, rompiendo el profundo silencio que reinaba en el salon.

—No lo sé,—le respondió la jóven, despues de una breve pausa;—extrañas ideas cruzan mi cerebro y en vano quiero desecharlas; se alejan un instante y vuelven otra vez con más empeño. Sobre todo, la imagen de mi padre está siempre delante de mí. Veo constantemente brillar sus ojos en la sombra, que ora me miran compasivos, ora me rechazan amenazadores. Muchas veces, á mis solas y en este mismo sitio, paso las horas indiferente á cuanto me rodea; durante este tiempo, no pienso, no rezo, creo que no vivo... Pues bien, cuando vuelvo en mí de este letargo tan profundo, siento mi rostro humedecido por lágrimas que yo no he llorado... y que sin duda vierte mi madre desde el cielo sobre mi frente mancillada!

—Visiones, hijas de tu imaginacion sobrecitada...

—Que me hacen padecer mucho, y cuando se presentan, conmueven hasta las fibras más hondas de mi corazon. Visiones son, sin duda, pero visiones con que me abrumba el remordimiento.

—¡Bah!

—No te rias, Gonzalo; yo te he dado mi alma; por tí he puesto en olvido los santos recuerdos de mi infancia, embalsamada con los suaves perfumes de la pureza. Yo era inocente, sencilla, cuando te conocí, y oraba á Dios alzando hasta ese cielo, en donde vive, mi vista radiante de amor y reconocimiento; pero desde entónces, mis oraciones son muy cortas; y cuando acudo á Él, nunca levanto la cabeza, por miedo á que mi frente esté marcada por la culpa con caracteres indelebles. Antes, al acordarme de mis padres, sentia un gran dolor; hoy es más grande, mucho más grande mi vergüenza.

—No prosigas, Aldonza, te lo ruego.

—¿Te cansa oírme?... Lo sé; en otro tiempo, cuando al pie de mi reja permanecias toda la noche, y te retirabas gustoso si al cabo de tantas horas de esperar conseguías una sola palabra en premio á lo que yo creía amor, hubieras dado mucho, mucho, por oír mi voz que tanto y tanto te molesta.

—¿Pero qué es lo que te pasa esta noche, que dás tono tan lúgubre á todo lo que dices, y no tienes más que reproches para mí?

—Es que te encuentro muy cambiado, es que todo cuanto antes oía decir de tí, y sólo me arrancaba una sonrisa de incredulidad, se me aparece ahora de otro modo, y creo apercibir por donde quiera espectros vengadores que te acusan. Es que antes creía en el amor que me mentías y me entregaba á él con efusion, mientras ahora la duda destroza mi alma y no puedo arrancarla de allí...

Gonzalo se levantó entonces bruscamente.

—No te vayas,—prosiguió Aldonza llorando al ver el movimiento de su amante.—No te vayas, por favor; tengo miedo cuando estoy sola; miedo á mis recuerdos, miedo á la voz de mi conciencia. No sé lo que digo. ¡Soy tan desgraciada!

Gonzalo, reprimiendo su impaciencia, volvió á sentarse. Hubo una breve pausa, interrumpida por los sollozos de la hermosa jóven que arrancaban relámpagos de furor á los negros ojos del alcaide, que á duras penas contenia su furor. La luna se habia ocultado tras una lijera nube, y la estancia estaba sólo iluminada por el reflejo de una lámpara que ardia en un cuarto inmediato delante de una imagen de la Virgen. De pronto secó sus ojos Aldonza, y acercándose á su amante y apoyando su hermosa cabeza rubia en el pecho de aquel malvado, le dijo con voz dulcísima, velada todavia por el llanto:

—¡Soy muy desgraciada, sí; muy desgraciada, y sin embargo, si tú quisieras sería tan feliz! Tú podías, con una sola palabra, realizar todos los sueños de mi alma; rehabilitarme á los ojos de los demás, ante los cuales me has perdido, y rehabilitarme á los míos tambien. Mi cuna es noble, tanto como la tuya; bien lo sabes. Soy rica, demasiado quizá; todos me llaman hermosa, tú tambien me lo has llamado muchas veces, ¡ojalá no te lo hubiera parecido nunca! Te amo hasta el extremo de haberte sacrificado mi honor, la prenda más sagrada de mi alma. Pues bien, todo te lo doy con mi mano. Unámonos ante los hombres como estamos unidos ante Dios. Cúmpleme la palabra que me diste al pie de esa misma imagen, en la cual se clavaron por última vez las miradas de mi madre, veladas por el hielo de la muerte... ¿Nada me dices?—prosiguió al notar el silencio de Gonzalo.

—No puedo responderte. Varias veces te he dicho ya que hay causas que impiden que este matrimonio se realice.

—¿Pero cuáles son esas causas?

—El reino no está seguro todavia... Aún no ha venido el rey á Toledo, y yo no sé si mi conducta le agrada. Puede destituirme, y yo no quiero unirme á mi desgracia.

—¡Evasivas, siempre evasivas! Nada de esto me decias aquella noche... ¿te acuerdas?... Brillaba la luna como ahora; como ahora el viento traía hasta nosotros el canto del ruiseñor, y las flores unian en la sombra su broche medio cerrado. Tú estabas á mi lado enloqueciéndome con el fuego de tus palabras, de pronto te levantaste, arrastrándome contigo, y en ese reclinatorio, ante esa imagen de la Virgen, juraste ser mi esposo... ¿No te acuerdas?

—Te he dicho mi última palabra en el asunto,—dijo Gonzalo levantándose de nuevo.—Es ya muy tarde, y me retiro. Estas escenas rinden las fuerzas de mi espíritu. Confía en mí, y nada me digas. Yo sé lo que he de hacer. Adios,—añadió poniendo un beso en la frente de la jóven, que pare-

ciababer agotado ya sus fuerzas,—estos días no podré verte porque mañana viene el rey.

—¡El rey! ¡Viene el rey!—preguntó Aldonza sorprendida. —No sé cuánto tiempo estará aquí, pero durante todo él no podré abandonarlo. Hasta que se vaya, pues. Confía en mí.

Y estrechando la mano de su amante, salió del cuarto Gonzalo, maldiciendo entre dientes á la mujer que de tal modo le importunaba con sus quejas.

Cuando se vió sola Aldonza, se irguió serena al parecer y con voz dura y acento contenido,

—Se marcha,—exclamó,—se marcha sin oírme, pero al marcharse me ha indicado el camino que debo seguir. El rey viene mañana... pues bien; á él acudiré en busca del honor de mis mayores.

Y reclinándose en su asiento dejó vagar su mirada incierta por el ámbito oscuro del salón.

III

Cuando Gonzalo salió de la casa llamó con voz fuerte:

—¡Ginés!

—Aquí estoy, señor,—le respondió un hombre que parecía haber brotado de entre las piedras de la calle al llamamiento del alcaide.

—Mucho te he hecho esperar, buen Ginés, pero, ¡qué quieres! la conferencia ha sido muy larga, y aunque de buena gana la hubiera yo abreviado, no he podido hasta ahora desprenderme de ella.

—Sois injusto, señor, con esa pobre mujer que tanto os ama.

—Pero me aburre ya su amor. La escena de esta noche, como la de ayer, como la de mañana, me cansa... Quejas, reconvenciones, nada más. Hoy parece que ha quedado poco satisfecha de mi visita.

—Señor, si los años que llevo en vuestro servicio y la larga experiencia á fuerza de años conquistada, me autorizasen para daros un consejo, os encargaría que no irritáseis el amor propio de doña Aldonza. La mujer es impresionable, y pasa fácilmente del cariño al odio, y, creedme, el odio de una mujer jamás se desafia impunemente.

Gonzalo no oía estas palabras del viejo servidor. Caminaba preocupado, y de cuando en cuando Ginés le oía murmurar:

—¡Qué importuna! No conoce lo que me molestan sus reconvenciones. Después de todo, ¿quién sino ella es la verdadera culpable? ¿Quién más que ella debía respetos á su nombre? ¿Por qué se rindió tan fácilmente á mis halagos? ¿Por qué no desplegó entonces la fortaleza de que hace gala ahora, procurando vencer mi resistencia? ¡Casarme yo! ¡Casado el temible alcaide de Toledo, y preso en sus mismos lazos!... ¡Tendría gracia!...

Y el eco de una carcajada se perdió en el vacío.

—Mañana viene el rey,—proseguía—¿Qué me traerá su llegada? ¿Crecerá ó menguará mi influencia?... Nada me preocupa por parte de los toledanos que me odian, pero me temen. Además soy suficientemente poderoso para que el mismo rey, ro muy seguro aún sobre su trono, se atreva á hacerme blanco de su enojo. Por este lado estoy seguro y no hay en el cielo de mi tranquilidad nube alguna que me pueda causar recelos...

Llegaron en esto á la plaza del Zoco, alumbrada débilmente por el pálido fulgor de las velas que ardian ante el Cristo de la Sangre, y al cruzar la desierta plaza, se inclinaron los dos en silencio, santiguándose respetuosamente y manteniendo la cabeza descubierta. Ya iban á empezar á subir la cuesta del Alcázar, entonces fortaleza que albergaba la pequeña guarnición que tenía Toledo para su custodia, cuando una mujer salió de entre los arcos de la plaza, precipitándose al encuentro de Gonzalo.

—¿Quién vá?—dijo éste retrocediendo un paso, y llevando la mano al reluciente puño de su acero, mientras Ginés se ponía al lado de su amo.

—Soy yo, señor; no temáis,—respondió con voz acongojada la mujer, cuyo acento triste y abatido revelaba un intenso dolor.

—¡Blanca!

—Blanca, sí; la pobre Blanca que hace muchas horas reza á los pies del Santo Cristo de la Sangre, rogándole que viniérais pronto de casa de esa otra mujer, que absorbe todo vuestro tiempo.

—¿Qué haces aquí?

—¡Esperaros, esperaros y llorar!

—Pero á estas horas sola y abandonada... ¿Qué te ha impulsado á venir á buscarme?

—Es, señor, que algún mal intencionado ha enterado á mi padre de mi deshonra, y hoy, al volver de su trabajo, ya entrada la noche, llegó muy furioso á casa; me interrogó con voz dura y aspecto terrible, tan terrible que yo, que nunca he mentido, me arrojé á sus plantas pidiéndole perdón y confesándole mi culpa...

—¿Qué has hecho, Blanca?

—Eso mismo me dijo mi padre: ¿Qué has hecho? Y luego, cogiendo un hacha, la levantó sobre mi cabeza. Entonces tuve miedo, y echando á correr, salí de mi casa sin saber á dónde me dirigía, creyendo oír detrás de mí la carrera precipitada de mi padre. Así he andado casi toda la ciudad, ocultándome para no caer en manos de la ronda que me hubiera detenido, añadiendo más vergüenza á la que ya sentía. Fui al alcázar y me dijeron que no estáis, que habíais salido y que tal vez tardaríais mucho. Esto me decidió á venir aquí á esperaros ante el altar del Redentor. Durante estas largas horas, he llorado mucho, he rezado mucho, y Dios, sin duda, me ha escuchado, porque me encuentro más tranquila. Por fin habeis venido y ya no tengo miedo.

—¿Y qué quieres que yo haga para remediar tus debilidades? ¿Crees que puedo comprometerme llevándote al castillo con escándalo de todo el mundo?

—¿Cómo, señor, vos me rechazais también?

—¿Pero quién te ha mandado á tí hacer á tu padre esa confesión inútil, que á nada conduce? Ya lo has hecho, y no tiene enmienda; ¿pero qué quieres que haga yo ahora?

—Hace un mes, señor, yo no os pregunté lo que iba á ser de mí; yo no os pregunté si me comprometía dándoos mi amor. ¿Por qué, si no me amábais, me engañásteis?

—Es tarde, y mi guardia estará quizá con cuidado no

viéndome volver. Nada puedo hacer por tí, pero te daré un consejo. Aunque esté ofendido contigo, tu padre, al fin, es tu padre, y no podrá resistir tus lágrimas. Vuelve á tu casa y olvida, como un sueño, cuanto ha mediado entre nosotros.

Y desprendiéndose de las manos de Blanca, asida á su traje, hizo un violento esfuerzo y empezó á subir la cuesta del alcázar, seguido de Ginés que presenció impasible esta escena, mientras Blanca, incapaz de pronunciar una sola palabra, de exhalar un solo quejido, caía exánime sobre las duras losas de la plaza.

—Noche completa!—decía el alcaide cuando le fué franqueada la férrea puerta del alcázar y subía á sus habitaciones. —Parece que el infierno está airado contra mí, y se ha propuesto atropellar obstáculos en mi camino.

Entretanto, un bulto, desprendiéndose de entre los arcos de la plaza, sobre los cuales se levanta el oratorio de la imagen, se inclinaba sobre el cuerpo desmayado de Blanca, y tomándola en brazos murmuraba:

—Tú no eres culpable, hija mía; tu misma inocencia te ha perdido, y yo no puedo castigarte por una falta que no es tuya. Pero Dios es muy bueno y el rey muy amante de la justicia, y á los dos encomendaremos el fallo de nuestra causa.

Y levantando á Blanca se alejó con ella en dirección á la plaza del Carmen, perdiéndose en los revueltos callejones que rodeaban el convento de Santa Fé.

La noche seguía serena y tranquila. El viento callaba, y sólo de cuando en cuando interrumpía el silencio la voz de alerta que daban los centinelas del alcázar, y era repetida á lo lejos por los guardias del castillo de San Servando.

IV

Pocos días después, en una hermosa mañana de Mayo, agolpábase la gente en la antigua plaza del Zoco, y aunque eran grandes los apretones y muchos los ofendidos que de buena gana hubieran respondido con palabras y aún con hechos á los atropellos de que eran víctimas, ninguno, sin embargo, se atrevía á exhalar un grito de dolor ó de rabia, y todos sufrían pacientemente la tortura de ser presados.

Y no era extraño que reinase aquel silencio. En un lado de la plaza, y bajo el arco de la Sangre, el rey Don Fernando, rodeado de sus nobles, oía las quejas que hasta él elevaban sus vasallos, y atendía, cuando era justo, á su remedio, y, aunque mozo, no era capaz de sufrir vocerío ni confusión de la plebe.

Ya se había prolongado bastante la audiencia, y eran muchos los satisfechos, y no pocos también los castigados, cuando abriéndose las filas de la apretada muchedumbre, dieron paso á una mujer cubierta de blancos paños en señal del luto de su alma, que suspirando tristemente y prorumpiendo en fuertes sollozos al llegar á donde se hallaba el rey, se dejó caer de rodillas como si no la fuera posible sostenerse en pie más tiempo. Alzóla el rey, sorprendido un momento por su dolor, pero siempre galante hacia una dama, que, como la que estaba delante de él, parecía de alta clase, y tranquilizándola con voz dulce, la preguntó cuando la vió ya más serena:

—Levantad, señora; ¿qué os trae hasta mi trono?

—¡Señor, vengo en demanda de justicia!

Púsose grave nuevamente el semblante del monarca, que volvió á ser el guardador del derecho del débil contra el fuerte y repitió animando á que prosiguiera á la que tan triste se mostraba:

—Hablad, señora, vuestro rey os escucha, y—descansad en él,—vuestro rey os hará justicia.

Más repuesta la dama, empezó así:

—Soy hija de nobles padres, que, por desgracia, murieron dejándome sola completamente en el mundo, y harto pequeña para poder con fruto preservarme de sus amaos. Mi voluntad desde entonces, y con fortuna bastante para poder ver satisfechos todos mis caprichos, vivía alegre y feliz, gracias á los cuidados de un viejo servidor de mi familia que me ha visto nacer y me quiere como á las niñas de sus ojos. Nunca mi pecho se había conmovido por otro sentimiento que no fuera el afecto que ese hombre honrado me inspiraba y la veneración que me infundía el recuerdo bendito de mis padres. Ninguno, entre los jóvenes caballeros que aspiraban á mi mano, había logrado hacerse dueño de mis pensamientos... pero un día, señor, ví á un hombre que exaltó mi fantasía, encendiendo en mi alma deseos que yo nunca había experimentado. No me preguntéis lo que pasó por mí, porque no podría responderos.

Y al decir estas palabras, el llanto ahogó de nuevo su voz, pero se rehizo bien pronto, y añadió:

—Mi faz, tinta por la vergüenza, os dirá, señor, lo que mi lengua se rebela á pronunciar, y mi mente no alcanza á concebir.

Y echando atrás con un movimiento lleno de gracia los paños que la cubrían, dejó al descubierto su hermoso semblante surcado de lágrimas. Al verlo el rey, exhaló un grito de admiración y cerró los ojos como deslumbrado por aquella belleza que tan de improviso se alzaba ante su vista. Hubo un ligero movimiento en los nobles que rodeaban su trono y formaban su séquito; aquella mujer tenía el don de atraerse todas las voluntades y llamar á sí todas las miradas. Sólo el alcaide de Toledo, Fernando Gonzalo, pálido y convulso, inclinó la cabeza sobre el pecho.

Y es que él también había mirado, y su corazón se había roto, porque la mujer que tenía delante de sí era Aldonza; Aldonza, de cuyos encantos abusó, y cuyas caricias le cansaban tanto y tanto; Aldonza, á quien hacia pocas noches había ofendido cruelmente. Dudarlo era imposible. Aquella mirada, fija y chispeante, clavada con aire de supremo desden sobre su rostro, era la misma que tantas veces, ébria de amores, le encantó al fundirse en un beso con la suya. Y al convencerse de que era ella, tembló; tembló porque conocía el carácter severo del monarca, y veía perdido su poder, gastada su influencia, en peligro, quizá, su vida... Mientras esto pasaba en el corazón del alcaide, el silencio se había interrumpido y cada cual daba cuenta de sus impresiones á los que más cerca tenía.

Por fin el rey se levantó de su trono y con voz algo alterada le preguntó:

—¿Y quién es, señora, el villano que de ese modo se burló de vuestra inocencia?

—Fernando Gonzalo—contestó con seguro acento la atribulada doncella.

—¡El alcaide de Toledo!—murmuró la plebe, y un estremecimiento recorrió la multitud. Nadie, hasta entonces, había osado quejarse del infame magnate; los ofendidos callaban por miedo á las consecuencias que para ellos podían tener sus quejas. Una mujer joven, sola en el mundo, les daba ejemplos de fortaleza.

—¡Mi alcaide!—dijo también el monarca, y volviéndose á sus cortesanos se fijó en las descompuestas facciones de Gonzalo que cayó de hinojos ante el rey.

—Levantad,—le dijo este con dureza.—No os dejé yo el poder que teníais para que así lo deshonráseis. Dentro de una hora dareis la mano á esta dama, y ¡ojalá no seáis para ella tan mal marido como infame pretendiente!

Levantóse confuso Gonzalo, y tendió la mano á la altiva señora que se la dió lanzándole una mirada de desprecio, mientras el rey, separando la vista de ella con trabajo,—añadía:

—Prosiga la audiencia.

Aún resonaban en el aire estas palabras, pronunciadas clara y distintamente por el rey, cuando se notó un nuevo movimiento de oleaje en la muchedumbre por tantos sentimientos combatida en tan breve espacio de tiempo, y nuevos rumores, mal contenidos, se elevaron de todas partes. Una joven, casi una niña, vestida con el sencillo y pintoresco traje de las aldeanas de Toledo, vertiendo de sus hermosos ojos, azules como el cielo, un torrente de lágrimas, abrazaba con desesperación las rodillas de Don Fernando, que en vano intentaba levantarla, conmovido por su gracia, por su hermosura y por su juventud. Al verla Gonzalo se estremeció también y un nombre rodó por sus labios:

—¡Blanca!

—¿Qué tienes que pedir á tu rey, hermosa niña?—preguntóla el rey con afabilidad.—¿Han muerto tus padres? ¿Han cometido alguna falta tus hermanos?

—No, señor; vengo solo á pedir justicia; dicen que vos la dispensais á quien há necesidad de ella. ¡Justicia, gran señor!

—¿Justicia quieres? Justicia se hará si tu petición es también justa. ¿Contra quién la reclamas?

—Contra ese hombre, señor,—gritó la pobre Blanca señalando al alcaide de Toledo, que hacia vanos esfuerzos para ocultar su rostro.

Fruició el gran rey el entresejo, y siguió preguntando á la niña con dulzura:

—¿Qué queja tienes contra él? Habla.

—Señor, mi padre es colono suyo, y muchas veces, cuando el trabajo se lo impedía, yo era la encargada de llevarle el importe de nuestro arrendamiento. Siempre que esto sucedía, reteníame mucho tiempo viniendo en mis oídos, poco acostumbrados á galanteos, conceptos y frases que llamaban el rubor á mis mejillas. Un día, señor, hace un mes, fui á su casa... Entré con la cara muy alta y sonriente, y salí de ella con los ojos bajos, creyendo ver por todas partes abismos que me atraían á su centro...

Rujió de indignación Don Fernando.

Y mientras los cortesanos acudían á levantar á la joven, á quien el exceso del dolor y la vergüenza había hecho desmayarse, el rey, rojo de cólera, sintiendo ya en su pecho aquel espíritu que más tarde le animará á hacer suya la máxima del libro que mandó componer sobre la *Lealtanza* y que dice: «*Non des lugar á los malos, nin consentas seer forzados los poderosos, é abaxa los soberbios á todo tu poder.*»

—¡El verdugo—gritó con voz tonante;—Que de un sólo golpe haga caer la cabeza de este hombre, lobo astuto á quien yo incautamente tenía aquí por guardador de mis ovejas!

Y volviéndose á Aldonza que absorta y sorprendida presenciaba toda esta escena,

—Antes—la dijo,—cometiésteis una falta, á la cual vos, aunque inocentemente, contribuisteis, y que ahora iba á satisfacer con su mano; pero el crimen de que ha hecho víctima á esta pobre niña, solo puede expiarlo con su sangre.

Y añadió:

—Y para que todos conozcan mi justicia, que en la puerta de la ciudad se coloque la cabeza del traidor.

Poco después, en aquel mismo sitio, rodaba la cabeza del poderoso alcaide de Toledo, D. Fernando Gonzalo, señor de Yegros, cuya dehesa cedió el rey, y perteneció desde entonces, al hospital de Santiago.

V

Hay en la bajada del Miradero, hácia el paseo de Merchant, frente al Portillo de la Victoria, por donde entró Alfonso VI á tomar posesión de la ciudad el 25 de Mayo de 1085, una magnífica puerta de puro estilo árabe, que sin duda por su posición se llama la *Puerta del Sol*, y ha sido declarada monumento nacional, hace aún muy pocos meses. En ella, entre el arco y las primeras ojivas, se vé un tosco grupo de piedra, de labor ordinaria, y que desdice del orden y del resto de la obra. Representa dos mujeres que, unidas de la mano, sostienen una bandeja, en la cual se divisa la cabeza de un hombre separada de su tronco, y fué colocado allí para eterna memoria del suceso, cuando los cuervos y el aire y la lluvia, se llevaron los últimos restos de la cabeza del alcaide.

Este grupo conmemora y recuerda al pueblo las *justicias del Rey Santo*.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

LAS ARMAS EN MADRID.

Recientemente se han enriquecido las librerías con una nueva y amena obra, cuyo título, que es el mismo que sirve de rubro á este artículo, no puede menos de producir gran sorpresa en el ánimo del lector, si, fijando su atención en la portada, lee también el nombre de la persona que lo suscribe. Para la generalidad de las gentes, es una ver-

dadera revelación; como aquellas otras que, en Francia, dieron á conocer á Ingres como perfecto violinista, á Dumas como cocinero consumado, y en nuestra misma España, un romántico poeta en el matemático Echegaray, un profesor de música en el economista Rodríguez, y un pintor de género y de marinas en el *restaurateur* Lhardy. Pues ahora resulta averiguado además que, un conocido letrado, político y orador á la vez, es también un expertísimo *maestro de armas*. Me refiero al Sr. D. Rafael M. de Labra.

Para quien conozca la fecundidad literaria de este publicista, no puede ser una sorpresa ver su nombre á la cabeza de un libro poco en armonía con sus habituales concienzudas tareas; porque, no hace mucho, los que de cerca seguimos sus trabajos, vimos nacer una pintoresca y erudita descripción de «Una villa del Cantábrico» (Gijón) de una simple excursión veraniega; poco despues veía también la luz la «Historia del Ateneo de Madrid»; en seguida se publicaban unas «Conferencias de derecho internacional», á las que sucedieron varios discursos (sobre «Historia política contemporánea», sin que nada obstase á la aparición de la consabida nube de folletos, sobre la cuestión magna, que ha ocupado casi toda la vida del Sr. Labra: la abolición de la esclavitud. Pero, en realidad, de todo esto, á un trabajo sobre el manejo de la pistola, el florete y el sable, hay mucha distancia; y tal novedad sólo podían esperarla los *amateurs* de la esgrima, quienes, en la intimidad del citado escritor, conocen que, si su cultura nada deja que desear bajo el punto de vista científico y literario, tampoco cabe echar de ménos en su trato nada de cuanto constituye lo *fashionable*; pues le es tan familiar, así el teclado de un piano, como cabalgar á la alta escuela; habiendo venido á probar ahora que, además, sabe bien lo que ejecuta cuando, espada ó sable en mano, hace sudar el quilo, lo mismo al afamado profesor de esgrima Mr. Jean Nicolás, conocido bajo el seudónimo de *El Zuavo*, como al que pasa, con razón sobrada, á mi juicio, por rey de los tiradores españoles, el diestrísimo cuanto simpático y caballeroso marqués de Heredia.

Es por desgracia evidente que, en nuestro país, por punto general, la alta educación no sigue los derroteros conocidos y celebrados en los pueblos más adelantados de Europa, á no ser que se nos presenten como pruebas de lo contrario, los regocijos de los que beben *champagne* en coche y no vacilan en comprometer ocho ó diez mil reales en las carreras de un hipódromo; y por esto, es claro que ha de producir sorpresa siempre la aparición de un libro sobre armas ó equitación, suscrito por persona que no está especialmente dedicada al asunto, y que hace de él un recurso económico para la vida.

De otra parte, hay que advertir que, en España, son rarísimos los libros consagrados al estudio del ejercicio de la esgrima: el maestro Poblacion Perez, publicó en Valladolid, hácia 1830, una obrilla titulada «La destreza del florete»; Cucala (el jefe carlista), escribió despues un «Manual del tirador del florete y sable»; el Sr. Gerona, hace muy poco, imaginó ó tradujo otra obra análoga; el marqués del Duero adicionó su «Tratado de táctica para la caballería», con algunas páginas sobre el manejo del sable; el Sr. D. José Merelo, profesor que ha sido del colegio de cadetes de infantería si mal no recuerdo, ha dado también, recientemente según mis noticias, un corto trabajo sobre la indicada materia; pero nada, en verdad, parecido á lo que en Francia han hecho Grissier, Cordelois, el vizconde de Bazancourt, Ambry, y hasta el mismo académico Legouvé, citados frecuentemente por el Sr. Labra, y que son muy conocidos de todos los apasionados de las armas.

El autor del instructivo libro que me ha movido á trazar estos breves renglones, hace sobre este punto curiosas observaciones:

«Mas de una vez (exclama), pensando en la decadencia—harto lamentada para hacer tan poco por contenerla—del antiguo carácter y temple clásico de la vieja raza española, he creído hallar una de sus más evidentes pruebas en el abandono en que yace entre nosotros el conocimiento y práctica de la esgrima... Y, ¿cómo la esgrima no había de ser objeto de la atención y los esfuerzos de esta raza osada, orgullosa, caballeresca, cuya historia esmaltan las algaradas de siete siglos que terminan en la leyenda granadina; las inverosímiles expediciones de los atrevidos almogávares al prestigioso Oriente; la inconcebible epopeya de la conquista de América, el romancero del Cid y los dramas de Calderón? ¿Cómo no habían de aventurar la vida bajo la protección del duro hierro y el centelleante acero los hijos de esta tierra que riegan las aguas del Tajo en que se templan las anchas y tajantes «toledanas» de perdurable fama y universal renombre, y donde son tipos que la conservación familiar enaltece y la tradición conserva y todas las clases sociales bordean con su fantasía y su memoria, y cuyas sombras de vez en cuando se deslizan por esas calles y plazas desdeñando nuestra engomada filosofía y nuestra prosa de covachuela, aquel hidalgo generoso, tenido no sé por qué por loco, provisto de lanza, yelmo, caballo y escudero, consagrado á recorrer mundos, visitar encrucijadas y franquear ventas, castillos, cuevas y palacios para «deshacer todo género de agravios», poniéndose en ocasiones de peligros, donde acabándolos, cobra eterno nombre y fama, y aquel animoso soldado de Italia y de Flandes... alma fiera é insolente, irreligioso y valiente—altanero y reñidor... que ora se llama D. Luis de Mondéjar, ora D. Juan Tenorio, y que... siempre el insulto en los ojos,—en los labios la ironía,—nada teme y todo fia—de su espada y su valor?

Las armas, pues, debieron ser y fueron una de las más

vivas pasiones de nuestros padres, hechos á las peleas de callejon, al rebocillo de las damas, á las embestidas de los «guardias» y á la suprema razón de la «tizona.»

Y despues de describir pintorescamente cómo decaímos con Carlos II, y cómo nos invadieron la *sopa boba* y las *Beatas Claras*, las damas de Goya, los procesados del Escorial, y los ternos de la sociedad elegante de nuestros días, añade:—«¡Anda, y habla á estas gentes de armas y de caballería!»

Pero no vaya á creerse, no, por lo expuesto, que el Sr. Labra pondera el noble ejercicio de las armas como medio de volver á los tiempos pasados. De ninguna suerte: el escritor trata el asunto en diversos terrenos, y siempre desde el punto de vista del moderno *sport*. Lo recomienda, sí; pero como gimnasia para el cuerpo, superior en su concepto al arte hípico, y á la gimnasia propiamente dicha; luego lo examina como medio material para exaltar las nobles funciones del espíritu, por cuanto la esgrima pide «claridad en el ver, prontitud en el concebir, rapidez en el resolver, firmeza en el insistir, energía en el deseo, templanza ante la agresión, virilidad en el ataque, etc.»

El Sr. Labra examina también la cuestión en sus relaciones con el duelo; y en verdad que, en este paraje no es donde ménos brilla la originalidad y la utilidad del libro. Tarea imposible en este sitio sería reproducir y discutir lo mucho nuevo y viejo que el autor expone: Sin aprobar la brutal costumbre, la acepta como un hecho; y hasta parece admitirla como un adelanto. Hé aquí cómo se expresa:

«La impunidad, dice, es una idea absurda, un imposible, como base de una sociedad. Cuando las leyes ordinarias y la justicia comun no responden á la opinión pública, viene la *revolucion* en los pueblos. Pues bien, una cosa análoga pasa en la esfera más reducida del individuo. ¿No castiga el juez?—¿No castiga ó refrena la sociedad? Pues siempre, siempre, desde que el mundo es mundo, para estos casos está el gorrotazo del individuo.»

Pero no en balde pasa el tiempo y la cultura se extiende. La Edad Media consentía los encuentros en las encrucijadas; en los comienzos de la moderna, por Lope y por Tirso estamos al tanto de lo que ocurría todas las noches al pié de una reja y bajo la mortecina luz que alumbraba á una llorosa virgen ó un amarillento crucificado; hace una docena de años yo no sabía por donde escapar así que al estridente grito de ¡hijujá! y á los voces de ¡Piloña y Pravia! los hijos del Principado, garrote en alto y á patada limpia, por emberrion más ó ménos convertían, en este mismo Madrid, la alameda de la Virgen del Puerto en tremendo campo de Agramante. Pero ya, felizmente, no llevamos la tajante al cinto, ni hay rejas, y hay Guardia civil y serenos. Y la sociedad dice: «Está bien; yo no puedo remediar todavía ciertos males, no tengo fuerza para imponer, para reprimir, para castigar: mis leyes (que son, sobre todo, las costumbres) dejan impunes muchos agravios. Pues corriente: rómpanse ustedes la crisma... pero con modo.» Es decir, ya que la barbárie subsista en el fondo, «guarden ustedes las formas. Y guárdenlas, por que si no, por un caso particular se va á turbar el orden público. Reñirán ustedes en la calle, gritará la gente, habrá corridas, intervendrá un policía y el agravio quedará impune.» La gente baja y los cobardes son ya solo los héroes de las riñas. Es, pues, un progreso—en tanto que el duelo no desaparezca.»

Sobre estas tristes consideraciones debo añadir algo de lo que considero que contribuye á dar una idea más clara de la índole de la publicación que examino, y que, repito, no es en modo alguno el enaltecimiento de los hábitos del matón, el pendenciero ó el perdonavidas. El Sr. Labra rectifica, muy oportuna y juiciosamente, los infinitos errores que circulan de boca en boca, admitidos por una inveterada costumbre, y que no sólo pugnan con toda noción de justicia y equidad, sino con las prácticas constantes del duelo fuera de España. En prueba de ello, léanse asimismo los términos en que se expresa respecto de un punto de capital y positivo interés:

«Aquí corre muy válida la opinión de que, si bien la elección de armas en un lance, corresponde al ofendido, este derecho, sin embargo, no prospera, cuando se elige un arma conocida con ventaja por el provocado. Y entiéndase que aquí el gusto general se pronuncia por la pistola, y en último caso por el sable, con exclusión de la espada, para muchos espeluznante como la misma navaja de afeitar...» «La excepción que se opone al que provocado elige un arma que conoce, descansa en el propósito de nivelar las condiciones de los combatientes; lo cual, hablando con conocimiento de las cosas, es punto ménos que imposible. Porque, dado que esto se consiguiera entregando un arma conocida para los dos, ¿por qué, ni cómo se echaban en olvido las condiciones naturales de entrambos; la estatura, la agilidad, la vista, el corazón, la energía, datos todos de inexcusable estimación en una lucha? ¿Acaso se pretendería someter el duelo y á los duelistas á las reglas y compensaciones de los *jockeys* y del *turf*? Y esto es lo lógico...» «Hay, además, que pecan de profunda ignorancia, los que creen á piés juntillos que, frente á frente un hombre que conoce las armas y otro que las desconoce por completo, éste es muerto en un abrir y cerrar de ojos, sin remisión ni duda de ninguna especie.»

«Yo no conozco más que un arma en que esto sea posible; y es precisamente la que aquí se prefiere y celebra por... niveladora: la pistola. La razón es óbvia: la pistola es un arma esencialmente, exclusivamente ofensiva, y un tirador de pistola, como no se bata á más de veinticinco pasos, sin apuntar, ni guardar la línea por el codo ó la costura del pantalón, á la voz de mando, tirando de arriba abajo, y en fin, bajo condiciones muy comunes, sí, pero que dicen muy claro que se trata solo de salir del paso con el menor peligro po-

sible, y fiándolo todo en la suerte; un tirador de pistola, repito,—aún sin ser Javier Arcos, ni Ferrand, ni Trevey, ni usar pistolas Devisme,—de cien casos puede asegurarse que los noventa y cinco herirá á su adversario. En las armas blancas sucede todo lo contrario: valen tanto para la defensa como para el ataque; más quizá para lo primero que para lo segundo, y aquí está su superioridad por todos conceptos... Y, sin embargo, aquí las gentes tienen un cierto horror al arma blanca, sobre todo á la espada,—el arma verdaderamente artística, aquella que mejor se presta á la habilidad, al cálculo, á la cieacia; la más delicada y más brillante, al punto de que nadie pueda llamarse *tirador* sino despues de conocerla y ejercitarla.»

«A mí no se me alcanza cómo en el espíritu de nuestra raza ha cabido la preferencia por la pistola. Por naturaleza somos batalladores; nuestro cuerpo es pequeño, pero de una resistencia, unos nervios, y unos resortes, tan fáciles y tan bien templados, que no titubeo en afirmar que nos dá una excepcional aptitud para los empeños de fuerza que requieren impetu y agilidad; así como nuestro espíritu osado, de una rapidez de comprensión maravillosa, de una propensión desgraciadamente irresistible á la contradicción, nos tiene siempre abiertas las puertas de la lucha. Pues bien, ¿cómo es posible que prefiramos para nuestros lances la pistola, arma punto ménos que incompatible con toda idea de combate?... Pero ello es que á los señores no les gusta la espada, y dale con la pistola—eso sí, sin puntería y á veinte pasos,—y en último extremo, al sable; pero sin estocada, y tal vez sin corte, para que la fiesta se reduzca á una lluvia de palos. ¡De este modo se nivelan las condiciones, se habla del duelo, y el honor queda á salvo!»

Despues de reproducir esta cáustica consideración sobre la naturaleza de los lances que aquí se suelen verificar, sólo expresaré ya, que el libro ofrece el interés de un examen muy detenido de las escuelas que hoy privan en el terreno de la esgrima, cuidando el autor de clasificar en cada una de ellas, á los más conocidos tiradores de Madrid y París; á nuestra vista hace desfilar á los señores Heredia (padre é hijo), Argaiz, Maqueira, Buisen, Plazaola, Bruguera, Isla, Gerona, Soriano, Echegaray, Gonzalez, Sanz (profesor de armas ya hoy en la Habana este aventajadísimo discípulo de Mr. Nicolás), y otros más: conozco y he podido apreciar bien de cerca las cualidades indudablemente relevantes que sin duda adornan á la mayoría de estos reputados *amateurs*; y en verdad que, el juicio y la clasificación de los que trato, y que ha llevado á cabo el Sr. Labra, es, á mi modo de ver, por todo extremo acertado é imparcial.

Fácil es, despues de lo dicho, que el lector tema encontrarse con un libro técnico: nada de eso. El Sr. Labra lo ha escrito «para todo el mundo»; de suerte que, en su obra, se habla de historia, de costumbres, de política, de literatura, de derecho, de moral, de arte, de broma y de serio, y de otras muchas cosas más, como se puede comprobar, aún con la simple lectura de los escasos textos que he insertado anteriormente. Por esto no vacilo en recomendarlo como una distracción, así á las gentes ajenas al arte viril de Cordelois, como á los que figuran en el gremio de los nuestros y los entusiastas: para los primeros puede constituir una positiva distracción; para los segundos, un medio seguro de esclarecimiento sobre muchas dudas y vacilaciones que habrán tenido más de una vez, en los puntos relacionados con el ejercicio de las armas, y que evidentemente no pueden tratarse por un simple *profesor*. No en balde se adunan en la persona del Sr. Labra, el jurisperito, el pensador, el político, el hombre de sociedad y el profundo conocedor de la esgrima; y en su obra concurren, por tanto, las circunstancias que de tal consorcio se tienen necesariamente que derivar.

MANUEL REGIDOR.

DISCURSO

leído ante la Academia Española en la recepción pública del Sr. D. Emilio Castelar, el 25 de Abril de 1880.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Llamado á combatir las tareas y los honores de vuestro instituto, en días ya lejanos, retardé adrede este instante á ver si tiempo y trabajo de consumo me granjearan algunos títulos justificativos de vuestra elección y de mi atrevimiento. Más desesperanzado ya de conseguir por mis méritos gracia debida á vuestra bondad, tócame tan solo expresar mi agradecimiento, y deciros como alienta mi palabra la persuasión de haber arrancado este lauro, antes á vuestro cariñoso afecto, que á vuestro frío juicio. Sucedo, en silla ilustrada por Navarrete, á un sábio, que así posea las ciencias de la naturaleza como las artes de la palabra; y si puedo sucederle, no puedo en manera alguna sustituirle, aumentándose con estos contrastes entre su competencia y mi incompetencia, al par de toda la pobreza de mis calidades, todo el poder de vuestra magnanimidad, mucho más propia para obligarme que lo hubiera podido ser vuestra justicia.

Consagrado desde mis mocedades, en periódicos y libros, en tribunas y cátedras, á servir, entre nosotros, la vida del espíritu moderno, ereo, correspondiente con la solemnidad de este acto, el convertir vuestra atención hácia los conceptos fundamentales de nuestra edad, demostrando la poesía en ellos contenida, cuyo vigor promete aspectos nuevos al arte, como los dió en tanto número á la ciencia, así que pasen de las regiones donde brilla la luz de las ideas á las regiones donde arde el calor del sentimiento y de la vida.

Difícil tarea ciertamente acreditar de poética una edad, notada de prosaica por sus achaques políticos y sus tendencias á la economía y á la industria. Valor hé menester para confrontar las barbancas de feudal castillo, con los hilos de

industrioso telégrafo; y el campo de los torneos donde alardean los caballeros y piafan los caballos y relucen las armas y luchan las fuerzas y bramán las muchedumbres y ondean las divisas y sonríen las damas, con esos almacenes de nuestras exposiciones universales, donde silban las máquinas y hierven las calderas y giran las ruedas, sosteniendo porfías del trabajo, más útiles, pero no más hermosas, que los cruentos empeños de la guerra. Conozco la dificultad en toda su extensión, y la acometo con todo mi ánimo, lastimado sólo de que no plegue al cielo darne fuerzas bastantes á sostener la verdad de mi tesis y á medir la altura de mi siglo.

Al mentar el espíritu de este nuestro tiempo, ¿mentamos esencia real, ó mera abstracción? Preguntas de este linaje asoman á las mentes, no ya tratándose de tal ó cual determinación del espíritu, sino tratándose del espíritu humano en sí mismo. Que sentimientos é ideas se refieren á impalpable é invisible unidad interior, en la cual residen todas nuestras facultades intelectuales y morales, así las energías del albedrío como los pensamientos de la razón y los juicios de la conciencia, principio evidéntísimo por toda nuestra naturaleza revelado y solo contradicho en escuelas incompletas, que ponen el humano criterio en la falacia y grosería del sentido. Todo cuanto tiene contenido infinito no puede caber en la reducida experiencia, sino en otro infinito, en la idea. Mas la sencilla observación demuestra que ideas y sentimientos y voluntades se modifican profundamente en el tiempo y en el espacio, al influjo del hogar, del lenguaje, de las relaciones múltiples que completan y dilatan á una nuestra vida. Existe, pues, el espíritu de un siglo como existe el espíritu de un pueblo: que perdurables el sentir, el pensar y el querer, cambian por las leyes de la variedad sus modos de ser al movimiento de los sucesos y al poder de las transformaciones.

Renúevanse en el cuerpo humano de tal suerte los átomos que toda nuestra sustancia varía en el discurso de brevísimos períodos, como en el cuerpo social se renuevan de tal suerte las ideas, que cada cincuenta años unas generaciones maldicen de otras generaciones, á veces con notoria injusticia. Nada inmóvil bajo el cielo. Esa China ideada, inerte por la inocencia y la ignorancia de la antigua historia, hoy aparece á nuestra crítica con irrupciones, con dolores, con guerras religiosas, con feudalismo y monarquía, con sacudimientos periódicos, con tumultos plebeyos, con los mismos huracanes que han trastornado nuestra atmósfera y los mismos terremotos que han subvertido nuestro suelo. Si cada siglo no tiene su espíritu propio, su unidad de pensamiento, explicadme por qué los estoicos perseguidos, acosados, proscritos en el siglo primero, reinan con verdadera soberanía en el siglo segundo, é infunden su ciencia así al imperio como al derecho romano; explicadme por qué á la idea de la unidad imperial, que dura tanto tiempo, sucede á fines del tercer siglo aquella tendencia invencible á divertir las fuerzas, á separar las regiones, á extender las tribus, á erigir ciudades frente á ciudades y pueblos frente á pueblos, tendencias precursoras de la anarquía germánica; explicadme por qué, después de haber subido toda la esencia del paganismo á la cabeza de un solo hombre que reabre los templos y reanima los oráculos, la idea nueva se apodera de otro hombre que arranca el tirso violentamente de las manos de los sacerdotes y la corona á las sienes de los senadores, para compelerlos á hincarse, mal de su grado, ante la cruz que vencia al eterno capitolio; explicadme por qué, allá en la octava centuria, papas, reyes, príncipes, señores, guerreros, corren á refugiarse en el régimen carolingio, como si la Roma imperial resucitara, y cuarenta años más tarde el Océano aborta la raza normanda y el suelo produce las lanzas feudales que van á sustituir la unidad con el caos; explicadme, en fin, por qué pasamos de los terrores del año mil, á cuyo pavor nos confundíamos con las tetricas figuras bizantinas de nuestras iglesias románicas, al empuje de las cruzadas, movidas de una ciega confianza en la victoria, y por qué desde los reyes bienaventurados del siglo XIII, como San Luis, San Fernando, caemos en los reyes crueles del siglo XIV, como los Pedros de Castilla, de Aragón, de Portugal; por qué las empresas hacia el Oriente en pos del sepulcro de Cristo se truncan en las empresas hacia el Occidente en pos de la cuna de la libertad; por qué, al abrirse la era moderna y renacer el arte, coincide con la muerte de Grecia en la toma de Constantinopla, la resurrección de la estatua griega en su sepulcro de Italia que nos da la forma humana perfecta; y los viajes de aquel que descubre el nuevo paraíso terrenal, y las revelaciones del sabio que fija el foco de las elipses planetarias en nuestro sol, coinciden con la palabra del profeta que levanta sobre las supersticiones religiosas el eterno lumínar de nuestra conciencia. Hay ciertamente un espíritu de cada edad como hay un espíritu de cada pueblo.

De todo lo cognoscible por nuestro entendimiento, se desprende como una esencia misteriosa la idea. Y toda idea vive y crece por una ley real, la lógica. De consiguiente, existen conceptos fundamentales de todas las cosas en la razón de nuestra alma, y en la razón de nuestro siglo. La parte corpórea nuestra se compone de una serie de órganos que forman á su vez un organismo; y la parte incorpórea de otra serie de facultades que forman á su vez un sistema. Por las raíces del organismo tocamos en la materia, como el último de los vegetales; y por las ideas infinitas tocamos en el empero, como el primero de los arquetipos. Nacemos de la naturaleza, entre lágrimas y sangre como los más humildes mamíferos que hayan habitado nuestros apriscos ó nuestros establos; y vamos á la eternidad como el más hermoso de los ángeles que haya podido recoger en sus labios el verbo creador ó infundir el aliento divino á los mundos fatigados en sus eternas parábolas. Esclavos de la muerte, la celeste increada luz que sobre nosotros cae al nacer, nos aviva para la inmortalidad. El mal brota de la limitación y el bien de la infinidad de nuestro contradictorio sér, pareciéndonos á las plantas que en las tinieblas exhalan el gas de la muerte, y en cuanto las besan los primeros albores de la aurora el oxígeno de la vida. Lloramos lágrimas amargas como las aguas del Océano; pero, como las aguas del Océano también, se endulzan al evaporarse en el cielo, para luego caer en bienhechor rocío, sobre nuestra abrasada frente. Entre lo finito y lo infinito se eleva, á través de la naturaleza y sus múltiples séres, de la sociedad y sus Estados, del arte y sus inspiraciones, de

la religión y sus dogmas, de la ciencia y sus verdades, el espíritu humano en busca del Sér eterno y absoluto, realidad de todos los puros ideales, elevado en las cimas del universo y difundido por todas las creaciones.

Pues bien, yo declaro que en los conceptos fundamentales de nuestro tiempo, respecto á la naturaleza que nos rodea, y á la sociedad que nos educa, y al Estado que nos gobierna, y al espacio infinito donde todas las cosas se contienen, y al tiempo eterno donde todos los hechos se suceden, y á los horizontes celestes de cuyos arboles baja sobre nuestra alma la inspiración, y á las verdades científicas, sin las cuales aparecería lo creado y lo increado como esos geográficos que no han tenido intérprete, y á las mismas inefables comunicaciones entre lo finito y lo infinito; en todos estos conceptos de la razón y en todas las realidades varias de ellos provinientes, se encierra harta materia para obras poéticas y artísticas sin cuento, como en aquellas canteras del Penthélico, doradas por el sol de Atica, donde los helenos tallaban el mármol para las armoniosas estatuas de sus dioses. Y cuenta que no creo el arte copia de la naturaleza, remedo servil de la realidad, sino lo ideal en la esencia.

Para mí el artista penetra de una ojeada con la intuición donde no pueden penetrar los sábios con el raciocinio; espere inspiraciones que contienen la eterna revelación de la hermosura: crea espontáneamente obras varias á guisa de esas fuerzas naturales que ciñen de nieves las montañas y de lirios los valles; obedezca á su interior vocación, cual á un mandato divino, y es absolutamente libre; dá leyes y no conoce ninguna; reúne á la actividad dirigida por la conciencia otra actividad ciega y sin conciencia, en cuyos misterios se ha creído encontrar ya un géneo angelical ó ya un protorvo demonio; extrae de todas las cosas su esencia; y siente en sus nervios, agitados como una arca eólica, la chispa eléctrica, antes que haya estallado por los aires, y en su corazón, abierto á todos los afectos, el choque de los dolores sociales antes que los haya sufrido la misma humanidad, y en su mente, agitada por la creación continua, pensamientos todavía no nacidos en la mente universal, y en su cráneo el peso de la nube aún no condensada en la atmósfera; consumiéndose en sus propias llamas, destrozándose en el parto de sus criaturas, muriendo de su inmortalidad; henchido de adivinaciones y de presentimientos que lo martirizan, como destinado á levantar el universo moral, muy superior al material, por obra del espíritu; pues ninguna mariposa ha tenido en sus alas, y ninguna flor en su corola paletas como la paleta de donde surgiera la Trasfiguración ó el Pasmio; ningún ruiseñor en su garganta y ningún arroyo en sus susurros melodiosos como las melodías escapadas de las liras del músico y de las arpas del profeta; ningún mar en sus fosforescencias y ningún cielo en sus estrellas resplandores como el resplandor de la humana conciencia cargada de eternas luminosas ideas.

Lo ideal, sentido con profundidad y expresado con belleza, hé ahí el arte. En su éther se trasfigura hasta el universo material. La naturaleza sería, pues, como un templo sin sacerdotes ó como un geroglífico sin descifradores é intérpretes, si no la comprendiera el pensamiento y no la iluminara la poesía. Los adelantos científicos, lejos de dañar al aspecto poético de nuestro cielo, señores, lo han desmesuradamente engrandecido y abillantado. Así como la concepción alejandrina del sistema planetario, dominante hasta los últimos tiempos, vence en poesía á la concepción asiática que imaginaba la tierra sostenida por el lomo de un elefante mantenido á su vez sobre la concha de una tortuga; supera á todas las creencias cósmicas nuestra creencia que considera el mundo terrestre como un astro, parte de esa inmensa nebulosa llamada vía láctea; esferóide lanzado á los espacios de lo infinito por la atracción, arrastrado eternamente hacia el sol, sujeto á sus dos movimientos, diurno y anual, que le obligan á describir en el cielo parábolas eternas, seguido de su luna pálida como la muerte y triste como el amor, componiendo sidéreo coro, en el cual recibe ósculos de fuego, rayos de luz, corrientes de electricidad, arboles de iris; como para formar con la combinación de todos estos presentes celestes, á modo de corona boreal una guirnalda de encantadora poesía. La belleza del arte antiguo consiste en personificar por medio de tipos las transformaciones á que la vida está sujeta en el movimiento universal. La Dafne que esquivo el sol y busca el río, transformada en la adelfa de nuestros torrentes; las hermanas de Faeton el audaz, convertidas en olmos henchidos de esa goma semejante al ámbar con que se adornaban las mujeres del Lacio; la hermosa Leucothea, nacida bajo el cielo de Hesperia, en cuyo rocío se abrevan los caballos que lanzan de sus crines el día troeada en el amarillo tallo que brota al través de las tierras sepulcrales; los marinos irrespetuosos hasta alejar de Naxos al Dios de la alegría transformados en esos delfines que siguen las estelas de las naves y juegan entre las espumas de las ondas; todas estas metamorfosis me mueven á pensar cuántas bellísimas leyendas no libarán los tiempos por venir en nuestras ideas sobre la circulación de la vida, las cuales nos muestran cómo las plantas son otros tantos laboratorios alquímicos, destinados á transformar la materia inorgánica, convirtiéndola en masa cerebral y el amoniaco de las lluvias, en las flores donde van á pintar las mariposas sus alas y á beber su miel las abejas, así como nuestros cuerpos recipientes, los cuales por la absorción, por la respiración, por la nutrición, por la asimilación, convierten el fósforo de los fuegos fátuos en masa cerebral y el hierro de las minas en rojos glóbulos sanguíneos y la cal de los caminos en calcáreos huesos y la aurora venida de improviso á enrojecer nuestras noches, en corrientes magnéticas, cuya virtud mueve los humanos nervios como el plectro la cítara y nos trae el presente de la vida celeste para penetrarnos de nuestra relación estrechísima con todo el Universo.

No puede dudarse; á medida que la idea de la naturaleza crece en la inteligencia, el sentimiento de la naturaleza crece á su vez en el corazón; y á medida que el sentimiento de la naturaleza crece en el corazón, la poesía de la naturaleza crece en las imaginaciones. El mundo asiático hacia del animal como el Dios de sus altares, como el símbolo de sus artes, como el protagonista de sus poemas; y era explicable tal achaque, dada la pesadumbre de aquella materia, en cuyos senos se absorbía y disipaba la infinidad del alma humana.

Para que el hombre rompiera su consustancialidad con el mundo, necesitóse una distinción radicalísima entre el Eterno y su obra; aquella distinción, realizada en los desiertos, al pié del Sinaí, sobre la terrosa Palestina. Mas luego, así como el mundo oriental desvaneciera el hombre en la naturaleza, el mundo greco-romano personificó la naturaleza en el hombre. Cada Dios encarnó una fase de la vida universal, individualizándola. Contra tamaña apoteosis de hombre, por virtud de esas sucesiones de acción y de reacción, que reinan en la historia, sobreviene el misticismo de la Edad Media, desvaneciendo nuevamente las criaturas, no en la naturaleza, en la Iglesia. Y por nueva reacción, el Renacimiento diviniza la forma humana, si no en los cielos de la Teogonía, en los cielos del arte. Y la naturaleza vuelve á desaparecer, absorbida por el hombre, como en los tiempos helénicos. Ninguna de las formas bellas, que para expresar la idea existen, señala, como la estatua aislada, esa victoria de nuestra persona libre sobre el mundo que la rodea. Así, las figuras de Miguel Angel se destacan, áun las no entalladas y esculpidas, las pintadas mismas, en espacios vacíos. Así el Universo de Ariosto no es natural, sino mágico; diríase que es obra de embrujamientos y hechizos. Así, en las ruinas de Roma y en el campo romano, donde las ideas pelearon como ángeles apocalípticos, y por tanto, surgió siempre lo sublime, como el vapor natural á las frias cenizas, el socarrón de Rabelais solamente echó de ver que se cogían frescas y sabrosas lechugas. Montaigne, de la prosapia de los claros ingenios, aconseja la soledad para esparcimiento del ánimo, no en bosque ó selva, como haría René, sino en vulgar trastienda, y, á lo sumo, en ágil partida de caza. Entonces podía pasar un viajero ilustre junto á la catarata del Rhin, objeto hoy de tantas peregrinaciones, sin notar otra cosa que el fragor de sus despeñados caudales. Entonces el bosque de Armida componíase de árboles, que ostentaban por troncos humanos troncos; afeites bien impropios, que quitaban su naturalidad á la misma naturaleza, convirtiéndola en artificiosa y contrahécha. Entonces menudeaban pastoriles novelas, regocijo de nuestros progenitores y enojo de sus nietos, más pagados de la verdad natural que de sobrepuestas engañías.

Digámoslo muy claro y muy alto en honor nuestro. El géneo ibero despertó el sentimiento de la naturaleza oscurecido por encontradas nubes. Las naves lusitanas hallaron el ya olvidado extremo Oriente, las naves españolas el desconocido extremo Occidente, y con la aparición del Asia, despertada en su sepulcro, y la aparición de América sorprendida en su perfumada cuna, volvióse la tierra verdadera más hermosa que si fuese fingida por la más exaltada fantasía. En mares no surcados y ricos de madre-perlas; en costas no exploradas y cubiertas de bosques olorosos y henchidas de oro y plata; á la vista de cordilleras, donde los volcanes se mezclan con los ventisqueros y las lavas con los aludes; sobre la corriente de ríos descendidos de ignotos manantiales y esmaltados de extraña vegetación acuática, cuyas ramas y raíces, entrelazándose, forman y desprenden islas de tales flores y aves que las creérais jardines bajados del paraíso sin mancha para restituir su primera vivienda al hombre sin pecado; en aquella renovación del universo, nuestros navegantes, nuestros descubridores, nuestros misioneros debían ver la naturaleza como Adán, al despertarse á la vida, la retrataba inmaculada en el espejo de su conciencia. Por un lado las descripciones de los descubridores, y por otro lado las estancias del nuevo Homero de la navegación, de Camoens, avivaron el amor á la creación.

Yo atribuyo, quizás sin fundamento, la poesía naturalista de los dos inmortales creadores de Galatea y de Titania, poesía excepcional en su tiempo, á haber ambos á dos bañado sus almas en estas corrientes saludables venidas á Europa desde Asia y América. Mas reconociendo tal mérito á dos géneos culminantes, declaro que el modo propio de sentir la naturaleza en nuestro tiempo nació allá en el siglo de la revolución y de la crítica, nació en el siglo décimo-octavo. Cayéndose á pedazos la sociedad antigua, demolida por los excesos de los opresores y el derecho de los oprimidos, buscó el espíritu la libertad en el seno de la creación. Poco artista aquel siglo, achaque propio de todos los siglos muy combatientes, huía las catedrales góticas impregnadas con el incienso de las antiguas creencias, y se lanzaba de un salto á los mares de la nueva vida y á los horizontes de la nueva idea. Y el mismo que encontró en una ciudad helvética materiales políticos para avivar la futura sociedad, encontró en las celestes aguas del Lemán, á orillas de aquel Ródano, que parece, al deslizarse por las calles de Ginebra, como una disolución de esmeraldas jaspeadas de ópalo: al frente de aquellos Alpes con sus cresterías de nieve en las cimas y sus selvas de melezos en las faldas; por aquellos paisajes donde la gracia se hermana con la grandeza, el sentimiento que completa los anhelos por la libertad, el amor á la naturaleza. Y por coincidencias históricas, en los mismos días en que el sentimiento de la naturaleza se exaltaba en Europa, la idea de libertad vencia en América. Imposible medir cómo han trascendido los viajes de Europa á América y de América á Europa en la ciencia y en el arte. Cuenta Navarrete que, al dejar las Azores nuestras carabelas, maravillado Colon de no encontrar las islas fijadas en el mapa de Toscanelli que le guiaba, quiso dirigirse al Este, en cuyo caso hubiera abordado á las costas de Virginias, y Pinzon lo disuadió, impulsándolo hacia el Sud-Oeste, advertido por bandada de papagayos que atibábra y cuyo vuelo cambió los destinos históricos de todo un continente. ¿Qué no decir de aquellos viajes del primer enviado desde el Nuevo al Viejo Mundo, de Franklin, el cual, no solamente ostentaba en sus sienes la corona de sus libertades sino blandía en sus manos el rayo de los cielos? ¡Ah! Los descendientes de los antiguos cruzados ceñíanse su espada caballeresca para esgrimirla en América; y dos reyes, Luis XVI de Francia y Carlos III de España, los enviaban allende los mares y los sostenían en su empresa. América, venida á la vida histórica por una revelación de la naturaleza, entraba en la libertad moderna por una victoria sobre la naturaleza. Y las imaginaciones exaltadas y los corazones sensibles movíanse al arte, á la elocuencia, á las letras agitados por estos grandiosos espectáculos de la vida física y de la vida moral, agigantándose así los conceptos fundamentales del universo como los conceptos fundamentales de la sociedad.

¡Cuántas bellas obras se han producido al calor de estos sentimientos y de estas ideas en nuestra centuria! Acordaos de aquel breton nacido al pie de los dólmenes celtas y de las encinas empapadas en el vapor de los sacrificios, que después de evocar las musas cuyas inspiraciones infundieran oráculos en la trípole de oro á las pitonisas de Delfos, arrulló en el nido de laureles á las palomas de Donona, cuelga su profana lira de cristiano altar, y caballero de las antiguas instituciones al par que poeta de las nuevas libertades, enamorado por propio impulso de los ideales modernos y por aristocrática educación de los ideales antiguos, incierto entre dos siglos, sin atreverse á mirar ni el ocaso, ni el oriente de las dos edades que batallan en su presencia, naufrago de la mayor tormenta revolucionaria que han visto los tiempos, arriba al suelo de América, cual Edipo al valle de la Colonna, buscando la paz en aquella naturaleza exuberante, ¡sentida y descrita por magistral manera; y allí representa, como en escenario apropiado á su grandeza, la exuberancia de su fantasía tempestuosa, los dolores sin tregua y las dudas sin salida, diferenciándose de los primeros que vinieron y adoraron á América, como se diferencian del sencillo idilio la trágica hermosura de la culpa. Y para que poseamos todos los tonos de la inspiración naturalista, poseemos también la más cándida de las églogas. ¡Quién no habrá llorado, leyendo los amores de aquellos dos seres aparecidos al abrigo de las montañas que los palmitos coronan; criados en las sendas chozas que los negros sirven; confundidos en su pasión hasta vivir de una misma vida, la cual se absorbe en la naturaleza de tal suerte que miden el día por la sombra de los bosques y las estaciones por la madurez de los frutos, y la alborada por los gritos de los gallos, y las noches por las hojas del tamarindo, y los años por las cortezas de los troncos, y las estaturas por la copa de los arbustos, como si al borde de los torrentes que se precipitan rápidos entre los bambúes, bajo los plátanos y los cocoteros que se entrelazan por las cadenas de las enredaderas cargadas de rojas y gualdas flores, aquella joven pareja fuese, como el alma partida en dos, de las virgíneas selvas! Y al lado de estas obras podemos poner, seguros de aventajarlas, modelos de poesía naturalista en castellano, así las odas del que cantó la inmensidad del mar en el Norte y la aplicación de la vacuna á América, como las silvas del que escribió el libro de la Agricultura de la zona tórrida, en cuyas estancias, vemos con toda verdad el condor que vuela sobre los nopales, y el cucú que brilla entre las pasifloras; los bellones del algodón y los cactus de la múrice; los colores del añil y las almendras del cacao, las hojas del plátano y del tabaco; las forestas y los vergeles donde compiten la copia de las flores con la copia de los frutos; el pan de la zuca y la fecundidad del banano; la placidez del jornalero que cultiva sus campos de café á la sombra de los búcaros y la audacia del explorador que, entrando con su hacha al hombro y su tea en la mano por las selvas, derriba con estrépito el ceibo secular que ha abrigado las aves en sus ramas, las fieras en sus troncos, abraza el limo donde viven tantas generaciones de múltiples seres, y con el furor del incendio y del combate abre nuevos senos á las creadoras virtudes del trabajo.

Si unos poetas expresan el sentimiento, otros la ciencia de la Naturaleza. Entre estos segundos, ninguno como aquel germano, á quien llamaremos eternamente oráculo de la creación allá en los templos del arte. Los primeros movimientos de su ánimo le llevaron al misticismo y le unieron á la fé de raza. Mas, las revelaciones de la electricidad tan sorprendentes al terminarse la última centuria, y en las cuales sentíase latir como el alma al mundo, arrojaron su inspiración á sumergirse en el éter de la vida universal. Bien pronto su poesía tomó aires de sibila, escuchando con atención y repitiendo con fidelidad el himno compuesto por todas las cosas, desde la abeja en sus colmenas hasta el lumínar en sus elipses. Suelos y mares, tierras y soles cantaban cíclico poema, guardado tan sólo para este evangelista de la realidad, cuya pluma de águila trazaba el Apocalipsis de las transformaciones reales.

(Se continuará.)

ADHESIONES

AL MANIFIESTO DEMOCRÁTICO-PROGRESISTA.

Los que suscriben, vecinos de esta provincia, aceptan y se adhieren al Manifiesto del partido democrático-progresista, publicado con fecha 1.º del mes actual.

AVILA.—Antonino Ramos, ex-presidente de la Diputación Provincial y ex-alcaldé.—Francisco García Maiz, individuo de la Comisión provincial.—Leon Castillo Soriano, ex-individuo de la Comisión y ex-alcaldé.—Lúcio Sanchez Albornoz, ex-diputado y ex-alcaldé.—Tomás Perez Gonzalez, ex-vicepresidente de la Comisión y ex-gobernador civil.

ARÉVALO.—Antonio Valcárcel y Osorio, ex-diputado y ex-alcaldé.—Estanislao Zancajo, ex-diputado.—Félix García, ex-diputado.

BARCO.—Pedro Lopez Huerta, ex-diputado.

CEBREROS.—Miguel Perez, ex-diputado y ex-alcaldé.—Pedro Contreras, ex-diputado electo.—Pedro Prieto, ex-diputado.

PIEDRAHITA.—Isidro Sanchez Rivera, ex-diputado.—Fernando Sanchez Rivera, ex-individuo de la comisión y ex-alcaldé.

ADRADA.—Laureano Cifuentes, ex-diputado.—Pedro Cifuentes, ex-diputado.

ADANERO.—Juan Estéban Gil, ex-diputado.

MADRIGAL.—Estéban Sanchez Bordona, ex-diputado.

MANGERA.—Juan Blazquez, ex-diputado y ex-alcaldé.

MOMBELTRAN.—Francisco Dupierier, ex-diputado y ex-alcaldé.—Juan Gonzalez Crespo y Gomez, ex-diputado y ex-alcaldé.

NAVALPERAL DE PINARES.—Francisco Solano y Verdugo, ex-individuo de la Comisión.

NAVAS DEL MARQUÉS.—Vicente Andrés de Segovia, ex-diputado y ex-alcaldé.

SAN JUAN DE LA ENCINILLA.—Benito Ortiz, ex-diputado y ex-alcaldé.

VILLAFRANCA.—Miguel Ramirez, ex-diputado.

No suscribe esta adhesión el ex-diputado provincial don

Francisco Benito Nebreda, por haber firmado el Manifiesto como ex-diputado á Cortes; y tampoco la suscriben otros ex-diputados provinciales que han significado su conformidad é identificación con el partido.

Avila, Abril de 1880.

DOLORES.

(Continuación.)

CCLXVI

El señor Blas había subido al palomar de don Pedro. Le encontró desconcertado é impaciente.

—Y bien,—dijo en cuanto vió al ex-presidiario,—es necesario que nos entendamos, señor mio: usted se ha atravesado en mi camino, y ahora estamos solos; no puedo temer que en una cuestión con usted, delante de gentes, revele usted cosas que yo no sé como han llegado á su noticia.

—Empiezo protestando del acento y de la actitud de maton que ha tomado usted, amigo mio: esto es de todo punto impertinente, y nosotros somos dos hombres de mundo que no debemos dar en la impertinencia.

—¿Usted se me cruza!—Dijo don Pedro.

—Para hacerle á usted un inapreciable favor y para hacerme á mí mismo, señor mio,—dijo el señor Blas,—porque yo amo como si fuera mi hija á Dolores, y quiero hacerla feliz. Cuento para ello con usted, que debe amarla algo más que yo, porque al fin es su nieta de usted.

—Pues bien, bien,—dijo don Pedro,—yo quiero saber cómo sabe usted esto.

—Anoche le hablé á usted ó quise hablarle del padre Pascual, del viejo farmacéutico, que allá *in illo tempore*, cuando usted era joven y hermoso, tenía su botica frente á la casa de la hermosísima Matilde: pues bien, y para concluir de una vez: el padre Pascual y yo hemos sido en un mismo colegio, durante algunos años, cadetes de la pierna izquierda, y muchas veces, para entretener el tiempo, aquel sábio anciano recordaba contándome los sucesos de su vida. Hé aquí, como lo sé todo, y esto nos dispensa de toda otra explicación. Vengamos á los asuntos del momento: empecemos por lo que á usted interesa. Usted siente por esa chica que hace poco estaba en casa de Dolores, el último amor, el amor terrible, el amor del viejo que ha perdido ya toda esperanza, que ansía la vida de la vida que es el amor; que siente fermentar el alma joven, solitaria, triste y desesperada, en un cuerpo viejo.

—Yo he alentado, con razon, esperanzas,—dijo don Pedro.—María ha sentido por mí una fascinación, un amor del alma, una atracción, un misterio.

—Pero ha encontrado otro hombre que la ha causado una fascinación semejante y mayor, y que es joven y bello: y hé aquí el fenómeno: la acción segura é incontrastable de una fuerza predominante. ¿Por qué no hemos de quitar su dominio á esa fuerza?

—¿Y cómo?—exclamó con desaliento y con despecho don Pedro.

—Haciendo que la vaquerita se sienta despreciada: esa chica, ó se me han mojado á mí los papeles, ó, por lo que he visto, tiene el alma altiva.

—Su padre la ha dado la educación de una señorita del gran mundo.

—Es que ella ha nacido altiva. Si Pedro se casara con Dolores, la hermosa montañesa se sentiría despreciada, se desencantaría, y á la fascinación que Pedro la ha causado, sucedería el ódio.

—Pero á lo que he podido juzgar,—dijo don Pedro,—Pedro y Dolores se aman.

—En la mujer, amigo mio,—dijo el señor Blas con acento profundo, como quien acomete un discurso importante en que espera revelar una inteligencia de primer orden,—el amor es una verdad, la razon de su vida; todo su ser; la mujer no concibe más que un amor; no vive más que para un amor; al paso que en el hombre, por su destino, por su fuerza, por su educación, existe la multiplicidad del amor; por consecuencia, lesiente de una manera infinitamente más débil; ni aun comprende los sacrificios que por el amor puede hacer y hace la mujer. María es una tentación para Pedro: tan hermosa como Dolores, no es jorobada: es rica, y Dolores es pobre: los niños de hoy están corrompidos: una gran posición por una gran renta, un título... esto volvería loco á Pedro que es ambicioso. El conde de X, (estoy perfectamente informado), tiene algunos títulos, entre ellos, dos, que por la fundación de su mayorazgo, llaman á los hijos naturales, anteriores al matrimonio de su padre, y por consecuencia, á sus hijos legítimos. ¿Por qué no hacemos condesa y marquesa á Dolores con una renta de dos millones de reales?

—¿Hacemos! ¿hacemos!—exclamó aturrido don Pedro;—¿y dónde tenemos las pruebas?

—Hay pendiente un pleito, en el cual todas cuantas pruebas son necesarias están en favor de Dolores; pero ya sabe usted lo que son los pleitos: las influencias los dilatan hasta lo infinito; pero usted tiene otras pruebas de resultado seguro y brevisimo, si es usted valiente y afronta el escándalo: y si lo será usted, porque está usted loco por esa muchacha.

—¡Oh! ¡sí! ¡sí!—dijo don Pedro;—pero para eso es necesario un valor infinito.

—El valor de la desesperación: y luego, fuera del escándalo, ¿qué puede usted temer? Matilde es viuda, y sabe Dios cómo es viuda; el único, pues, que tendría derecho para entablar un proceso de adulterio, el marido, no existe. Conque, ea, amigo mio, valor; que Pedro vea á Dolores marquesa, condesa, con dos millones de renta, y yo le respondo á usted del escarmiento. Las consecuencias deben ser, pues, el desengaño y la humillación de la mujer á quien usted ama: la vuelta de la misteriosa influencia de usted sobre ella. Creo que he dicho lo bastante y que no debo insistir. Ahora le dejo á usted solo para que reflexione. Beso á usted la mano.

Y tras estas palabras, el señor Blas se fué.

CCLXVII

El día era también tempestuoso como el anterior, aunque en las primeras horas de la mañana había brillado el sol en celage límpido en la parte oriental, pero sobrecargado de nu-

bes densas y sombrías hacía el zenit: el zenit, al elevarse, se había ocultado tras aquellas nubes, y al fin había sobrevenido una cerrazon densa. Parecía que la naturaleza se ponía en armonía con el dolor tristísimo, por decirlo así, del alma de Dolores.

El viento zumbaba en largas y pesadas ráfagas, produciendo un sonido siniestro al pasar encajonado sobre las calles, y en el campo dejaba sentir una variedad de tonos que remedaban todos los sonidos, desde el herido estridor de los gemidos de guerra, y el potente bramido del toro, y el rumor múltiple de una multitud que se agita, hasta el estertor de la agonía y el espantable y débil gemido del moribundo; que todos los sonidos que producen las múltiples actividades de los seres, se reproducen en las infinitas concavidades del espacio: de tiempo en tiempo un relámpago lívido fulguraba débilmente, y allá en las profundidades del horizonte, hacía el norte, se sentía casi imperceptible aún, el rodar del trueno. Todo auguraba una tempestad como la del día anterior: á poco de haber salido por la puerta de Toledo, el uno detrás del otro, el carruaje en que iban Dolores y la niña, y el en que Casqueto las seguía, empezó á caer una gruesa y pesada lluvia.

CCLXVIII

Todo esto estaba en armonía con la tristeza de Dolores, con su desolación, con su espanto, con el frío de su alma que se sentía perdida en un vacío de muerte en que no se dejaba ver ni el más leve esplendor de la consoladora luz de la esperanza. Alma huérfana y desolada que sólo sentía para el deber, que no encontraba la más leve expansión en el placer, que amaba con toda la fuerza de su desventura, y buscaba en vano en los seres amados el amor que era su vida. Casqueto no la comprendía, ni más ni menos que la pobrecilla Cármen: había en el afecto de Casqueto, á lo que ella juzgaba, mucho de costumbre, ni más ni menos como en Cármen, por la necesidad intuitiva que la pobre niña sentía de un ser en quien apoyarse.

CCLXIX

La soledad del alma es uno de los más insoportables tormentos á que se puede sentir condenado el ser humano, creado para completar su existencia con la refundición de su espíritu en otro espíritu semejante, en la comunidad, en la solución del amor. Y estos seres desheredados, por lo mismo que no encuentran el amor que ansían, contraen por él un hambre ansiosa, que degenera al fin en una enfermedad que acomete al organismo, que le irrita, que le gasta y que al fin le rompe. Hé aquí en un espantable número de casos la historia de la tisis, del aneurisma, de la hipertrofia, de las afecciones al hígado, y de los siniestros fenómenos congestionales. Buscad en su mayor parte la causa de la destrucción prematura del ser humano en las afecciones morales, en las enfermedades del espíritu, fuego viviente y pensante, fuego terrible y misterioso en su múltiple é infinita actividad, que teniendo por pábulo la materia densa y crasa, el organismo material, le corroe, le abrasa, le destruye, en fin, precediendo en su destrucción todos los dolores, todas las ansias, todas las agonías, todo el cúmulo de desdichas miserables y atormentadoras que no puede comprender sino el que las siente. Y cuanto más se siente, más se vive, con una mayor fuerza, con una mayor virtualidad, y por lo mismo, se acabará pronto y de una manera más miserable; cierto es que no hay dolor del alma que no tenga en sí mismo, y como resultado necesario, un placer completamente en relación con el sufrimiento. Ciertamente que los que enferman del corazón tienen el alma sublime, levantada á las grandes esferas de la vida inmortal é infinita, de la suprema armonía, de lo inefable: cierto es que en su propia valía estos espíritus elegidos encuentran la inexplicable, la prepotente fuerza de la resignación: sin embargo, como decía el Divino Mártir del Evangelio: *El espíritu está pronto; pero la carne es flaca.*

CCLXX

Los cocheros, por librarse cuanto antes de un aguacero á campo raso, apretaban á sus jamelgos, que corrían los desdichados cuanto podían. Cuando pasado el puente de Toledo empezaron á subir la cuesta que desde la carretera conduce al cementerio, ya la tempestad se había desencadenado con una fuerza infinitamente mayor que el día antes.

CCLXXI

Dolores no se apercibía de esto, pero la pobrecilla Cármen se estremecía, temblaba de frío y se estrechaba contra Dolores. A más de esto la espantaba el ruido del temporal. Indudablemente había recobrado sus facultades intelectuales, pero en cuanto á su conocimiento de las cosas, en cuanto á su educación, había perdido un espacio de tiempo de cuatro años.

CCLXXII

Llegaron al cementerio. Dolores, con la niña de la mano, entró en la capilla sin reparar en el carruaje en que iba Casqueto y que empezaba á subir la cuesta. Dolores buscó al eclesiástico administrador y capellan del cementerio y le rogó dijese una misa por el alma de los padres de Cármen. El capellan la conocía demasiado.

A pesar de que Dolores llevaba echado el velo de su manto para ocultar sus lágrimas, el sacerdote se apercibió de que lloraba. La estimaba en lo que ella valía, y dijo conmovido:

—¿Qué es esto, hija mia? ¿Qué te aflige? ¿Por qué lloras?

—¡Ah!—respondió Dolores,—se me aprieta el corazón siempre que me acerco á la tumba de mis señores; pero hoy tengo un motivo más para conmovirme... de felicidad, de cuanta felicidad podía yo esperar en este mundo; esta pobrecita, la hija de mis amos, no es ya idiota, padre mio: ha recobrado la razon; Dios la ha curado, y espero que de una manera estable; por eso, á pesar del mal día que hace, he venido con ella, he venido á traérsela á ellos, á que le sientan junto á su lugar de reposo, á rogar por sus almas, y á dar gracias á Dios por el beneficio que le debemos la niña por sí misma, yo por lo que la amo.

Y el llanto de Dolores se hizo más largo, y su voz más trémula al pronunciar sus últimas palabras.

—Dios aborrece la mentira por inocente que sea,—dijo el

eclesiástico;—tú sufres, sufres de una manera extraordinaria; apenas puedes tener de pie; pareces una enferma que ha abandonado el lecho, y no tiene fuerzas para sostenerse fuera de él; ven, ven, siéntate aquí, á mi lado, y confiesa, confiesa conmigo antes de la misa. Busca en la misericordia de Dios la fuerza de resignación que sin duda necesitas.

Dolores era creyente piadosa, y se sometió al mandato del sacerdote; se sentó junto á él en un escaño; la hubiera sido de todo punto imposible confesar arrodillada. Cármen quedó apoyada en Dolores, entre ella y el sacerdote. La capilla estaba fría; la luz opaca que se filtraba, por decirlo así, por las vidrieras empañadas por la intemperie, la iluminaba apenas; la lámpara del altar lucía con el mismo brillo que si hubiera sido de noche. Los múltiples ruidos del temporal resonaban allí de una manera lúgubre, y la vibración de las vidrieras bajo la fuerza del viento tenía algo de apenadoramente siniestro.

Empezó al fin la confesión más solemne de Dolores, la primera para ella penosa, porque no podía mentir, y se veía obligada á decir al sacerdote que sufría por el amor, que amaba de una manera que la espantaba, que extrañas ideas que jamás había sentido habían perturbado su alma. Dolores estaba vivamente inquieta y se creía criminal.

CCLXXXIII

Casquetillo entretanto había llegado, había bajado del carruaje, había llegado á la cancela de la capilla, y levantando ligeramente el pesado portier de badana reenchida y viejísima, había lanzado una furtiva mirada al interior. Había visto, estremeciéndose por un sentimiento incomprensible y penoso, como uno de esos vagos presentimientos que nos causan un malestar incomprensible, el grupo conmovedor que formaban en el escaño el sacerdote y Dolores, inclinados el uno hácia el otro, y la niña que paseaba su mirada excitada por una curiosidad instintiva, por todos los objetos que contenía la capilla y que para ella eran de todo punto nuevos. Casquetillo permaneció algunos momentos observando sin ser visto: se separó del portier, salió de la cancela, con la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos metidas en los bolsillos del elegante *pardesús*, que debía, como todo su flamante traje, al amor de Matilde; se fué á la inmediata puerta del cementerio y entró en él, atravesándolo bajo la lluvia hasta llegar á la galería de nichos que hay al fondo del gran pátio. Se había mojado bastante, y sin embargo, no había reparado en ello: la oscura nube que había enlugarado su semblante desde el momento en que había sabido que Matilde había causado la muerte de sus padres, desde que había visto caer á un embate suyo de furor instintivo, de sed de venganza, de exterminio, al padre Pascual, que no se había levantado, aquella fatídica sombra, decimos, del semblante de Casquetillo, se había condensado; aparecía más lúgubre y prestaba á su juvenil belleza algo de lo fantásticamente espantoso, sobrenatural é indescrible de lo de un ángel condenado. En Casquetillo se había operado una metamorfosis moral. Esto era lo que había espantado á Dolores, lo que la había sugerido la espiritual idea completamente en armonía con su manera de ser moral, exuberante y fantaseadora dentro de un sentimiento al par poético y religioso, de señalar á Casquetillo el cementerio como el lugar en que, al pie del nicho en que yacían los restos de los padres de Cármen, la revelase la causa de lo que en él la espantaba y no comprendía: porque según la creencia de Dolores no era posible hubiese un hombre que mintiese entre la solemne majestad de las tumbas.

CCLXXXIV

Quando se detuvo junto á la andanada de nichos, se encontró delante de aquel que tanto amaba, que tanto cuidaba Dolores: el de los padres de Cármen: dentro del cierre había flores de la estación, pálidas y bellas como lo son por lo común las flores de invierno; estaban un tanto marchitas, pero se comprendía que hacía poco tiempo que estaban allí reemplazando á otras ya completamente marchitas: la inscripción desaparecía casi por completo bajo una gran corona de siempreveras artificiales, sobre la que se torcía una cinta de terciopelo negro con adornos de abalorio, obra de Dolores. Un Crucifijo de escayola imitación de marfil, entre una Virgen y un San Juan, santificaban el nicho, y además de la corona y de las flores, le ornamentaban dos arañitas de cristal con diminutas bujías: todo pobre, todo bello, pero todo conmovedor, revelando una mano cuidadora y amante. Estos nichos cuidados, floridos, ornamentados, tras un cristal muy limpio, tienen algo de consolador, algo que revela que el que allí reposa no ha muerto aún completamente; que vive en el alma de alguien que le ama; y cuán tristes, por el contrario, aquellos sobre los cuales se lee: *Perpetuado*, en cuyo mármol degradado por la intemperie y la incuria, apenas si se puede leer un nombre casi borrado y una fecha lejana! Parece que aquel nicho abandonado dice de una manera muda, pero conmovedora: *Han pasado todos los que amaban á este que pasó*. Y cuando ese nicho es el de un niño, se siente un escalofrío y un sentimiento de dolor punzante por su madre; porque, ó ha seguido á su hijo, ó está lejos, muy lejos, y es de suponer que aquella pobre y pequeña tumba abandonada, es una idea fija y apenadora para ella.

Nosotros hemos cononocido á alguien, que pudiendo mejorar de fortuna en otra parte, ha preferido la miseria, y el trabajo rudo, por no separarse de las tumbas de sus hijos. Por supuesto, para comprender y no encontrar ridículo y extravagante lo que acabamos de decir, es necesario sentir como sentía Dolores: estar animados por un espíritu semejante al suyo.

CCLXXXV

Casquetillo la conocía bien. Así es que se estremeció, cuando después de haber llegado maquinalmente como por costumbre junto al nicho de los padres de Cármen, reparó en él: aquella corona, aquellas flores frescas, aquellas arañitas, aquellas figuras místicas que recordaban el sublime, el divino drama del dolor y del martirio por la caridad; aquel cristal tan limpio, aquel marco tan cuidado, era una manifestación del alma apasionada, creyente y soñadora de Dolores, y á la par recordaba á Casquetillo aquella solemne situación de hacia cuatro años, en que muerta la madre de Cármen por el dolor, sirvió el peculio del pobrecillo vende-

dor de periódicos, del pillote de corazón, del hijo adoptivo de la casa de vecindad, para llevar á la pobre mártir del amor, á que reposase indefinidamente, cuanto durara el cementerio junto al esposo á quien la unía por segunda vez la muerte, en la tumba, lúgubre continuación del tálamo viudo por la desaparición del esposo.

CCLXXXVI

Aquello era todo un drama, toda una historia, toda una vida de sentimiento contenida en un pequeño espacio para Casquetillo: y es que hay en ruinas límites, universos tan grandes como el que vive en lo infinito; porque un solo sentimiento llenando el sér, el espíritu de una criatura, concretándole en una idea absorbente y absoluta, para aquella criatura que es un universo individual, es lo incomensurable, lo infinito de lo infinito.

CCLXXXVII

Los ojos incandescentes de Casquetillo se fijaron en el nicho, continuaron absorbiendo todo lo que allí para él vivía apasionado, poético, embriagador del alma de Dolores, y luego, por un movimiento espontáneo, pudiéramos decir que mágnetico, se volvió hácia el noroeste y lanzó una larga mirada hácia la accidentada silueta de Madrid; y allí, perdida entre tejados y chimeneas, distinguió como con la ayuda de un antejo la lucana de su bohordilla, de aquella bohordilla donde tan tranquilamente había dormido durante cuatro años, con su parrita deshojada, sus tientos de flores, sus vidrios verdes; otra historia de sentimiento, de fraternidad, de amor; allí, una vida pura y riente, ennoblecida por el trabajo, embellecida por la esperanza, protegida por la pureza, perfumada por el sér dulce y purísimo de Dolores, iluminada por la luz misteriosa, recóndita y casi divina de sus grandes ojos negros, saturada de un no sé qué misterioso é inexplicable: otro universo en otra idea, en otro sentimiento.

Y luego, en un nuevo movimiento instintivo, se miró así mismo, al traje que vestía y que le representaba otro universo: Matilde; y el rico reloj, Matilde también y el oro que pesaba en su porta-monedas en el bolsillo de pecho del *pardesús*... Matilde todavía; y aquella tumba, aquella bohordilla, su mismo traje, causaban en el alma de Casquetillo un vértigo insoportable del cual, como en medio de una vorágine, aparecía, desaparecía y volvía á aparecer, ya el espantoso semblante cadavérico y convulsionado del padre Pascual, con los ojos abiertos, vidriosos é inmóviles, representando una expresión malévolá, odiosa, encarnizada, insoportable; ya el bellissimo y terrible de Matilde trasfigurado por una pasión infinita, por una vitalidad monstruosa; una bacante sombría, un sér maldito y terrible, un demonio tentador.

Y Casquetillo, combatido por todo este turbion de sensaciones, sintiendo á pesar de su amor del alma por Dolores, de su sed de venganza por la desventura de sus padres, del horror que sentía por haber causado la muerte de un hombre, á pesar de ser un infame, sintiendo, decimos, sobre todo esto, la atracción del candente sér de Matilde, sintió que le zumbaban los oídos, que la sangre subía á su cabeza, que no podía sostenerse, dió algunos traspieses como un ébrio, y fué á sentarse en una de esas gradas portátiles que sirven á los sepultureros para poner los cadáveres en los nichos más altos.

CCLXXXVIII

Y así permaneció como abstraído en algo superior á su sentimiento, incomprensible para su inteligencia, un largo espacio: todo el tiempo que tardó Dolores en confesar y en oír la misa. Al fin apareció sostenida por el eclesiástico, que llevaba además de la mano á Cármen: vió á Casquetillo inmóvil, doblegado, comprendió su situación de espíritu en su actitud, se sintió de improviso reanimada, se desasí del sacerdote y corrió hácia Casquetillo.

El eclesiástico apresuró también el paso. Dolores había llegado á Casquetillo, le había mirado con ansia y le había llamado. Pareció como si Casquetillo despertase de una horrible pesadilla. La miró, sus lucientes ojos dilatados le miraban, le absorbían.

—¡Ah! ¡eres tú! ¡tú! ¡Dolores de mi alma! —exclamó Casquetillo.

—Sí,—dijo Dolores;—vámonos: nada tenemos por ahora que hacer aquí: muy pronto volveremos asidos de las manos á decirles:—Dormid en paz, nos hemos unido para adoptar á vuestra hija.

—¡Ah! ¡consientes! —exclamó con la voz ansiosa Casquetillo.

—Sí, y he querido que vengas aquí...

Dolores se detuvo: iba á decir: para decirte que consiento en ser tuya, junto á ellos.

Pero la ateró el mentir cuando acababa de revelar su alma á Dios por medio de la confesión.

—Ni una palabra más,—dijo el sacerdote que al llegar había oído las últimas palabras de Dolores: uníos, hijos míos, esto es lo conveniente, esto es lo necesario; uníos en vuestro amor que Dios bendecirá, y comprended en él á esta pobre huérfana: por lo demás no te olvides de mis consejos, hija mía; acepta la fortuna que te corresponde; piensa en que tu hija de adopción es pobre, y que la pobreza es funesta con harta frecuencia para la mujer.

CCLXXXIX

En esto llegó el sacristán con sobrepelliz, caldereta é hisopo; siguió un responso, se despidieron del eclesiástico los dos jóvenes, salieron del cementerio, pagó y despidió su carruaje Casquetillo, entró en el otro con Dolores y la niña, dió las señas al cochero, y el carruaje partió.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuará).

CRÓNICA.

Mayo es un rey destronado. Si un escritor, ilustre gloria y regocijo de las letras, no hubiera demostrado tiempo hace que el imperio de las flores no pertenece á Mayo, por que no con delicadeza sino brusca y llanamente las

trata, las aguas y el frío de estos días lo demostrarían claramente. ¡Qué horrible desengaño! Hemos atravesado las fronteras de Abril y la decoración no cambia. El paisaje es el mismo, más propio del triste otoño que de la risueña primavera, y ni el llanto del cielo cesa, ni es posible que veamos la cara al sol. Nosotros esperábamos que Mayo viniera alegre, siempre joven, cargado de flores y amapolas, lleno de aroma, con sus mañanitas que convidan á pasear por el campo y sus noches tibias y hermosas, y á estas horas no sólo no ha dado cuenta de su persona, sino que ni aun tenemos noticias suyas. El catálogo de nuestras esperanzas necesita enmienda. Quitemos de él el cielo azul, flores, amor, giras campestres y cantos de gozo, y pongamos en su lugar eternas lluvias, petardos, pan caro y robos por las alcantarillas. Aunque el cambio es poco probable, conviene no olvidar que un milagro podría de repente cambiar la decoración con la rapidez que varían los cuadros disolventes, y que Mayo, por contar en su santoral á Santa Rita, abogada de los imposibles, tal vez consiga realizarle. Entonces recobraríamos la alegría perdida, pero no la tranquilidad. A los escalos del jazmín por las tapias de los jardines, se han anticipado los escalos de los ladrones por las alcantarillas.

Mayo podrá olvidar sus deberes, que le obligan á ser pródigo y generoso, y llevar su avaricia, hasta esconder el sol, prisionero de un ejército de nubes que corre como en retirada; pero nosotros no olvidaremos los gloriosos sucesos que este mes recuerda. Hemos solemnizado, como todos los años, la memoria de la epopeya de nuestra independencia, más grande que la de Grecia, que ha tenido, como esta Homero, un Nicasio Gallego que la cantase; visitamos el salón del Prado, algunos de cuyos árboles vestían luto, el arco de Monteleón adornado con banderas y coronas y la Montaña del Príncipe Pio, sitios que nos hablaban de la lucha espartana, del heroísmo, de la negra traición y de la muerte; vimos cómo las calles se llenaron de gente y los balcones de mujeres bonitas, y pensando después acerca de lo que esta festividad significa en los momentos actuales, ménos la protesta contra la Francia que el honrar á los héroes de aquel día cruento, nos convencimos de qué está llamada á desaparecer.

Los pueblos no son responsables de los errores de sus dominadores, y aun siéndolo, Francia ha hecho bastante para redimirse de aquel pecado.

Si ella nos ha dado su caridad, nosotros debemos darla nuestro perdón.

No busquemos en los debates parlamentarios que ahora se verifican el termómetro que señala el estado de nuestra política. Algo muy importante se ve sobrenadando en aquel mar de datos y números, de cifras y notas que en espera de un debate político grave y trascendental consumen las sesiones de córtés y la paciencia del país, pero no lo bastante para informarnos con precisión de las inmensas dificultades que en el camino del partido conservador se atraviesan.

Mientras se decide si conviene provocar el debate político, y el día de empezarle llega, la discusión de los presupuestos continúa; el salón de sesiones se ve casi desierto; diríjense al Gobierno todos los días más preguntas que tiene un catecismo; dan envidia á los arrendatarios de Ciudad-Real y Toledo los maceros, porque aunque poco tienen algún respiro; y se defienden algunas interpelaciones de poca importancia, pero con la suficiente para tener al Gobierno desasosgado é inquieto.

La del general Salamanca propósito de la guerra de Cuba, nueva edición corregida y aumentada de la que en todas las legislaturas presenta á la crítica de la opinión como título de su imperturbabilidad y de su constancia fué una catilinaria contra la política seguida por el general Martínez Campos en la isla de Cuba.

Para defenderla presentó varios documentos, verdadera botella de Leyden que puso en conmoción al Congreso. Pero si no en el general Salamanca, en el Gobierno, y en la mayoría se notó algo nuevo. Cuando el general Martínez Campos formaba en las filas de la mayoría, el Gobierno escuchaba con visibles muestras de desden las declaraciones del general Salamanca, y el rayo de su ira le hubiera parecido poco para exterminar tanta heregía y tanta audacia. Ahora oía las acusaciones del general Salamanca con mal disimulada complacencia. Es un cambio de conducta que antes que conformidad con las circunstancias, indica miedo.

Tanto ó más que la interpelación del general Salamanca merecen citarse el notable discurso del Sr. Almagro, combatiendo el presupuesto de Gracia y Justicia; el incidente suscitado por una pregunta del Sr. Becerra acerca del alimento de la tropa, y la elocuente defensa que el Sr. Albareda ha hecho de la protección á la cria caballar y de las corridas de toros.

El Sr. Almagro, orador que une á su palabra elocuente erudición vastísima, realizó un verdadero milagro, demostrando que es equivocada creencia la de considerar que la discusión de los presupuestos vive sujeta á la rutina y á la monotonía. Pero aún más curioso que su discurso es el del diputado que defendía la conveniencia de dar poco alimento al soldado para no acostumbrarle á la holganza, una vez terminado el servicio militar. ¡Mal sistema! Por él llegaríamos á no comer hoy

por el temor de no comer mañana, y como en tiempos conservadores nada hay más fácil que esto, resultaría la incompatibilidad de la vida, y de Cánovas, si es que ya no hubiera resultado.

Entonces no sería posible abogar por el desarrollo de la cria caballar, que con tanta gracia y entusiasmo defendió el Sr. Albareda. Oyendo la ocurrencia palabra del diputado andaluz; sus poéticas descripciones de la andaluza tierra; su apolo-gía del caballo; sus graciosos chistes, cualquiera habría sido capaz de condescender con el hipódromo, interinamente. Pero la reflexión habría con-cluido con la interinidad y con el hipódromo.

¡Buena que los caballos se multipliquen!
Pero cuando los maestros de escuela no se resten.

Si, como ha dicho Séneca, el único bien que puede producir el mal es el arrepentimiento de haberle cometido, podemos estar orgullosos de haber producido un beneficio y héchonos dignos de absolución completa. La indolencia, más bien aparente que real, de las oposiciones; su poco interés por crear dificultades al Gobierno, tanto más inexplicable cuanto más fácil es el conseguirlo; el aislamiento en que dejaron al Sr. Carvajal cuando se trató de la aplicación de la gracia de indulto; su olvido de ciertas costumbres parlamentarias no reñidas con el respeto que las discusiones merecen; su actitud resignada ante esta plaga terrible y vergonzosa del bandolerismo que se propaga denunciando la impunidad y la impotencia del Gobierno, nos habían hecho, lo confesamos sin reparo, considerarlas demasiado benévolas con el Ministerio, y en tal concepto merecedoras de severas censuras. Pero al comprender que estábamos equivocados, confesamos nuestro error, y esperamos que nos le perdone un sincero arrepentimiento. Tenemos la seguridad de que las oposiciones, aunque no siempre se dan cuenta de ello, unas veces por reflexión y por instinto otras, se han propuesto combatir al Gobierno con el silencio y esto las hace acreedoras á nuestro aplauso. Han comprendido que pueden sacar gran provecho de las disidencias del Gobierno, y se contentan con dejarlas mediar.

Entre un debate provocado por un diputado de oposición, por grande que sea el influjo de su palabra é incontrastables las razones que le abonen, y una despedida de un diputado de la mayoría que al irse de ella lanza sobre el Gobierno terribles anatemas, denuncia abusos y se convierte en incansable ariete que golpea el edificio conservador, no hay duda posible. Entre un artículo de un periódico de oposición que si se libra de denuncias fiscales no ha de librarse teniendo energía de que le llamen sedicioso y demagógico, y un artículo de *La Epoca*, lamentando las disidencias del partido conservador; recordando á César y á Pompeyo; dando por seguro que se han separado del Gobierno los elementos más valiosos que durante mucho tiempo le sirviera de apoyo, y afirmando que las disidencias interiores de los partidos son tan funestas como las guerras civiles, no hay comparación posible. La bomba más terrible es la que estalla dentro de la plaza. Y en el campo conservador liberal no florece más que la hortiga ni puede fructificar otra semilla que la discordia.

Pero ya no es semilla. Es árbol corpulento de mortal sombra como el manzanillo, que trae á los periódicos ministeriales dudosos é inciertos, desconfiada á la mayoría y contristado al Gobierno y anuncia un peligro que está en todas partes, pero oculto, que se siente pero que no se ve; sombra más bien que cuerpo; idea antes que hecho.

No podía suceder de otro modo. Cuando los partidos no se forman por la fuerza de las ideas, sino como resultado de la conveniencia mútua, ni se sostiene por las convicciones, sino por la disciplina militar, el día de la dispersion tardará en llegar más ó menos pronto, pero llegará siempre con la Babel de intereses y de egoísmos que le hace necesario. Los principios se obedecen porque se aman; la disciplina se relaja y se rompe porque es un estorbo á la ambición. Si un espíritu soberbio y omnipotente quiere dominarlo todo, bien pronto del partido que formó el interés emigran las inteligencias y solo queda el vulgo. Como todos son iguales, todos se creen con igual derecho á gobernar, y el día que esto llega es el primero del fin.

En el partido conservador liberal ya ha llegado. El centro parlamentario primero, el Sr. Posada Herrera despues, el general Martinez Campos y sus amigos más tarde, y ahora todos los días nuevos desprendimientos; *La Epoca* que toca á rebato; un peligro más grave que el retraimiento de las minorías, que se avecina y amenaza descargar con furia sobre el tejado de vidrio de la situación conservadora; las desventuras de los contribuyentes; las quejas unánimes del país.

Y en tanto el Gobierno, afectando una tranquilidad que no siente, nos lanza al rostro el *todo va bien*, que no es ni más ni menos que el *ca ira* ministerial.

La risa del orgullo en los labios y el frio de la muerte en el corazón.

El Ateneo de Madrid, escuela de oradores y aún más de críticos tan enciclopedistas como poco caritativos, no se dá punto de reposo. Ni en la Biblioteca es posible estudiar con aquella vecindad bulliciosa y alegre que en los pasillos toma café y resuelve todos los días de manera distinta, pero

siempre á voces, el problema religioso, el problema social, el problema de la cuadratura del círculo y todos los problemas imaginables; ni en el salón de sesiones los empolvados bustos de yeso, modestísimo tributo consagrado á la memoria de hombres ilustres, disfrutan de una noche tranquila. Los lunes, sección de ciencias naturales, químicas y fórmulas algebraicas en toda la línea; los martes conferencias para saber cómo se deletrean los idiomas extranjeros ó para bajar con el Sr. Vilanova, hasta las entrañas de la tierra; los miércoles, sección de literatura, origen del lenguaje, tema apropiado para que los médicos discutan y los literatos no puedan decir «esta boca es mía»; los jueves lectura ó conferencias; los viernes *Ideal político de la raza latina*, debate que no podría presidir sin desmayarse el Sr. Conde de Toreno; y los sábados, musas, poetas, lirás, cantares y renglones cortos que es lo que hay que ver.

Con las discusiones del Ateneo acontece una cosa muy original, y es que por todas ellas, más tarde ó más temprano, se llega á discutir la cuestión religiosa y la democracia. Esto ha salvado el debate acerca del *Ideal político de la raza latina*, que circunscrito á los estrechos límites que el tema tal como está redactado abarca, sería monótono, faltaría de interés, y hoy explayándose por más fertilísimos y amenos campos, logra despertar las dormidas pasiones y encuentra en su camino discursos elocuentes dignos de aplauso.

Esto ha demostrado que el tema por sí sólo tenía gran semejanza con las decoraciones de teatro. Miradas desde lejos, en el momento de la representación, cuando las candelillas brillan y aun más que ellas, las luces de la preciosa araña que al teatro dá tanta alegría, las decoraciones tienen belleza, colores relucientes, perspectiva, claro-oscuro, todo lo que han de menester para que se las mire con embeleso. Pero cerca de ellas, á la luz del sol, brillo, belleza y perspectiva desaparecen, y sólo queda en su lugar borroso lienzo, cuyo único mérito consiste en aprovecharse de los auxilios que la distancia y la luz generosas le prestan.

En las sociedades modernas, esencialmente modificadas por la influencia de la civilización, nótese más que sepárandolas pidiendo con urgencia como indispensable su unión sincera y estrechísima, dos elementos, herencia de aquellos otros que tan hondos abismos abrieron en los pueblos de la antigüedad: el elemento individual, que á las naciones germanas caracteriza, y el elemento social, rasgo que determina y diferencia, en opinión de algunos, de todas las demás, á las naciones que de Roma recibieron el espíritu que las anima y la inspiración que las dirige.

Fundándose en que los pueblos germánicos, efecto del poder de la individualidad á que siempre prestaron ferviente culto, lograron el feudalismo, la reforma, la revolución de Inglaterra y la revolución de los Estados-Unidos, y en que los pueblos latinos, como consecuencia necesaria de aquella tendencia á la unidad que los distingue, pueden tener como obra suya los progresos del catolicismo, el pontificado, el imperio y la revolución francesa, se quiere defender la política de razas á pretexto de que las naciones se acercan y forman una raza, del mismo modo que las familias se acercan y se funden para formar un pueblo. Pero conviene tener muy presente que la filosofía de la historia ha pasado en esto de averiguar el fin á que la humanidad presurosa camina, y los medios de que para terminar su viaje dispone por muchas fórmulas que la moda mas que un fundamento racional defendía y que como la moda pasaron en brevísimo plazo. La monarquía universal, las misiones providenciales, los movimientos de Oriente á Occidente y de Occidente á Oriente que hacen de la tierra un columpio de la civilización, figuran en ese catálogo. Y la teoría de las razas no es menos falsa.

Si resiste más que otra alguna los ataques de la crítica y cuenta con elocuentísimos defensores, no es porque en los momentos actuales tenga más fundamento que aquellas otras que un análisis detenido enterró para siempre. Es porque en la historia la raza latina ha existido y tiene páginas brillantísimas que nos hablan de su heroísmo en la pelea, de su aptitud para las generalizaciones, de su fanático culto por la democracia y por el arte; es porque el recuerdo de sus grandezas no se borrará nunca de nosotros; es, en fin, porque tiene en Roma la unidad de la Iglesia y en España la barrera contra la que se estrellaron las agarenas huestes, y en Grecia el Parthenon por donde aún la poesía ve desfilar en procesion sublime con su eterna juventud, á los dioses homéricos.

Cualquiera creería, leyendo los periódicos de estos días, que además del ciclón á que tantas lluvias y granizos debemos y no hemos de pagar con gratitud, está pasando por España una plaga que ni las nueve que Moisés hizo descargar sobre el Egipto para que tuviesen allí recuerdo de su viaje al desierto y á la tierra de promisión. Los bandidos campando por sus respetos en pueblos y cortijos; el adulterio en el teatro; la mendicidad falsificada; el suicidio en el Retiro, en el viaducto, á la vuelta de cada calle dan asunto para una crónica escrita en papel de oficio, en la sala de un juzgado, de la que son únicos muebles un armario súpico y con tres patas, un dosel que amenaza hundirse, una mesa rota, la caja de pino de un brase-ro, y tres ó cuatro fusiles viejos y enmohecidos que colocados en uno de los ángulos de la sala, son á la vez rinconera y cuerpo de delito.

Se desea exterminar á los bandidos, y no se encuentra mejor sistema de conseguirlo que anunciar el aumento de la Guardia civil para destinarla á las provincias que de ella necesiten; no siendo Ciudad-Real ó Toledo, cualquiera; se protesta en la crítica contra el inmoderado afán de convertir la escena en escuela del adulterio, y drama hay donde el marido engañado se contenta con obligar á su mujer á que pase toda una noche junto á un balcon abierto para que se constipe; se lamenta que las mendigas, para excitar la caridad alquilen niños, y posible es que los veamos pronto sustituidos con muñecos de carton; se truena contra el suicidio y no parece sino que el suicidio está en la atmósfera que respiramos.

La compañía de la Comedia, deseosa, sin duda de reformar nuestras aficiones, en justa correspondencia á los aplausos que nosotros la prodigamos, elige, para ponerlas en escena, obras en las que se defiende la redención de la mujer caída ó en las que se condena el suicidio. La primera es una empresa á la que Alejandro Dumas ha consagrado todas las obras de su ingenio poderosísimo; la segunda la ha intentado sin éxito Ferrari. Lo que aquí pudiera parecer romanticismo del vicio, es en Francia discusión de un horrible cáncer social que debe extirparse; por eso las obras de Dumas merecen aplauso. La de Ferrari *El Suicidio* es una novela horripilante y nada más.

En el primer acto, se mata el protagonista; en el segundo, se vuelve loca su mujer; en el tercero, se escapan de su casa dos muchachas bonitas; en el cuarto, un hijo desafía á su padre, y en el quinto... no, no crean ustedes que se muere el apuntador; todo se arregla á gusto de los personajes y de las madres de familia que asisten al espectáculo.

Al llegar al quinto acto de su comedia, Ferrari debía acordarse de que el quinto mandamiento es no matar, y resucitó al muerto, dió razon á la loca, casó á las niñas corretonas, abrazó al padre y al hijo, y... abajo el telón.

Ha pasado la Cruz de Mayo. Un día en que Madrid se olvida de su catolicismo y se convierte á la gentilidad, con tanto ardor, que la mayor parte de los madrileños son *paganos*. Pero la conversion no se hace sin gran aparato. Los portales de muchas casas de los barrios extremos de la capital, súcios y oscuros, transfórmanse en vistosas estancias con más color que una acuarela de Fortuny. Las paredes se cubren con telas de muchas clases y usos diversos; allí la colcha de percal rameada, alterna con la cortina de un rojo que debió ser subido antes que el polvo y el sol se encargasen de bajarle; el pañuelo de seda, con el bordado de Manila de largos flecos y chinos y barcos; estampas que representan la vida y milagros de algun santo, junto á los retratos de Espartero y Prim; los muebles de cinco ó seis casas que abandonaron su natural residencia para mostrarse al público en aquella exposición, mezcla de altar y de almoneda. El suelo cubrese tambien de verdes espigas sobre las que resaltan rojizas amapolas. En el fondo se alza una mesa cubierta de flores y sobre ella se ven una bandeja y una cruz.

Para aquella cruz piden dinero un ejército de chiquillos bandeja en mano, y una compañía de muchachas casaderas que revolotean de un bolsillo á otro como las mariposas, hasta lograr dos cuartos á costa de oír más de cuatro flores.

Pero prescinden del rubor en gracia á la santidad del día.

Se olvidan de las flores y se guardan los cuartos.

Todas las noches que Auboin-Brunet evoca á los espectros en la Zarzuela, con permiso de la autoridad competente y licencia del ordinario, el teatro está iluminado á ratos con luz de gas, á ratos con luz eléctrica y á ratos á oscuras, la iluminación más barata que se conoce y la que en Madrid se emplea á las altas horas de la noche para aminsonar el déficit de los presupuestos municipales. La luz eléctrica oscila demasiado y daña la vista, pero es una iluminación caprichosa. A las mujeres, sobre todo, las favorece mucho. Como las primeras bailarinas y la reinas de teatro, parece que van acompañadas de un rayo de luna.

Auboin Brunet enseña todas las capitales del mundo... en cuadros disolventes; escamotea con una limpieza casi igual á la de los rateros madrileños; tiene una varita que ni lade Moises y un pájaro que charla y un secretario mudo; habla con Mefistófeles como si fuera Fausto, y lo que es aun más prodigioso, pide dinero y le devuelve.

Un cesante que asistia al espectáculo, decia á su compañero de localidad:

—¿No es este Auboin-Brunet de los que duermen á los espectadores para que vean, dormidos, lo que desean?

—Sí.
—Pues voy á pedirle que me duerma á ver si veo un destino.

Se hacen grandes preparativos para celebrar con brillantez la Exposición de Plantas.

Murcia mandará una palmera.

Andalucía olivares.

Valencia flores.

Los Montes de Toledo un secuestrador.

En la Puerta del Sol hay eco.

No se oye nunca un petardo; se oyen siempre dos.

MIGUEL MOYA.

ANUNCIOS.

GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

DIGESTIONES ARTIFICIALES
VINO
 BI-DIGESTIVO DE
CHASSAING
 PREPARADO CON
 PEPSINA Y DIASTASIS
 Agentes naturales e indispensables de la
 DIGESTION
12 años de éxito
 contra las
 DIGESTIONES DIFÍCILES O INCOMPLETAS
 MALES DEL ESTOMAGO,
 DISPEPSIAS, GASTRALGIAS,
 PÉRDIDA DEL APETITO, DE LAS FUERZAS
 ENFLAJECIMIENTO, CONSUMION,
 CONVULSIONES LENTAS,
 VÓMITOS...
 PARIS, 6, Avenue Victoria, 6.
 En provincia, en las principales boticas.

NUEVAS MAQUINAS DE COSER
 Los mejores para Familias, Costureras, Sastres, Zapateros
 Guanteros, etc., etc.
 La "UTIL" 50 fr. La "PRÉCIEUSE" 90 fr.
 La "NUEVA SILENCIOSA"
 verdadera "Expeditiva" completa de 40 guías
 accesorios. Garantía 10 años.
 MÁQUINAS HOWE, SINGER, etc.—MÁQUINAS PARA GUANTEROS
 MÁQUINAS PARA PLEGAR, CLAVETEAR, etc., etc.
Maison A. RICBOURG (S. S. G. D. G.)
 Delegado de los Mecánicos de la Villa de Paris en la Exposicion Universal de Londres de 1862.—Medalla
 de Honor en la Exposicion Universal Paris 1867 y 1878.—Miembro del Jurado en la Exposicion 1879.
 (Envío franco de precios y Catalogo) **20, Boulevard Sébastopol, 20** (Envío franco de precios y Catalogo)
 Tarifa reducida y condiciones excepcionales a los Agentes, Comerciantes y Exportadores.

HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA
 Paris, 10, Rue St. Georges
 Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.
BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO.
 Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.
 Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado
 servicio.

CASA GENERAL DE TRASPORTES
 DE
JULIAN MORENO
 CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
 DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
 Y
 UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.^a
 MADRID.—ALCALÁ, 28.
PALACIOS Y GOYOAGA
 SASTRES.
 3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3

AVIS.

MM. les annonceurs sont prevenus que les annonces et reclames qu'ils desirant faire passer a LA AMERICA doivent etre remis necessairement a l'Agence Perojo, 31, Boulevard Bonne-Nouvelle, la seule agence a Paris fermiere et des annonces et des reclames.



VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS DE A. LOPEZ Y COMPANÍA.
 NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1880.
PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salen de Cádiz los dias 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los dias 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.
 Se expenden tambien billetes directos vía de Cádiz, para
SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS,
 con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea.
 Rebajas á las familias, y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros, para su mayor comodidad, además de las que ocupen.
 Más informes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll y compañía.—Coruña, E. da Guarda.—Valencia, Dart y compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

CABELLO y BARBA — COLOR NATURAL
 Proveedor de S. M. la Reina da Inglaterra
 y de S. M. el Emperador de Rusia.
 1 MEDALLA DE ORO Y 3 DE PLATA
REPARATEUR AU QUINQUINA
 Preparado por F. CRUCQ, Químico Privilegiado s. g. d. g.
PARIS — 11, RUE DE TRÉVISE, 11, — PARIS
 y en casa PINAUD, 37, boul. de Strasbourg, Paris
 El unico producto que sin ser una tintura restituye progresivamente al Cabello y a la Barba su color primitivo.
PUEDA EMPLEARLE UNO MISMO — CURA LA CASPA
 Por Mayor: Centro de Importacion, Pizarro, 15, Madrid.
 Por Menor: En todas las Perfumerías y Peluquerías.

SIMILI DE DIAMANTE.
 Un par de pendientes de oro, macizo, de 18 quilates, 18 francos.
 Un anillo de oro, macizo, de 18 quilates, 18 francos.
 Enteramente iguales á los dibujos que anteceden.
 Estas piedras, verdaderamente superiores, tienen un agua muy clara y un reflejo deslumbrador, hasta el punto de no distinguirse de las verdaderas, si no es por medio de pruebas.
 Se remiten, franco de porte, previa remesa del importe.
 Album ilustrado de mis productos, á 0'75 en timbres de correo. **JULES LUTZÉ.**—Paris: 16, Boulevard Voltaire.

OPRESIONES ASMA NEURALGIAS
 Tos, Catarrros, Constipados, Cigarrillos Espic
 Aspirando el humo, penetra en el Pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. (Favorir esta firma J. ESPIC.)
 Venta por Mayor J. ESPIC, 128, r. St-Lazare, Paris.
 Y en las principales Farmacias de España: 21, la Cañal.

LA PESTE
 El mas seguro preservativo son los Polvos Ferray, desinfectante energético y sin olor, muy superior al Fenol, Sanea y conserva el aire puro en las habitaciones, evita la infeccion de los canalones, zanjas, retretes, etc.—Numerosas certificaciones. Su empleo es facil y economico. Pues la caja conteniendo la cantidad necesaria para 15 litros de agua desinfectante cuesta 1 fr. 20 tomada en Paris.
E. FORCADE y C. 17, rue Grange-Batelière, Paris.
 POR MAYOR, CENTRO DE IMPORTACION, PIZARRO, 15, MADRID.

VIRUTAS DE ALQUITRAN
 del Doctor BRISSAUD, Privilegiadas.
 Producto natural, preserva y cura los Resfriados, Bronquitis, Pneumonias, Tisis, Catarros, etc., etc.
 Deposito general: LIEUTARD & C^o, 88, Boulevard Sébastopol.
 Por mayor, Centro de Importacion, Pizarro, 15, Madrid.

BANCO DE ESPAÑA.

Situacion del mismo en 30 de Abril de 1880.

ACTIVO.		Pesetas. Céntimos.
Efectivo metálico.....	100.602.062'36	
Caja de plata.....	700.000	114.280.152'36
Id. de oro.....	11.500.683	
Efectos á cobrar en este dia.....	1.477.407	
Efectivo en las sucursales.....	67.894.139'58	
Idem en poder de Comisionados de provincias y extranjero....	52.592.838'07	120.684.877,65
Idem en poder de conductores....	197.900	
		234.965.030'01
Cartera de Madrid.....	324.448.012'63	
Idem de las sucursales.....	63.021.578'35	
Acciones de este Banco, propiedad del mismo.....	385.353'71	
Bienes inmuebles y otras propiedades.....	3.028.423'90	
Tesoro público: por amortizacion é intereses de los billetes hipotecarios.....	3.347.500	
Idem id.: por amortizacion é intereses de las obligaciones, ley 3 Junio 1876, série interior.....	9.980.750	
Idem id.: por id. id. de id., ley 3 Junio 1876, série exterior.....	7.482.490	
Idem id.: por id. id. de id., ley 11 Julio 1877.....	7.496.950	
Idem id.: por id. id. de los bonos del Tesoro.....	25.066.079'11	
		679.222.167'71

PASIVO.

PASIVO.		Pesetas. Céntimos.
Capital.....	100.000.000	
Fondo de reserva.....	10.000.000	
Billetes emitidos en Madrid.....	97.991.950	231.951.575
Idem id. en las sucursales.....	133.959.625	
Depósitos en efectivo en Madrid.....	33.149.907'20	
Idem id. en las sucursales.....	8.961.113'18	
Cuentas corrientes en Madrid.....	138.562.906'42	
Idem id. en las sucursales.....	43.687.821'79	
Dividendos.....	2.734.066'18	
Ganancias y Realizadas.....	5.699.877'30	6.833.396'96
pérdidas. No realizadas.....	1.133.519'66	
Pagarés del Banco, emision de 1.º de Mayo de 1877..	265.000	
Intereses y amortizacion de billetes hipotecarios....	1.427.130'65	
Amortizacion é intereses de las obligaciones, ley 3 Junio 1876, série interior.....	5.942.506'36	
Idem id. de las obligaciones, ley 3 Junio 1876, série exterior.....	5.548.294'12	
Idem id. de las obligaciones, ley 11 Julio de 1877....	5.699.140'05	
Obligaciones de bienes nacionales cobradas con destino al pago de intereses y amortizacion de billetes hipotecarios.....	5.569.030'71	
Reservas de contribuciones para pago de amortizacion é intereses de las obligaciones, ley 3 Junio 1876..	18.939.068'19	
Idem de id. para pago de amortizacion é intereses de los bonos del Tesoro.....	38.710.204'38	
Fondos recibidos de Aduanas para pago de amortizacion é intereses de las obligaciones creadas por la ley de 11 de Julio de 1877.....	7.332.156'34	
Diversos.....	13.908.854'18	
		679.222.167'71

Madrid 30 de Abril de 1880.—El Interventor general, Teodoro Rubio.—V.º B.º—P. el Gobernador, Breto.

NEVERAS ARTIFICIALES
TOSELLI
 194, rue Lafayette, en Paris.

PIANOS BLONDEL
 Paris, r. de l'Echiquier, 53
 Y en las principales Casas DE ESPAÑA Y AMÉRICA
 9 Medallas de Oro y Plata
FABRICACION ESPECIAL
 Pianos de Estudio y de Lujo

LA AMÉRICA

Año XXI

Este periódico quincenal, redactado por los primeros escritores de Europa y América, y muy parecido por su índole é importancia á la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, se ha publicado sin interrupcion durante diez y nueve años. En él han visto la luz más de ocho mil artículos, todos originales y escritos expresamente por sus numerosos colaboradores, lo que puede justificarse consultando el índice que figura al fin de cada tomo. Para comprender toda su importancia, bastará decir que el Gobierno español, años hace, lo ha recomendado de real orden á los capitanes generales y gobernadores de la Isla de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas; así es que nuestra REVISTA UNIVERSAL cuenta en dichos países con numerosos suscriptores, como en toda la América, España, Francia, Inglaterra y el resto de Europa. El número de nuestros comisionados ó corresponsales excede de 400.

Bastan, pues, estas indicaciones para comprender las ventajas que ofrece un periódico tan antiguo y acreditado á los que acierten á escogerle como medio de publicidad.

LA REVISTA UNIVERSAL consta de 8 páginas (4 pliegos marca española) y hace tres grandes ediciones: una para España y el extranjero, esto es, toda Europa y Filipinas, remitiéndose á este punto por el Istmo.

Otra que vá directamente desde Cádiz á Canarias, Puerto-Rico, Cuba, Santo Domingo, Haití, Jamáica y demás posesiones extranjeras en Ultramar.

Agente general en la Isla de Cuba el Sr. D. Alejandro Chao, director del acreditado establecimiento LA PROPAGANDA LITERARIA.

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.
 En el Extranjero y Ultramar, 12 pesos fuertes.

Precio de los anuncios, 4 reales línea.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LAS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.^a Casos, 1.